

LITERATURA CHILENA

APUNTES DE UN TIEMPO

1970 - 1995



JAIME QUEZADA

Ministro de Educación
José Pablo Arellano Marín

Subsecretario de Educación
Jaime Pérez de Arce Araya

Jefe División de Cultura
Claudio di Girolamo Carlini

Jefe Departamento de
Programas Culturales
Luisa Ulibarri Lorenzini

Esta es una publicación del Departamento de Programas
Culturales de la División de Cultura del Ministerio de
Educación, 1997, Serie 20 Años.

Libros publicados a la fecha:

- Artes Visuales, 20 AÑOS (1991).
- Cine Chileno, 20 AÑOS (1992).
- Música Popular Chilena, 20 AÑOS (1995).

JAIME QUEZADA R.

LITERATURA CHILENA,
APUNTES DE UN TIEMPO

1970 - 1995

188143



© Copyright Ministerio de Educación
Departamento de Planes
y Programas Culturales
División de Cultura

Inscripción N° 102.297
I.S.B.N. N° 956-7405
Derechos Reservados
Santiago de Chile
Noviembre de 1997

Tiraje: 3.000 ejemplares

Autor:

Jaime Quezada Ruiz

Dirección y Edición General:

Luisa Ulibarri Lorenzini

Diseño y Diagramación:

Carlos Montes de Oca

Producción Fotográfica:

Gema Swinburn Puelma

Coordinación Editorial:

Claudia Musatadi Sibisa

Producción Editorial:

Alejandra Chacoff Ricci

Impresión: **Gráfica Andes**

Impreso en Chile/ Printed in Chile



I N D I C E

Presentación	6
Capítulo I DE DECADA EN DECADA	11
Capítulo II NUESTRO NOBELES Neruda en el corazón Lecturas y relecturas de Gabriela Mistral	21
Capítulo III LOS AÑOS DE LA DESESPERANZA	33
Capítulo IV NICANOR PARRA: VOX POPULI, VOX DEI	49
Capítulo V DEL ENTUSIASMO A LA ARDIENTE PACIENCIA	57
Capítulo VI LITERATURA DEL PREMIO NACIONAL <i>Presencia y figura de José Donoso</i>	73
Capítulo VII TALLERES LITERARIOS: UNA BUSQUEDA DE EXPRESION	89
Capítulo VIII ENRIQUE LIHN: ENTRE EL PASEO AHUMADA Y EL CHILE IRREGULAR	97
Capítulo IX GENERO FEMENINO O PALABRA DE MUJER	107
Capítulo X JORGE TEILLIER: HABITANTE DE LA MEMORIA	119
Capítulo XI POESIA: UNA ESCRITURA EN MOVIMIENTO	125
Capítulo XII TRANSTIERRO: LITERATURA Y EXILIO	137
Capítulo XIII LITERATURA INFANTIL: Y LOS NIÑOS TAMBIEN	149
Capítulo XIV CREACION Y CREADORES: DEL FONDART AL FONDO DEL LIBRO	155
TIEMPO Y MEMORIA	165
COLOFON	169
ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	171



EPIGRAFE

Todo hombre que ha alcanzado incluso su apogeo intelectual, comienza a sospechar que la vida no es una farsa; que no es siquiera una gentil comedia; que florece y fructifica por el contrario fuera de los más profundos abismos trágicos de la esencial falta (hambre) en que sus raíces subjetivas están hundidas. La herencia natural de todo aquel que es capaz de vida espiritual es una inconquistada selva donde el lobo aúlla y el obscuro pájaro de la noche parlotea.

Henry James - José Donoso

P R E S E N

“Los días van tan rápidos en la corriente oscura que toda salvación/ se me reduce apenas a respirar profundo para que el aire dure en mis pulmones”, ha dicho Gonzalo Rojas. Y así, como rápidos son los días, galopando avanzan las décadas y las centurias, las horas y los segundos. Nos asomamos al año 2000 desde el halo incesante de una respiración entrecortada por sueños y esperanzas que se fueron, por otras que se soñaron, se vivieron y troncharon, por las que aún quedan por vivir y soñar. Y de esa respiración entrecortada, o silenciosamente gritada, quizás nuestros mejores emisarios han sido la palabra y el libro, los escritores y sus obras.

Durante los días y las noches comprendidos entre los agitados años 70, los expectantes 80, y los 90 renacientes de un país cuya historia se partió en dos, muchas son las palabras y los acontecimientos que reflejaron -desde la literatura chilena, nacida dentro y fuera de Chile- la piel y el alma, los vasos capilares y la empuñadura de un decir que en el verso o en la prosa desesperada, era urgente, imperativo y necesario. Lo ocurrido en la literatura chilena -en el mundo editorial, en el quehacer cotidiano de nuestros escritores-, durante las dos décadas más cercanas al fin del siglo, constituye una historia contada a retazos, en fragmentos, recién en estos últimos años reconstruida como un collage, o un puzzle que aún no terminamos de armar.

Si en la plástica chilena, la música, el teatro, la danza, el cine, hemos tenido que ir recogiendo esos fragmentos de memoria capaces de impedir el olvido de lo que ocurrió en dos décadas, la literatura y el libro al menos han recuperado su decir y su hacer en los innumerables ensayos e investigaciones realizadas por los propios escritores y académicos fuera y dentro de Chile, y en la cantidad de obras publicadas en estos recientes años.

Cuando en 1990, desde el recién creado Departamento de Programas Culturales de la División de Cultura del Ministerio de Educación propusimos la serie de libros “20 AÑOS DE...” (Artes Visuales, Cine, Música, entre otros), nos animaba un propósito o una deuda casi ineludible. Queríamos contar, desde la mirada de un cronista y, en una panorámica general más divulgadora que analítica, esa historia perdida y entonces no escrita, capaz de consignar un tiempo decisivo en nuestras fuerzas creadoras y nuestras artes durante dos décadas.

Lo haríamos a través de publicaciones de cuidada factura visual y -conscientes de las inevitables omisiones de un ejercicio como el propuesto-, capaces de anudar, como señalaba Agata Gligo, la primera Directora de la División de Cultura en 1990, y fallecida en 1997, las cuentas de un collar perdido. Con tres libros ya publicados, “ARTES VISUALES, 20 AÑOS”, “CINE CHILENO, 20 AÑOS”, y “MÚSICA POPULAR, 20 AÑOS”, esta vez -y “porque los días van tan rápidos al invisible océano donde no hay sangre para nadar seguro, porque uno está aquí y no sabe que ya no está”-, hemos apostado por las pinceladas y los esbozos de un tiempo en la Literatura Chilena, de dos décadas y media de nuestras vidas.

Aquí no hay historia, cronología de hechos, ni recuento. Tampoco estadísticas acuciosas, ni mirada crítica al fenómeno literario desde su médula más profunda. Optando deliberadamente esta vez por una mirada mucho más impresionista -la del escritor y cronista literario Jaime Quezada-, hemos transformado los 20 AÑOS, que en esta oportunidad serían 25, en apenas APUNTES DE UN TIEMPO, o retazos de una memoria que, decenas de libros o millones de miradas debieran completar para construir en algún futuro. Y desde la perspectiva académica, la ineludible historia

T A C I N



de la literatura chilena de fin de siglo, que -esperamos- algún erudito deberá compilar, publicar y divulgar.

Los días van tan rápidos, “dan ganas de reirse de haber entrado en este juego delirante”. Volvemos a nuestro origen, a la materna hondura, a la semilla y a las estrellas, y aún esperando meses gozosos, se nos puebla el alma y el sentido de recuerdos.

Por ejemplo, cómo olvidar esas lecturas imborrables de Enrique Lihn disfrazado como su heterónimo Gerardo Pompier, o detenido en una comisaría de la calle Santo Domingo -detención que terminó en una descomunal fiesta en casa de Roser Bru- después de lanzar “El Paseo Ahumada”, en la propia calle Ahumada. El poeta Lira, desovillando su poema eterno y leyéndolo como pergamino en el Instituto Cultural de las Condes. Mario Baeza, inventando seminarios como “La Palabra y el Libro hoy” en 1978, donde por primera vez vimos a Raúl Zurita. Las mujeres, reunidas en el claustro San Francisco Javier, acometiendo quizás la más lúcida de las reflexiones acerca de la escritura del género, y sacando una voz potente, que hoy día difícilmente se podrá acallar. Las librerías y editoriales cerradas para levantar nuevos edificios, financieras y AFP.

Las ediciones alternativas, los poetas vendiendo sus versos en un café, “La desesperanza” de José Donoso arrasando de penumbras y musiquilla de las pobres esferas en las calles de Santiago. Los poemas de la isla Dawson leídos desde un escenario oscuro del Instituto Chileno Norteamericano de Cultura. Tres pisos rebotantes de público sentado en sillas, en el suelo, en escaleras, sólo... para escuchar cuentos leídos por sus autores en el Instituto Chileno-Francés. Claudio Bertoni, Juan Cameron, escribiendo quizás los poemas más descomunales, desde su más lírica e inoslayable precariedad. La SECH, la Biblioteca Nacional,

dos refugios para luchar desde la memoria, contra el olvido.

Los días van tan rápidos.

Esta publicación “LITERATURA CHILENA, APUNTES DE UN TIEMPO”, no busca detener esos días, congelarlos en el espacio, revolverlos en el ejercicio melancólico e inútil del tiempo perdido, o el que se ganó. En las últimas dos décadas, nunca hubo más efervescencia, fuerza y fe en la palabra escrita, exorcismo necesario y remediable de una respiración y un decir entrecortados. A través de las páginas de esta publicación, visualizadas por el artista plástico Carlos Montes de Oca, y con la producción fotográfica de Gema Swimburn, intentaremos asomarnos al mundo de esa palabra escrita, del libro, sus autores, y los acontecimientos que signaron los apuntes de un tiempo que, se fue en días tan rápidos, como agónicamente interminables. Y en horas, que desde la lectura de estas páginas, nos responderán, como Gonzalo Rojas, si “dan ganas de reirse de haber entrado en este mundo delirante”.

Y de estar aún en él, quién lo sabe.

LUISA ULIBARRI LORENZINI

JEFE DEL DEPARTAMENTO PROGRAMAS CULTURALES
DIVISION DE CULTURA
DIRECTORA Y COORDINADORA SERIE “20 AÑOS DE...”

Santiago de Chile, diciembre de 1997





DE
DECADA
EN
DECADA

BANDO MILITAR 107.

11 de marzo de 1977.

Establece que el jefe de la Zona de Emergencia puede autorizar fundación, edición y circulación de nuevas publicaciones.

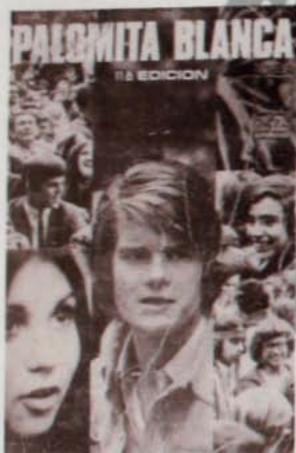
¿Los años van tan rápidos? Ayer no más era 70, y ahora 90. Sin embargo, de década en década, mucha vida y mucha muerte ha pasado por las páginas de tantos (y acaso pocos) libros de autores chilenos. Chilenos de adentro y chilenos de afuera, en sus residencias y en sus exilios y en sus retornos. Así también acontecimientos y sucesos que son la trascendencia y la historia de un Chile en su *antes* y en su *después*. Desde el signo monetario escudo al signo monetario peso; desde *Palomita blanca* (Enrique Lafourcade) a *El obsceno pájaro de la noche* (José Donoso); desde *minilibros* al alcance de medio mundo lectural a libros con boleta de impuesto al valor agregado; desde un ensayo de la realidad nacional a una crónica del Reyño.

Libreros y editores repiten con entusiasmo: «el público lector ha crecido espectacularmente en Chile. Nunca se ha publicado más, nunca se ha leído más que en 1971». Por esa fervorosa época el país se convierte en el principal centro de investigaciones sociales de América Latina. Las obras se suceden unas a otras, casi siempre sobre un mismo tema, aunque con orientaciones ideológicas distintas. A *Visión crítica de Chile*, por ejemplo, se opone *Chile, un país andino del Pacífico sur*. Son las realidades de un tiempo crítico y cuestionador y de ámbitos libertarios de un Chile tan libérrimo en sus expresiones culturales

y literarias. Las obras suman, y los lectores también.

Pero tan promisorio porvenir tiene su quiebre. Chile, sin su forma de remo, más de sable, una larga historia de vivir y de contar. La interrogante consulta huidobriana tenía su plena validez: «¿Y el porvenir?, pregunto al oráculo, y el oráculo está mudo». Tiempos difíciles y dramáticos para los chilenos. Dificultades que decían relación no sólo con la precaria condición de ser escritor, de ser poeta en una tierra *rebarbarizada*, sino que iban desde las más íntimas y emotivas, a las situaciones más inmediatas y realistas. Problemática dolorosa de una tarea intelectual acosada por todos lados: ausencia casi total de comunicación y diálogo, censura y autocensura como norma institucionalizada, deterioro editorial al punto de la quiebra, y en la quiebra también el hábito sistemático de lectura. ¡Ah, Gabriela Mistral! «¿Será esto la eternidad que aún estamos como estábamos?»

No bastaba con escribir. El poeta, el novelista, el ensayista sabía bien que su obra debería pasar por todo un proceso oficial exigente y humillante. Censura previa que, a su vez, iba precedida de otra censura aún más previa: la autocensura. Cuidate de tal palabra, cuidate de tal frase, cuidate de tal manera de escribir. Es decir, adecuar un lenguaje a un no lenguaje que nunca sería, en verdad, lenguaje.



11ª edición, mayo de 1972



22ª edición, abril de 1989



27ª edición, agosto de 1994



32ª edición, enero de 1996

Enrique Lafourcade, Palomita Blanca, Editorial Zig-Zag

En un comienzo fue el guillotinar de libros. Luego se dictaron bandos, el 107, el 122, que sometían al visto bueno de la autoridad aquella obra que según esta misma autoridad se podía estar escribiendo con vista mala. El diario *El Mercurio* destacaba esa realidad: «Resultaría ocioso subrayar las razones por las cuales la censura previa en los campos literario y periodístico es rechazada, no sólo por el sector intelectual del país, sino también por cuantos aspiran a una normalización jurídica creciente durante el periodo de transición» (4 de agosto de 1981).

Tampoco bastaba con cumplir con las exigencias legales. Aun cumpliéndolas, el escritor chileno debía esperar ya no semanas, sino meses y también años una respuesta de la autoridad negando o autorizando su obra. Dos años y un mes tuvo que esperar, después de muchas kafkianas gestiones, el ensayista Bernardo Subercaseaux, por ejemplo, para que al fin se autorizara su libro *Gracias a la vida*, un testimonio sobre la vida y la obra de Violeta Parra. «Cuánto tiempo para leer 135 páginas», comentó su autor. Y su caso no fue el único.

-«El retraso de los informes constituye una doble censura», decía el presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, Luis Sánchez Latorre. «Si tarda tanto el informe, el autor se pone a pensar que está siendo cuestionado, que su obra tiene algún alcance político que él no vio, comienza a sentirse postergado y probablemente terminará autocensurándose con mayor fuerza en su próxima obra».

En medio de esa *desculturización*, y en tales condiciones, vivía, creaba y escribía -o trataba de escribir- el poeta, el escritor chileno en su Chile, a sabiendas que mucho de su obra sería imposible de publicar por entonces, y a sabiendas también que lo publicable de entonces muchas veces no era en toda su cabal expresión su obra verdadera.

*Soy el no liberto Esopo
Que escribe lo que el mismo Esopo
Escribió en el siglo quinto antes del Hombre
Pensando que en futuros siglos
Otro no liberto Esopo
Escribirá lo mismo que escribe este Esopo
En pleno siglo veinte después del Hombre.*



Entre solicitudes de permiso del censor y las dificultades editoriales, entre los poco y nada ya lectores y el trabajar siempre porfiadamente en el oficio, la literatura chilena, sin embargo, no se detenía. Muchos son los libros de ese tiempo, en todos los lenguajes y escrituras. Surge además una efervescencia motivadora y creadora: grupos y encuentros informales, todos en un afán de búsqueda de expresión, de voluntad y de porvenir. De la Generación Diezma, que quería decir de diálogo interrumpido, a la Generación N. N., es decir, desde el subterráneo de una realidad histórica. En Santiago, en Valdivia, en Chiloé, en las regiones del país pequeñas revistas testimonian estos ánimos, cuadernillos, libros semiclandestinos, sin importarles la santa censura en el riesgo y en el desafío.

En lo peor de los ochenta, con un Chile fragmentado en todas sus páginas, otros libreros y editores (no los del 71), en un análisis de la situación del libro en el país, llegaban a conclusiones nada de optimistas: cada vez se edita menos, cada vez se lee menos. José Miguel Ibáñez Langlois (*Introducción a la literatura*, 1982) cuenta una personal experiencia: «En diversas ocasiones, en las primeras clases del año, he pedido a mis alumnos que hagan una lista de los diez libros que más les han gustado. Pocos llegan a diez y, en todo caso, lo hacen valiéndose de ciertas lecturas obligatorias de colegio o de películas que ellos saben que provienen de alguna novela: han visto la película, pero no han leído el libro. No han leído prácticamente nada en forma voluntaria, por gusto. Y son universitarios».

Tales crisis, pese a todo, y al deterioro de la realidad cultural (de «apagamiento cultural», según algunos, y no de «apagón cultural»), no echaban sombra sobre obras, autores y acontecimientos hitos en la literatura chilena, que buscaba cauces de expresión en libros, revistas, recitales y encuentros en el país real. De estos fervores, acciones efectivas de arte y de vida, vendrá un *Chile-Crea* que deja su huella efectivamente creadora en los escritores y artistas. Sólo así, y con el lema de ¡Viva la Cultura! (División de Cultura del Ministerio de Educación) se pudo llegar a los noventa. ¿Los años van tan rápido?

El presente volumen reúne en sus variados capítulos, no una historia erudita y pormenorizada de la literatura chilena de estas últimas décadas, sino más bien *un hacer esa historia* en sus acontecimientos y protagonismos. No es tampoco un registro individual y detallado de nombres, autores, obras y libros del periodo. Importa, por sobre todo, un rescate totalizador, referencial y retrospectivo de aquellos sucesos-hitos que, literaria, cultural y ciudadanamente, han de ser procesos participativos y motivadores en el ámbito nacional. Es, a su vez, un hacer memoria de instancias literarias como testimonio y documento.

Suceso y memoria, queda dicho. Aunque ese hito no sea, a veces, más que una hoja manuscrita (la revistita *Pájaro de cuentas*, por ejemplo) circulando casi clandestinamente de mano en mano en días fervorosos del periodo. O una lectura pública de poesía donde el más anodino verso podía tener interpretaciones dispares («Hablando en clave, escribiendo



Nicanor Parra sorprendió con su recital y logró una "alta tensión poética"

El poeta presentó el único recital poético individual en el auditorio del Instituto Miguel León Prado. Durante más de una hora el público escuchó atento y sorprendido. El acto sirvió para que distintos escritores extranjeros opinaran sobre la obra del autor de "Hojas de Parra".

MAURA BREDIAGA
El poeta Nicanor Parra presentó ayer el único recital poético individual organizado dentro del programa de Chile-Crea. Unos quinientos personas llegaron desde temprano al auditorio del Instituto Miguel León Prado, donde se realizó el acto literario. Entre otros, se escuchó a escritores extranjeros y poetas nacionales y público joven reaccionó con entusiasmo frente a la lectura de la obra de Parra.

Calurosos aplausos

El creador de la anti-poesía fue presentado por el profesor y escritor Calvolet Coto, quien lo definió como "uno de los más importantes poetas chilenos vivos".

El acto poético comenzó a las 18 horas con la lectura de *Dejémosle de Flandes Parra*, Poemas recuadrados, con tres poemas de la Obra póstuma, para comenzar con *Hojas de Parra*.

La dimensión vocal generó reacción entre los asistentes con *El poeta y la muerte*, y con el sentido irónico del *Anti-Luzán*. Calvolet opinó que la lectura de *El hombre invisible*.

Al término del recital, algunos personas del público se acercaron a Nicanor Parra para expresarle sus impresiones y solicitarle la autografía. La crítica Crónica-Mandato comentó que "a Parra lo reconocieron en Uruguay desde hace unos tres décadas".

También se refirió a su influencia sobre los escritores de su país, diciendo especialmente a Mario Ballesteri, y los poemas jóvenes del grupo Trilce. Mencionó que un momento la obra *Hojas de Parra*, que por su calidad permite llevar a Montevideo.

El poeta argentino Jorge Mañrufo se mostró impresionado por "el giro de fuerza de Nicanor Parra para descubrir lo que es la poesía heredada, lo de la palabra prestigiosa, y hacer que descubramos una realidad diferente a la cotidianeidad prosaica".



La presentación del grupo Trilce con "La pobre cocinera".

de. "El mejor es *El hombre invisible*, que tiene cierto aire borgiano—manifiesto, pero atrapado sus dadas sobre el estrofaísmo de la poesía de Parra. "No sé si una vez escuché el disco, le digo guardado", dijo Ballesteri, quien estimó que precisamente esa característica puede explicar el ímpetu de quedarse solamente en el juego poético.

"Desde que los *Arlequines*, mucha gente se puso a seguir sus líneas".

El extranjero Fernando Hernández, autor de *Coronel rebelde* y *Fuertes*, señaló que "la sencillez ha significado un desmoronamiento de las posturas ideológicas crónicas del lenguaje cotidiano para quienes tenemos menos de 40 años".

Consideró a Parra como un ejemplo de un poeta que llega al primer dominio del lenguaje, junto a la capacidad de jugar y recrear las realidades y la forma.

El poeta argentino Jorge Mañrufo se mostró impresionado por "el giro de fuerza de Nicanor Parra para descubrir lo que es la palabra prestigiosa, y hacer que descubramos una realidad diferente a la cotidianeidad prosaica".

Añadió que "como que en Pa-

rra están las mejores cualidades de la poesía chilena, el humor ante el lenguaje, el descaro y la ironía, que siento como un gesto metafísico del poeta, a pesar de su aparente bondad. Es una alta tensión poética dicha de manera diferente, que quiere decir un hombre valorando su condición".

En el mismo Instituto Miguel León Prado, pero una vez en el gimnasio, se presentó el Coro de Melón Tronadoro, cuyos temas se integraron con los coros de los otros poemas que abarcaron el receso. Muchas de ellas eran poemas sencillos y sencillos.

Un grupo de actrices jóvenes se unió en el momento del receso. Entre ellas, el colombiano Pedro Alcántara, la neozelandesa Wendy Crampton, el chileno Juan Cordero y José Gutiérrez, el argentino Enrique Badiari y los actrices chilenas Eugenia Yáñez, José Balboa, Gracia Barrón, Patricia Izquierdo y Guillermina Paredes.

Después el grupo de Trilce Urbana Contemporánea, Trilce, presentó la obra *La pobre de una verdadera universitaria* y también la participación de cantantes nacionales y extranjeros.



Nicanor Parra en el auditorio del Instituto Miguel León Prado.

CHILE CREA

do en fábulas y en símbolos, en versos no libres, sino en blanco para llenarse algún día»). La mismísima soledad y desamparo del creador literario escribiendo su novela, su cuento, su poema, no dejaba de ser también un hito de personales circunstancias («Bajo una misma lámpara/ unos escriben poemas/ otros falsifican moneda», escribe el poeta Jorge Teillier). O el encuentro-coloquio de reflexión y análisis de coordinadores culturales en lo mejor de una escisión de dos culturas, una oficial y contra-cultura de rescate y pugna: la creación de nuevos códigos y de circuitos paralelos de comunicación.

Se trata, en consecuencia, de unir e interrelacionar acontecimientos y motivaciones en torno de lo vivo de una literatura que parecía fragmentada y dispersa. La escritura, por lo mismo, de lo visto, lo vivido y lo sentido, sin otra cronología que un trasvasijamiento permanente de años y fechas que dejan su testimonio y su época. La realidad e identidad de una literatura en el Chile de los 70-90: discurso literario como historia de país.

La obra, el libro, el poema, el suceso literario, si tuvo validez quedará -como ha quedado en estas páginas- más allá o más acá del (in)mortal tiempo. Décadas recientes que tuvieron sus resplandores y sus largos apagones, sus revelaciones y trascendencias, sus escrituras en blanco, y su palabra quebrada. Entre el fuego y la sombra de una época. El entero porvenir espera.



VIVA LA CULTURA





NUESTROS NOBELES

Neruda en el corazón

Lectura y relectura de
Gabriela Mistral



Mi Poesía

es

propiedad

de mi

Patria

Cuando la noche caía sobre Chile, un 23 de septiembre de 1973, muere Pablo Neruda. El poeta del amor y la esperanza, de las navegaciones y regresos, de los más tristes versos y los más torrenciales, se moría a esa hora de la noche chilena cuando «cada máquina tiene una pupila abierta para mirarme a mí». El, que anduvo de residencia en residencia, dando inmortalidad a la poesía, no tenía ahora otra residencia que un nicho-tumba en los extramuros del Cementerio General de Santiago. Dos años antes (1971) había recibido, en Estocolmo, el Premio Nobel de Literatura por una obra «que con la potencia de una fuerza natural hace revivir el destino y los sueños de un continente». La poesía no había cantado en vano.

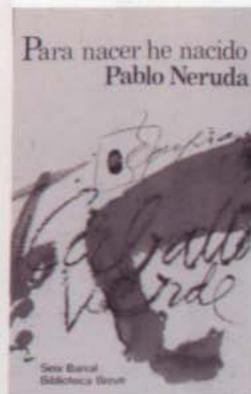
Estaba trabajando en sus memorias cuando lo sorprendió la muerte, ese *Confieso que he vivido* que anduvo clandestinamente de mano en mano y leyéndose con desafiante fervor. Junto a su cama de clínica santiaguina, Matilde, su mujer bienamada: «no estés lejos de mí un solo día, porque cómo, porque no decirlo, es largo día». Y su hermana Laura, la que guardó sus primeros manuscritos y sus cuadernos con poemas iniciales. Tenía 69 años: «Caigo en la sombra, en medio de destruidas cosas, ante tus corazones reunidos, ante tu silenciosa multitud». Su último poema se llama *Muchas gracias* con el cual cierra el ciclo de su incommensurable obra creadora, la que iniciara allá en 1923 con su adolescente *Crepusculario*.

En la avenida Recoleta, y en un blanco muro pintado a la cal, alguien (un poeta joven, tal vez) escribió al carbón con temblorosa mano: «Hoy los chilenos amanece menos tristes que ayer./ Ayer murió Neruda./ Hoy cantamos en su entierro./ Se diría que fue un funeral clandestino./ Por eso cantamos».

La noticia de su muerte conmovió al mundo. Se apagaba la voz más ronca, telúrica y poderosa de la poesía del siglo XX. No hubo rincón de la tierra que ignorara sus versos. La Unesco le rinde un homena-



Confieso que he vivido, 1980
Editorial Seix Barral, ESPAÑA



Para nacer he nacido, 1978
Editorial Seix Barral, España

je en París: «en el momento actual sus obras póstumas tienen una resonancia de testimonio y reflejan acentos particularmente emocionantes». El propio presidente francés, Georges Pompidou, envía un cable expresando su dolor. La prensa mexicana da la noticia en sus primeras páginas, testimoniando su congoja y su dolor. Neruda amaba a México y lo consideraba como uno de los países más fundamentales en su vida humana y poética.

Desde *Veinte poemas de amor hasta Residencia en la tierra*, pasando por el épico *Canto general* y el combatiente *España en el corazón*, generaciones de chilenos se nutrieron y se nutren de su vasta e intensa obra, en sus romanticismos y existencias. Poesía escrita con su respiración y con su sangre, con su sabiduría y con su canto. Toda la fuerza de la naturaleza, toda la grandeza del sentimiento humano y toda la hondura de la vida está en sus libros. «El poeta de hoy sigue siendo el del más antiguo sacerdocio», dijo una vez Neruda. «Antes pactó con las tinieblas y ahora debe interpretar la luz».

En plena primavera chilena -noviembre de 1972-, Neruda une a los chilenos en un acto multitudinario en el Estadio Nacional de Santiago de Chile, recibiendo el más conmovedor homenaje de su pueblo: «El país recibe con los brazos abiertos a su hijo preclaro, a su poeta que retorna a los lares con la frente coronada por el máximo laurel literario del mundo», dijo el Vicepresidente de la República, el general Carlos Prats, al darle la bienvenida oficial. El Estadio Nacional revivía a todos los estamentos sociales, cul-

turales y políticos de la nación: militares y escritores, ministros y parlamentarios, magistrados y sacerdotes. Y, sobre todo, niños y mujeres y hombres: la clase trabajadora de Chile.

«Neruda, Neruda, el pueblo te saluda», decía hasta el cansancio todo un pueblo (mineros, pescadores, viñateros, textiles, campesinos, educadores) cuando el máximo poeta daba la vuelta olímpica en un automóvil descubierto, levantando su gorra hasta que su mano en alto no pudo más. Alegres muchachas echaban a volar palomas y muchos obreros desfilaban con las herramientas de sus trabajos y faenas. Madres que tenían el orgullo de mostrar a sus hijos la presencia del poeta, como quien muestra la cordillera de los Andes. Desde Argel, donde se encontraba en visita de Estado, el Presidente constitucional Salvador Allende envió al poeta un cable de saludo: «por este justo homenaje». Y el estadio estuvo a punto de venirse abajo de contento.

Entusiasta y ciudadano recibimiento que el general Prats resumía en estas palabras: «Este homenaje que sus compatriotas rendimos hoy a Pablo Neruda es, más que nada, una lección para la juventud chilena. En nombre del gobierno de Chile y de su pueblo, bienvenido sea el poeta que regresa y que hoy recibe este homenaje conmovido de la patria, que él ha cantado con un amor y una fuerza capaces de vencer al tiempo y las distancias».

Un gran honor le fue conferido a Neruda por el general Prats. Pero esto no era una casualidad entre los chilenos. La historia y la tradición lo confirman. Alonso

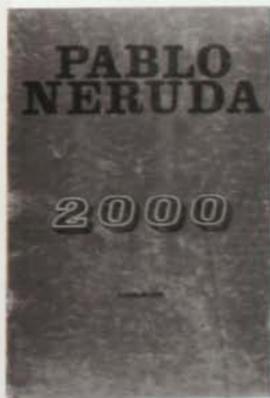
de Ercilla, por ejemplo, el autor de *La Araucana*, fue un soldado-poeta que recorrió las regiones inhóspitas del territorio nacional. Por eso Neruda dijo: «para mí no es extraño que un soldado y un poeta presidan una ceremonia a campo abierto, frente al pueblo. Se sabe en Chile, y fuera de Chile, que nuestro Vicepresidente es una garantía para nuestra constitución política y para nuestro decoro nacional». El sol estaba ya poniéndose en el Pacífico esa tarde primaveral de 1972.

Neruda asumió entonces su papel de gran poeta contemporáneo. Dijo su palabra emotiva, bella y hasta dolorosa. Habló durante 35 minutos y todo fue silencio para dejar espacio y tiempo a su telúrica voz: «Tuve, es claro, una emoción que humedeció los ojos cuando el soberano de Suecia, el sabio rey que ha cumplido 90 años, me entregó un saludo de oro, una medalla destinada a ustedes, todos los chilenos. Porque mi poesía es propiedad de mi patria. Aquí se supone que están ustedes recibíendome o acogiéndome. Y bien, muchas gracias, muchas veces gracias. Pero lo que pasa es que me parece que nunca salí de aquí, que nunca estuve fuera, que nunca me ha pasado nada en ninguna parte, sino que aquí en esta tierra. Mis alegrías y mis dolores vienen de aquí o aquí se quedaron. O bien, el viento de la patria, el vino de la patria, la lucha y sueño de la patria, llegaron hasta mi sitio de trabajo en París y allí me envolvieron de noche y de día, más bellos que las catedrales, más altos que la Tour Eiffel, más abundantes que las aguas del Sena. En dos palabras, aquí me tienen de regreso, sin haber salido nunca de Chile».

El crepúsculo -de tanta evocadora referencia en la obra adolescente de Neruda- daba un marco soberbio, como un rito, a la cordillera andina. El poeta, cumpliendo su deber poético, político y patriótico, unía con su palabra a todos los chilenos: «Esta presencia no sólo sacude las raíces de mi alma, sino que me indica también que tal vez no me he equivocado en mi conducta humana, que tal vez no me he equivocado en la dirección de mi poesía. Mi papel de escritor y de ciudadano ha sido siempre el de unir a los chilenos».



ELEGIA, 1976
Editorial Seix Barral, España



2000, 1974
Editorial Losada, Argentina

Yo
la
insufrible
demócrata



A su tiempo, nuestra errante y vagamunda y desterrada de sí misma Gabriela Mistral, recibió también el suyo, su apoteósico homenaje en aquel año de 1954 a su regreso al país después del otorgamiento del Premio Nobel de 1945 («por una poesía inspirada en poderosas emociones y que ha hecho de su nombre un símbolo en las aspiraciones idealistas de todo un mundo latinoamericano», como fundamentó la Academia Sueca) y de muchos años de ausencia o exilio voluntario. Entonces la recibió el general Carlos Ibáñez del Campo, Presidente de la República. Y no hubo santiaguino que no saliera a la ancha Alameda a mirarla, a avivarla, a aplaudirla, a agradecerle su poesía que denuncia los pies descalzos de los niños o canta al pan cotidiano. Ella, metida en un amplio abrigo talar, agradecía entre sonriente y sorprendida de tal recibimiento ciudadano.

Pero ese presidente militar, como otro también después, ignoraba el afán permanente de una Gabriela Mistral por los asuntos contingentes patrios, sus preocupaciones agrarias y educacionales, o sus fervores en defensa de la mujer y su incorporación a las tareas vivas de la sociedad. Y, sobre todo, su ineludible voto en la lucha por la paz y los derechos humanos. Materias todas que, a la par de su soberbia poesía, importaban grandemente en ella. Sólo entre 1989 (centenario de su nacimiento) y diciembre de 1995 (cincuentenario del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura), una nueva mirada lectural y un

constante redescubrimiento de su obra, ha dado a los chilenos y al mundo latinoamericano un sorprendente y renovador acercamiento a su poesía y a su prosa.

En sus numerosos textos prosísticos, de tan singular y notable escritura, trata de las emociones más puras y profundas que le dictaron seres y cosas, y que consideraba dignos de contárselos a sus semejantes. Contadora de patria y de mundo después de todo. Así surgen, en la laboriosidad de investigadores y estudiosos, sus *Materias* (1978), de Alfonso Calderón; *Prosa religiosa* (1978), de Luis Vargas Saavedra; *Magisterio y niño* (1979), de Roque Esteban Scarpa; *Reino* (1983), de Gastón von dem Bussche; *Cuenta-mundo* (1993) y *Escritos políticos* (1994), de Jaime Quezada. Estas y otras obras, además de rescatar textos tan valiosos, han puesto en vigencia a una de nuestras autoras más notables de estos tiempos.

«Por mi voz hablan muchas mujeres de la clase media y del pueblo», dirá Gabriela Mistral por el año constitucional chileno de 1925. Y en esa frase está resueltamente su identidad social y su visionario compromiso con las realidades contingentes patrias. No sólo autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e hispanoamericana del siglo veinte, sino que también una mujer-ciudadana en su tiempo y en su porvenir. Se diría conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital

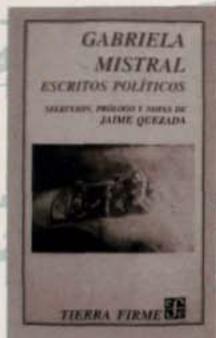
de Chile, la faena de una América y la visión del mundo. Si su obra poética no es del todo cabalmente conocida, mucho menos lo es su prosa (que empieza por fin a conocerse con publicaciones de esta reciente década) y, de manera especial, aquella que tiene que ver con las circunstancias reales y dramáticas del quehacer contemporáneo.

Interés nada de antojadizo o meramente ocasional, sino que obedece a las permanentes preocupaciones que siempre, en todo momento y lugar, tuvo nuestra autora por las cuestiones inmediatas y quemantes de su Chile natal -«país civilísimo, del civis político y del civis social», como ella decía- y de su propio continente americano. Gabriela Mistral, que nace en una aldea del valle de Elqui en pleno gobierno de José Manuel Balmaceda -«ese hombre con afanes de limpieza republicana y el ídolo de una nación entera»- no estará ajena a los acontecimientos políticos, sociales, agrarios, educacionales, religiosos e ideológicos que le tocó vivir, tanto en sus años de permanencia en Chile como en los otros muchos de su errancia por el mundo. Tales sucesos no la iban a dejar indiferente estuviera donde estuviera. Así nacerán sus lacerantes, elocuentes e indesmentibles textos-ensayos que testimonian su pensar y su verdad.

Y no sólo en su escritura. También ese «hablar por mi voz» en las más diversas tribunas internacionales. Sin titubeo alguno expresará su pensamiento, denunciando a todos los vientos la injusticia social («que hace tanto bulto en el continente como en la cordillera») y la tiranía de gobiernos acomodaticios. Hablando con fervor de una urgente reforma agraria que favorezca a los campesinos. O abogando por la Paz y por el respeto a los Derechos Humanos en la Asam-



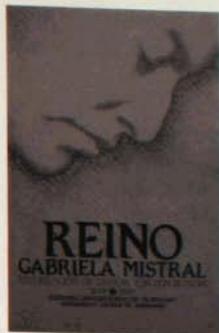
Luis Vargas Saavedra, *Prosa religiosa*, 1978, Editorial Andrés Bello.



Jaime Quezada, *Escritos políticos*, 1994, Fondo de Cultura Económica



Roque Esteban Scarpa, *Magisterio y niño*, 1979, Editorial Andrés Bello



*Gastón von dem Bussche, Reino, 1983,
Ediciones Universitarias de Valparaíso.*

blea General de las Naciones Unidas. O solidarizando con la causa sandinista de los años treinta en Nicaragua, o con los patriotas republicanos de una España heroica.

-«Yo no tengo por mi pequeña obra literaria el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países».

Preocupada siempre del destino de Chile -«una república que cumple con el régimen democrático que se dio y juró»-, Gabriela Mistral siente nuestros pulsos nacionales como una tarea histórica, como una urgencia de los tiempos. Hay en ella un apego profundo por la voluntad de un Chile con sentido moral, que es su honra y su orgullo. «Yo la insufrible demócrata», se definió una vez, mu-

chas veces, conversando con el escritor Alfonso Reyes (*Epistolario*, 1991). Y al recibir el Premio Nobel de Literatura (1945) se declarará «una hija de la Democracia chilena» (y escribe la palabra Democracia con mayúscula). En ese discurso frente a sus Altezas Reales no ocultará -honrada ella en uno de los muchos trabajadores de la cultura- su adhesión «al mirar con leal amor hacia los otros miembros del pueblo sueco: campesinos, artesanos y obreros».

De la hondura y belleza de sus recados y ensayos surge, sin leyenda alguna, una insufrible demócrata llamada Gabriela Mistral (1889-1957). No hay, entonces, otra Gabriela Mistral. Es la única y la misma siempre: conciencia viva de una voluntad de ser sin atadura posible.

Esta meritoria reivindicación de obra y vida de la autora de *Tala* vino a tener su momento cumbre en 1995, a los 106 años de su nacimiento y a 50 del Nobel. En octubre de ese año el Departamento

de Programas Culturales de la División de Cultura del Ministerio de Educación convocó a un programa de celebraciones y homenajes en torno a su figura, en múltiples lenguajes artísticos, desde la música a la plástica, pasando por el video y la reflexión crítica, amén de una antología con lo más representativo de su obra, y un coloquio de académicos y escritores. Cada una de estas experiencias creativas dio origen a la *Caja Patrimonio*: «Gabriela Mistral, a 50 años del

Nobel», destinada a incrementar el valioso acervo patrimonial de la universal poetisa.

Esta *Caja Patrimonio* contiene una mirada de la obra de nuestro Premio Nobel realizada desde la plástica, la música, el video y la literatura, por destacados autores nacionales y extranjeros durante el homenaje que le rindió la División de Cultura, logrando un diálogo entre las distintas disciplinas del arte en torno a



CAJA PATRIMONIO

los temas que preocuparon a la Mistral. «Cuando se me encargó diseñar un proyecto de homenaje a Gabriela Mistral, tratamos de revisitar y descubrir a una autora que, aparte de su vuelo lírico, tiene una visión de mundo, una pasión y un desgarro de dimensiones tan maravillosas como desconocidas», dijo entonces Luisa Ulibarri, Jefa del Departamento de Programas Culturales y Coordinadora del Proyecto.

Entre el 23 y 25 de octubre de 1995 se realizó el Coloquio Internacional de Escritores y Académicos «Gabriela Mistral a 50 años del Nobel», convocado por el Departamento de Programas Culturales de la División de Cultura del Ministerio de Educación y el Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudiosos chilenos y extranjeros concurrieron a la memorable cita: Iván Carrasco, Mauricio Ostría, Cecilia Vicuña, Jaime Blume, Fernando Alegría, Onilda Jiménez, Mario Rodríguez Fernández, Lila Zemborain, Ana María Cuneo, Antonio Arbea, Santiago Daydi-Tolson, Fidel Sepúlveda, Marjorie Agosín,

Raquel Olea y Luis Vargas Saavedra. A través de las ponencias de cada uno de estos estudiosos mistralianos se desentrañó la vigencia de la poesía de Gabriela Mistral, su preocupación real y constante por el indigenismo, sus preguntas y silencios, la modernidad de su prosa, su culto por Martí -el más romántico héroe de la americanidad-, el fervor de la materia, su visionario ecologismo, la revisión crítica de su obra, la sensorialidad de su escritura, la crisis de su arte puro, su *Poema de Chile* y ese sujeto en fuga de *Desolación* y *Tala*.

«¿Qué significa Gabriela Mistral para nosotros hoy?», se preguntaba el ensayista Iván Carrasco Muñoz al cierre de su ponencia *Actualidad de la poesía mistraliana*. Y se respondía legítimamente a sí mismo: «Hemos investigado algunos matices de su obra monumental y encontrado algunas respuestas. Ellas nos dicen que sí, que la poesía y el pensamiento de la maestra de Montegrande tienen validez para muchas inquietudes de los hombres y mujeres de estos días».





LOS AÑOS
DE LA
DESESPERANZA



CASA del
escritor

Llegó la
medianoche y
aún
estamos
vivos

Los años literarios son precarios. Ausencia de lectores y de libros. Las editoriales han dejado de publicar. Un impuesto al valor agregado (IVA), aún existente hoy, da rango de mercancía gravosa al libro. No son pocas las librerías que han tenido que cerrar sus puertas. Los escritores escriben sus cuentos o poemas a la poca luz de las lámparas. Sólo en julio de 1983, un Decreto Oficial pone término a la autorización previa del Ministerio del Interior para la edición y circulación de libros en el país. La censura literaria y cultural efectivamente funcionó en Chile desde el mismo 11 de septiembre de 1973. Había cumplido su inquisidor rol a las mil maravillas, pero su secuela era peor: la autocensura daba origen a un lenguaje escritural de interpretativas lecturas.

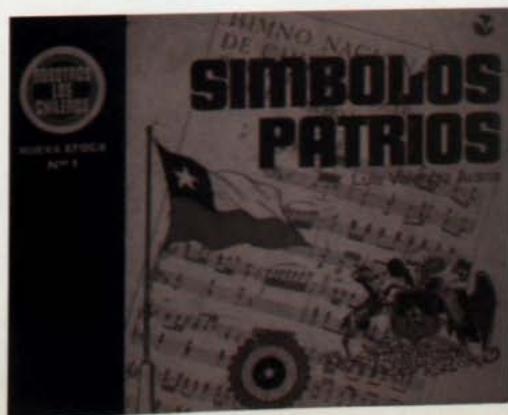
-«En esta etapa, tanto los editores como los libreros, debieron enfrentar el dilema de clasificar sus stocks de libros como vendibles, presentables y quemables», denunciaba el escritor Jorge Edwards. A su vez, el dramaturgo Marco Antonio de la Parra ponía el ojo en lo crudo y lo cocido de la realidad cultural chilena: «Desde hace unos ocho años el libro chileno se ve sujeto en el aire. La historia toma una velocidad impresionante, nos es ajena absolutamente y, de repente, nos encontramos en un país que no nos pertenece y es muy difícil escribir, a no ser que sea en metáfora, en pesadilla, en elementos simbólicos que ni siquiera uno entiende».

Sin embargo, el libro -impreso dificultosamente o en la oralidad de sus autores- permanece vivo en actos privados o públicos. La Sociedad de Escritores de Chile hace girar su rosa de los vientos solidariamente. *Chile entre el dolor y la esperanza*, es el lema que Luis Sánchez Latorre declara en su queja gremial y literaria: «Nos duele la censura tanto económica como política que afecta a los creadores y editores, como a los lectores. Nos duele nuestra propia autocensura, y ese miedo que hoy ya no es suficiente para silenciarnos».

También la Agrupación de Amigos del Libro surge como una instancia valiosa en el campo de lo literario. Semanalmente se reúne en una de las salas de la tradicional librería Nascimento (calle San Antonio casi esquina de Merced). El escritor y folclorólogo Oreste Plath es su infatigable gestor. A la publicación de un *Boletín Bibliográfico Literario* se agrega un ciclo de conferencias que rompe el bloqueo circundante. Una veintena de escritores participa contando sus realidades e imaginaciones en el *¿Quién es quién en la literatura chilena?* que, cada quince días, colmaban los salones del Museo Benjamín Vicuña Mackenna.

Estas y otras significativas manifestaciones culturales trataban de no contagiarse con la realidad ambiente. «Vivimos una situación grave, cierta cultura del hastío, la saturación y sobreexposición





LA REVOLUCION EDITORIAL DE QUIMANTU

COLECCION «MINILIBROS QUIMANTU» AÑO 1973

MES	TITULO	AUTOR	TIRAJE	TOTAL
ENERO	La reina de los caribes Pequeña historia de una pequeña dama	E. Salgari	80.000	1.980.000
		A. Casigoli	80.000	
FEBRERO	Barttely Macario 30 días tenía septiembre El muelle de las brumas Carlos y Ana	H. Melville	80.000	2.320.000
		B. Traven	80.000	
		Antología	60.000	
		P. Mc.Orlan	60.000	
		L. Frank	60.000	
MARZO	Gaspar Ruiz Caminante no hay camino El regreso La historia del travieso	J. Conrad	60.000	2.560.000
		A. Machado	60.000	
		J. O. Curwood	60.000	
		P. Nord S. Lagerlof	60.000	
ABRIL	El fantasma de Canterville Cuentos del Peru 24 horas de una mujer Historias de vampiros El destino de un hombre	O. Wilde	60.000	2.860.000
		Antología	60.000	
		S. Zweig	60.000	
		Antología	60.000	
		M. Sholojov	60.000	
MAYO	Fermina Márquez Cuentos de México Banda de pueblo	V. Larbaud	50.000	3.010.000
		Antología	50.000	
		J. de la Cuadra	50.000	
JUNIO	Las aventuras de Salustio El hombre del millón Mister Jara Una chica de la calle La rosa roja	A. Alcalde	50.000	3.260.000
		M. Twain	50.000	
		G. Drago	50.000	
		S. Grane	50.000	
		L. Andreiv	50.000	
JULIO	Reunión La captura Aventuras de un fanfarrón	J. Cortázar	50.000	3.410.000
		E. Alvarado	50.000	
		W. Thacheray	50.000	
AGOSTO	Marco y el hipnotizador T. Sawyer, detective La ruina de la casa de Usher Victoria Cuentos de Colombia	T. Mann	50.000	
		H. Twain	50.000	
		E. Allan Poe	50.000	
		K. Hamsun	50.000	
		Antología	50.000	

55 TITULOS

TIRAJE TOTAL DE LA COLECCION 3.660.000

Fuente: Bernardo Subercaseaux: *La industria editorial y el libro en Chile (1930-1984)*. Ceneqa, Santiago, 1984, p. 53.

de los sentidos, el embotamiento de la sociedad», comentaba el ensayista y sociólogo Hernán Godoy. Eran los llamados años del «apagón cultural». El periodista Orlando Cabrera Leyva-Suetonio-, se preguntaba en un diario capitalino: «¿En qué consiste el apagón? ¿No será que a nuestra cultura le está haciendo falta la exención de trabas que,

en muchos casos, son verdaderos obstáculos insalvables? ¿No precisará de estímulos que la impulsen?: Atraguemos llama al candil». También José Miguel Ibáñez Langlois (*Introducción a la literatura*, 1982) ponía el dedo en la llaga: «Hoy se lee poco, mañana no se leerá nada. La literatura parece estar condenada a una declinación inexorable».

Tan diferente fueron, aquellos años -no dorados, pero de *quinta rueda* en movimiento- iniciales de la década de los setenta. Entre agosto de 1971 y septiembre de 1973, Editorial Quimantú marcó un hito en proyecciones editoriales y lectoras chilenas. El libro entraba de lleno a la vida misma de Chile al crearse una política estatal en pleno gobierno del Presidente Salvador Allende. Durante ese periodo se realiza una producción verdaderamente masiva de libros. Sus colecciones *Quimantú para todos*, *Nosotros los chilenos*, *Minilibros*, *Cuncuna* (de literatura infantil) y otras, provocaron una auténtica revolución editorial y lectora en el país.

Con una voz que etimológicamente se refiere a la idea de acceso de las mayorías a los libros y, en general, a la cultura, Quimantú invadió el medio nacional con tirajes de ejemplares que iban de los 50.000 (*El chiflón del diablo*, de Baldomero Lillo) a los 80 mil (*Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga), pasando por los 60 mil ejemplares (*Caminante no hay camino*, de Antonio Machado). En su proyecto de profundización demo-

crática y popular en el cual se enmarcaba, esta editorial llegó a tirajes que superaban los 800.000 libros mensuales. Sólo en doce meses sobrepasaba lo que producían todas las editoriales privadas o semiestatales del país en cuatro años.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas o libro sobre lectores. A partir de septiembre de 1973 sobrevendrá el autoritarismo y las transformaciones en el diseño editorial lo que se reflejará en una ruptura y deterioro del perfil histórico. La raíz mapuche de un Quimantú dará equívoco origen a una Editorial comercial Gabriela Mistral. Destacará en sus programas ediciones de efemérides nacionales o publicaciones para terceros de revistas, etiquetas y envases. En octubre de 1982 desaparece públicamente en un remate al mejor postor. Más de 700.000 ejemplares «editados por la empresa en revistas infantiles, textos de estudios, turismo y revistas para hombre» son rematados en la ocasión, así como máquinas impresoras, material accesorio, guillotinas y más guillotinas.



IMPORTANTE REMATE AL MEJOR POSTOR

EMPRESA EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL LTDA.

POR CUENTA Y ORDEN DE LA MUNICIPALIDAD DE GUERRAS METROPOLITANA

Miércoles 20 a las 10:00 hrs. y jueves 21 de octubre a las 15:00 hrs.
en Bellavista 091

GRAN VARIEDAD DE MAQUINAS PARA LA INDUSTRIA DE LA IMPRENTA



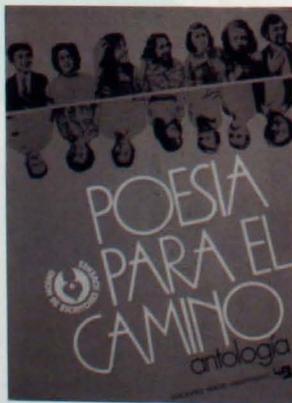
Oreste Plath

La mayor parte de estos libros son adquiridos por papeleros para ser revendidos por kilo a las industrias manufactureras de papeles y cartones. Son libros que están destinados a ser picados, molidos, convertidos en materia prima. «Se trata de una especie de resurrección al revés -escribe al ensayista

Bernardo Subercaseaux-, en que fenece el alma del libro para liberar su cuerpo; un cuerpo que se transforma en papel de envolver, en servilletas, en sobres. Estamos, qué duda cabe, ante una situación reveladora en términos de las condiciones que la hicieron posible».

EL OJO DE LA TORMENTA

«Hermanos, seamos felices; llegó la medianoche y aún estamos vivos», dice el poeta Jorge Teillier en el epígrafe de la antología *Nueva York 11*, una muestra creativa de un grupo de autores (Carlos Olivárez, entre ellos) que en un bar-taberna de la ciudad se reunían en los años difíciles a beber el vino de los sueños, la amistad y los destinos. Un Encuentro de Arte Joven, organizado por el Instituto Cultural de Las Condes (1979-1981), permitió a varias generaciones de poetas abrirse espacio con sus textos y presencias. «Al menos que la poesía nos dé, en nuestro Chile, la posibilidad de disentir, de criticarnos y objetarnos mutuamente», dicen sus partici-

Encuentro de Arte Joven,
Instituto Cultural de Las CondesPoesía para el camino, 1978,
Ediciones Nueva Universidad.



Rodrigo Lira

pantes, reconociendo las dificultades para el contacto y el intercambio de opiniones en el país. Muchos poetas nuevos aparecieron con sus obras en tal encuentro (Maquieira, Zurita, Cameron). Otros, por desgracia, apareciendo desaparecieron para siempre (Armando Rubio, Rodrigo Lira) dejando en el camino sus promisorios *proyectos de obra*.

Y *Poesía para el camino* (1978) se llamó también una muestra antológica que la Unión de Escritores Jóvenes daba a conocer por entonces: «Con este libro pretendemos entablar un diálogo, que creemos hoy, tan necesario, como la necesidad de unificar la actividad artístico-cul-



Armando Rubio

tural al servicio del hombre». Uno de los antologados -Erick Pohlhammer- escribía: «Hasta que llegaron los helicópteros y los hilicópteros se establecieron desde allí hasta siempre girando y zumbando como tábanos de acero los helicópteros». En una activa participación de las regiones, otros poetas se reúnen en el *Encuentro de la Joven Poesía del Sur de Chile*, realizado en la ciudad de Valdivia, en agosto de 1977. Fue un mantener la tradición del intercambio y uno de los primeros desafíos públicos a censuras y apagones.

Y desafíos, además, a una carencia de estímulos y de crítica literaria en el Chi-

le de la dispersión. En 1979 el ensayista Martín Cerda escribía en la revista *Cal*: «Hace diez años, aun cuando fuese como proyecto utópico, era posible hablar de una nueva crítica. Ariel Dorfman, Ana Pizarro, Luis Iñigo Madrigal, Jaime Concha, todos en el exilio. Filebo, Alfonso Calderón y yo dedicados en lo sustantivo a la marginalia. ¿Qué queda de esa utopía?» Esa marginalia definen y describen y caracterizan el periodo. Para Bernardo Subercaseaux, «en el contexto de un espacio cultural amnésico y de un país con canarios electrónicos (tipo Panamur)», las transformaciones que experimentaba la crítica estaban condicionadas por tres variantes estructurales: «por la marginación cultural, por la mantención de un espacio público administrado y por la creciente mercantilización de lo artístico-comunicativo». A partir de esas variables se explica todo un panorama donde prácticamente desapareció la reflexión crítica y teórica en su vinculación con la literatura.



Revista *La Bicicleta*, número 6, abril de 1980.

Desde la escritura de los márgenes, de la fisura, de las zonas de dolor, de la transgresión, surgió el Colectivo de Acciones de Arte (Lotty Rosenfeld, Diamela Eltit, Raúl Zurita y Juan Castillo). Forma de neovanguardia que busca y provoca «un espacio intelectual donde la especulación teórica, la experimentación con estructuras expresivas y ciertos gestos de provocación pública animaron la escena santiaguina particularmente durante la primera década de la dictadura» (Rodrigo Cánovas). Exposiciones, foros en institutos binacionales, seminarios, lanzamiento de libros, actos provocadores y temerarios y la calle misma como soporte de acciones que no dejaban indiferente a nadie. Estas acciones de arte, o «productos literarios crípticos», encuentran su fundamentación teórica en las palabras de Nelly Richard: «Quizás deba invocarse la capacidad que tiene la censura de empujar las obras a remodelaciones de lenguaje, para explicar la cantidad de experimentaciones



Ediciones C.A.D.A., 1982.

EVENTOS LITERARIOS Y CULTURALES 1975-1985

Fecha: Mayo 1975
Evento: Lecturas de Poesía Autores y Obras
Organización: Librería Studio Providencia. Santiago

Fecha: Octubre 1975
Evento: Tertulias Literarias
Organización: Librerías Nascimento. San Antonio y Merced.
Santiago

Fecha: Agosto-noviembre 1976
Evento: ¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?
Organización: Museo Benjamín Vicuña Mackenna y Agrupación Amigos del Libro

Fecha: Agosto 1977
Evento: Poesía del Sur de Chile. Encuentros Poetas Jóvenes
Organización: Universidad Austral de Chile. Valdivia

Fecha: Agosto 1977
Evento: Jornadas del Libro y la Cultura
Organización: Ministerio de Educación. Biblioteca Nacional. Universidad de Chile. Universidad Católica

Fecha: Agosto 1978
Evento: Encuentro de Escritores «En los márgenes de la Literatura»
Organización: Grupo Literario *Aumen*. Chiloé

Fecha: Septiembre 1978
Evento: El libro Derechos de Todos. Seminario
Organización: Grupo Cámara-Chile. Instituto Goethe

Fecha: Enero 1979
Evento: Primer Salón del Libro
Organización: Librería Feria Chilena del Libro. Santiago

Fecha: Octubre 1979
Evento: Encuentro Arte Joven. Literatura-Poesía
Organización: Instituto Cultural de Las Condes

Fecha: Agosto 1980
Evento: Jornadas del Libro y la Cultura
Organización: Ministerio de Educación. Universidad de Chile-Universidad Católica

Fecha: Noviembre 1980
Evento: Encuentro Arte Joven Poesía: Década 60-80
Organización: Instituto Cultural de Las Condes

Fecha: Julio 1981
Evento: Literatura Chilena: Análisis y Reflexión
Organización: Taller de Poesía Sociedad Escritores. Casa de Ejercicios. Punta de Tralca

Fecha: Octubre 1981
Evento: Jueves de la Poesía Nicanor Parra. Gonzalo Rojas- Carmen Orrego - Miguel Arteche
Organización: Taller Poesía SECH y Librería-Editorial «América del Sur»

Fecha: Diciembre 1981
Evento: Primera Feria del Libro de Santiago
Organización: Cámara Chilena del Libro - Municipalidad de Santiago - Parque Forestal

Fecha: Agosto 1982
Evento: Jornadas de revitalización de Hábitos de Lectura
Organización: Editorial Renacimiento - Pomaire - Cerro Santa Lucía-Nueva Generación

Fecha: Diciembre 1982
Evento: Segunda Feria del Libro de Santiago
Organización: Parque Forestal. Municipalidad Santiago - Cámara Chilena del Libro

Fecha: Mayo 1983
Evento: El Testimonio. Transformaciones en el Sistema Literario
Organización: Instituto Chileno-Francés de Cultura

Fecha: Septiembre 1983
Evento: Neruda: 10 años de su muerte. Homenaje y Testimonios
Organización: Instituto Goethe

Fecha: Noviembre 1983
Evento: Jornadas de Creación. Hábitos de Lectura
Organización: Ed. Zig-Zag. Facultad Letras. U. Católica. Asociación Nacional de la Prensa

Fecha: Diciembre 1983
Evento: Tercera Feria del Libro de Santiago
Organización: Cámara Chilena del Libro. Municipalidad de Santiago

Fecha: Mayo 1984
Evento: Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes
Organización: Comisión Cultura Sociedad de Escritores de Chile

Fecha: Agosto 1984
Evento: Coloquio Literatura Chilena
Organización: Convento San Francisco Javier

Fecha: Noviembre 1985
Evento: Encuentro Nacional de Grupos Literarios
Organización: Inst. Profesional de Osorno y Grupo *PaLa*. Las Cascadas. Osorno

formales y transformaciones de sistemas de productividad artística practicadas en el arte chileno durante el periodo en que rige».

Otras acciones, acaso más convencionales, pero motivadoras y estimulantes, fueron publicaciones no exentas de dificultades de la época. Revista *La Bicicleta*, por ejemplo, vino a llenar un espacio en el medio nacional. Dedicada a la literatura en sus comienzos, se amplió luego a la música rock y al folclore. Durante casi una década fue un medio de comunicación que se creó para facilitar la difusión de la creación, la reflexión y la crítica. Y fundamentalmente «para sentirse parte de un proceso cotidiano de transformación del arte y del artista desde su función social», según palabras de su director Eduardo Yentzen.

En agosto de 1984, a un año exacto de un inicio desafiante de protestas y malestares ciudadanos, en los claustros de un convento (San Francisco Javier) se realiza el Coloquio de Literatura Chilena. Sus organizadores (Instituto de Ciencias y Artes Sociales, CENECA, Sociedad de Escritores) tuvieron que seleccionar una cincuenta de ponencias enviadas personalmente por los autores o enviadas por correo desde lejanas latitudes. Hubo recitales de poesía, puestas en escenas teatrales, lecturas de cuentos. Lo importante de este Encuentro, además de ser «un diálogo visto como una posibilidad de recuperar la verdad» (según señaló Ana

María Foxley en una crónica de la revista *Hoy*), significó un primer acercamiento entre los escritores chilenos del interior y los escritores chilenos del exilio, algunos de los cuales leyeron de viva voz sus textos o discursos literarios y otros testimoniaron sus saludos desde sus lugares de destierro. El hecho concreto, como informó una revista capitalina, fue que más de 80 escritores, investigadores y profesores de literatura chilenos «se metieron en el ojo de la tormenta».

La literatura chilena, a pesar de todo, estaba viva y creadora. Por alguna razón de necesidades culturales se organizó el *Chile Crea* (1988), encuentro de artistas e intelectuales para la recuperación de la democracia chilena. Escritores y poetas ocuparon espacios culturales y públicos. En el Instituto Miguel León Prado, de Santiago, se presentó, en el único recital poético individual, Nicanor Parra. El antipoeta fue homenajeado por el profesor Cedomil Goic, quien lo definió «como uno de los más importantes poetas contemporáneos vivos». A su vez, Sergio Marras trabajó en la conjunción de texto e imagen de Parra en los *Fotopoemas* que se publicaron en un álbum. Cuatro años después, y en una patria chilena más limpia y más justa, la Sociedad de Escritores organizaba el encuentro *Juntémonos en Chile* (agosto de 1992).

No fue casual, tampoco, que el mismísimo día-cumpleaños de Pablo Neruda (12 de julio de 1990), el Pro-



Muestra de literatura chilena, 1992.
Publicación a partir del encuentro internacional
«Juntémonos en Chile.».

yecto de Educación para la Democracia (PRED), con el patrocinio de la División de Cultura del Ministerio de Educación, inaugurara un Encuentro de Poetas en Valparaíso, con el santo y seña de «Poetas, no olviden que en Chile las lámparas deben continuar encendidas». Más de cien poetas en todo el país se reunían libremente, y por primera vez en la década de la recién recuperada democracia, a leer sus poemas y dialogar creadoramente: «Estamos aquí para hablar de nuestro lugar en el mundo de los asombros cotidianos», señaló el poeta Naín Nómez inaugurando el porteño-nacional Encuentro.

Ese mismo año, noviembre de 1990, los narradores chilenos tuvieron también lo suyo: un Encuentro en Valdivia, ahora con el lema de *Viva la Cultura*, y una mariposa de vivos colores en el logotipo de las jornadas. «Acojamos la mano conciliadora y consoladora, porque en el oficio de escribir es donde se desuella la última piel», afirmó Luisa Ulibarri al abrir el Encuentro organizado nuevamente por el PRED, con los auspicios de la División de Cultura del Ministerio de Educación y la Universidad Austral de Chile. Ochenta escritores se reunieron en el sosiego universitario sureño para mirarse a sí mismos reflexivamente, y mirar, también, las realidades y porvenires del pasado, presente y futuro. El papel del escritor en la sociedad contemporánea y los problemas de los escritores en Chile, fueron algunos de los temas puestos en discusión y análisis duran-



Número 340, noviembre 1995



Número 445, noviembre 1997

Revista de Libros, diario El Mercurio

te dicho Encuentro de Narradores, «vanguardia creativa de los artistas nacionales», como los definió Guillermo del Valle en nombre del PRED.

Chile se reencontraba así con sus escritores y éstos con sus roles en la sociedad chilena de estos tiempos.

Hacia los finales de la década de los 80 la literatura irrumpe en los medios de comunicación, llenando páginas de entrevistas, críticas, reportajes y noticias sobre libros y sus autores. La prensa escrita abre sus páginas a los escritores chilenos. Páginas culturales y suplementos dedicados íntegramente a la literatura y sus quehaceres. Los principales diarios del país parecieran darse cabal cuenta de la importancia y trascendencia del escritor como hombre, creador y ciudadano. El escritor pasa en Chile a tener presen-

cia y voz pública más allá de las páginas de su libro de poemas, de su novela o de sus ensayos. Y, sobre todo, una posibilidad de opinar, dejar su idea y pensamiento en el espacio público. Y todo a pesar de las corrientes del *marketing*.

En 1988 el suplemento literario *Literatura y Libros* (con Mariano Aguirre, Carlos Olivárez, Luisa Ulibarri, Ana María Foxley) del diario *La Epoca*, explora nuevas vías críticas, entrevistas, reseñas e «incorpora un discurso periodístico reflexivo», según el decir de Rodrigo Cánovas. Y, a su vez, *Revista de Libros* (con María Elena Aguirre y Beatriz Berger, directora y coordinadora respectivamente) del diario *El Mercurio*, dedica sus páginas a entrevistar, criticar y difundir a los autores nacionales. Esta publicación crea el «Premio Revista de Libros», tanto en poesía (Adán Méndez y Juan Cameron) como en narrativa



Número 83, noviembre 1989



Número 492, octubre 1997

Literatura y Libros, diario La Epoca

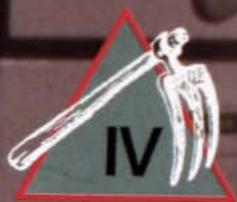
(Gonzalo Contreras con su novela *La ciudad anterior* y Roberto Ampuero con *Quién mató a Cristián Kustermann*).

La publicación de *Veinticinco años de crítica* (Zig-Zag, Santiago, 1991), de Ignacio Valente (José Miguel Ibáñez Langlois) es un evidente muestrario del interés editorial y lectural por el ensayo literario en Chile. La recopilación de los textos críticos mercuriales de Valente ponen de manifiesto una tarea cumplida en páginas diarísticas que no han quedado volanderas: «Mis veinticinco años de crítico me han deparado, junto con algunos dolores de cabeza, un placer continuo y creciente, tanto al leer como al escribir... Desde el punto de vista moral -el que ahora me importa más- este aniversario es una buena ocasión para pedir perdón por las ofensas que, con palabras de más o de menos, por pasión o por ceguera, haya podido co-

meter. Estoy en paz con todos los escritores del país, si bien no puede decirse que todos ellos estén en paz conmigo, porque esa bienaventuranza es -por lo menos en Chile- imposible».

Los editores nacionales, también, no se dejaron estar. Si algunas prestigiosas y tradicionales editoriales del país habían cerrado (casi obligadamente) sus puertas al punto de la quiebra (de *Quimantú* a *Gabriela Mistral*, de *Nascimento* a *Del Pacífico*), otros sellos de ediciones se crean con audacia y efectividad e incorporan en sus catálogos obras novedosas y muchas veces renovadoras. Ediciones *Aconcagua*, *Pehuén*, *Documentas*, *Ganymedes*, *Del Ornitorrinco*, *Mosquito*, *Melquiades*, *Galinost*, *La Minga*, *Cuarto Propio*, marcan una etapa de personales esfuerzos en el campo de publicar a los autores chilenos con un sentido de pluralidad literaria, artística y creativa.





NICANOR PARRA:
VOX POPULI
VOX DEI



Aquí no se respeta ni la ley de la selva

-«Ojo con el Evangelio de hoy: El que habla no sabe. El sabio chino se mantiene en silencio». Nicanor Parra hace muy suyo su propio *Artefacto* para testimoniar aquellos años inmediatos al golpe militar. Pero el silencio no le había de durar mucho. De la noche a la mañana reaparece con una obra de humano y divino título: *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui* (1977). Popular y religioso, dramático e irreverente a semejanza del legendario personaje de los años treinta. Un Cristo de Elqui con la problemática del hombre de hoy y que Parra reactualiza con su sello inconfundible.

*Imposible entender a los chilenos
los que se quedaron aquí
no piensan en otra cosa que en irse
«este país no sirve para nada»
los que se fueron sueñan con volver
inútilmente porque no se puede
madre mía que estás en el cielo
santificado sea tu nombre
déjalos regresar a la patria
no permitas que mueran en el destierro.*

De propia y viva voz leyó, o mejor predicó, sus sermones ante un público que no sabía si aplaudir o reír a carcajadas, si reflexionar por un verso coloquial certero y de valedera circunstancia o dejarse convencer por el énfasis del predicador. Fue uno de los acontecimientos culturales-libreros (Galería Epoca) de aquellos años, aunque Nicanor Parra, por sí o por no, lo será siempre.

También por estos días el grupo teatral La Feria (con los actores Jaime Vadell y José Manuel Salcedo) estrenó, en la comuna de Providencia, la obra *Hojas de Parra*, basada en textos del antipoeta, cuyos versos estallan como granadas. El espectáculo, considerado por las autoridades del gobierno del general Augusto Pinochet «como una obra de neto contenido político y con un claro mensaje de crítica al régimen militar», produce revuelo en el medio literario, teatral y político chileno. A las pocas semanas de su estreno, la obra desaparece de cartelera, toda vez que grupos «desconocidos» incendiaron, de la noche a la mañana, la carpa-circo en que se presentaba.



*Obra gruesa, 1971,
Editorial Universitaria.*



*Cristo de Elquí, 1977,
Ediciones Ganymedes.*



*Hojas de Parra, 1985,
Ediciones Ganymedes.*



*De aparecer apareció
pero en una lista de desaparecidos*

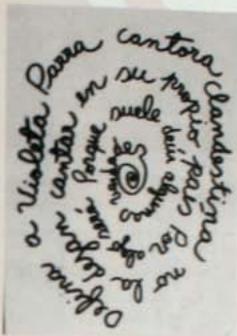
*Me decepciona Parra
lo tenía x uno de los nuestros
-Nada de qué admirarse Excelencia
los golpes militares enseñan a gente*

El Cristo llamado de Elqui efectivamente existió hacia la década del treinta. Fue un profeta -taumaturgo, charlatán, impostor- que hacía del Evangelio la razón de vagabundeo y pensamiento, predicando por los pueblos del sur o del norte de Chile, en las estaciones ferroviarias, en la Estación Central o en la Quinta Normal, en Vicuña o en Chillán Viejo. Domingo Zárate Vega era su nombre, y aseguraba que hasta en sueños se le aparecía el Señor. Editó sus poesías, de este mundo y el otro, en colecciones populares. «¿Saben lo que pasó mientras yo me encontraba arrodillado frente a la cruz mirando sus heridas? ¡Me sonrió y me cerró un ojo! Yo creía que El no se reía: ahora sí que creo de verdad.»



Existe, así, un fundamento de situaciones verosímiles, un recoger andanzas y peregrinaciones que destacó la prensa de la época. Sólo que ahora Nicanor Parra agrega su propia y personal liturgia, sus oficios y lavado de manos. El Cristo chileno predica aquí -a lo popular, a lo humano, a lo sacro, a lo profano- para todo prójimo que quiera escucharle y oírle: moros y cristianos, creyentes y escépticos, ateos y siervos de Dios.

El nuevo Cristo se ha sacado de la sotana cuando tenía el corazón encima de ella, reemplazando su humilde sayal por el traje de civil, y entra en otras arenas más actuales y contingentes. Nada de hombre pío y sin una gota de agua bendita de ingenuidad. ¡Vaya haber ingenuidad en Parra! Las connotaciones o referencias a la vida nacional son sus asuntos preferidos («Este país es una buena plasta./ ¡Aquí no se respeta ni la ley de la selva!») Puede haber malas maneras pero no malas intenciones, ¡cómo habría de tenerlas un predicador!: «Yo me bato contra Lucifer». El test o desafío de sus sermones («a que nadie es capaz de arrancarle una



hoja a la Biblia») se traduce en estas prácticas en preguntas y respuestas, en acciones y profecías. Su ministerio, aunque terrenal, tiene la advocación religiosa siempre del Espíritu Santo.

Las apariencias pueden engañar en los textos de estos sermones y prédicas, pero Parra está bien lejos de ser irreverente o iconoclasta o desacralizador. El respeto por el rito y el dogma están a salvo. La Santísima Trinidad irradia toda su verdadera luz, «sin cuyo visto bueno nada nace ni crece como tampoco muere en este mundo». Y todavía más: una atmósfera a salmo eclesiástico, a letanía gregoriana, a taótico mensaje de un Lao Tsé («lo imperfecto da origen a lo perfecto») puede advertirse y sentirse en la realidad o irrealidad del poema.

La sutileza y la ironía corresponden, más bien, al mundo de abajo. La irreverencia está en directa relación con cosas, sucesos e individualidades terrenales. Los condenados, los humillados y los ofendidos son los amigos del Cristo de Elqui. Ya no se habla



*Artefactos, 1982,
Ediciones Galería Epoca*

de fieles o discípulos. Se sale del templo y se entra a la taberna: «¡Pongan otra docena de cervezas!» El hombre común y corriente aparece en escena, viviendo su Vía Crucis en la ciudad capital, en el desierto de cemento armado.

El Cristo es aquí un desdichado («El verdadero Cristo es lo que es: en cambio yo qué soy; lo que no soy») y un dialéctico que quiere ganarse la vida honradamente, obsesionado por el recuerdo memorial de su madre o expuesto a ser atropellado por automovilistas que no respetan el reglamento del tránsito. La neurosis y los «vicios del mundo moderno» pueden ser sus males.

Personaje edipiano este Cristo de Elqui («lo primero es mi madre»); acomunista también («jamás se me pasó por la mente/ condenarlo por esto y por lo otro», haciendo referencia a Luis E. Recabarren); penitente a su criolla manera («quién soy yo para andar en estos trotes»); chileno y popular aunque reniegue de su origen («cuándo vamos a levantar cabeza/ si descendemos de in-

dios borrachos/ y de una cáfila de españoles aventureros»); y, sobre todo, respetuoso de los códigos comunicacionales de la época: entre lo ambiguo, insinuante y contradictorio. En la lengua vulgar «que ésa es la lengua de la gente» del Cristo de Elqui todo puede decirse pero no definirse. Cuando está a punto de ponerse de rodillas, se arrepiente, o enmienda la ruta cuando está en camino de verdad y de vida: «A ciencia cierta no se sabe nada/ seguridad no hay en estas cosas».

Las profecías del Cristo de Elqui -profecías de un remoto no lejano presente- son también desafíos y anatemas: «Un socialista subirá al poder/ en mala hora me dirán ustedes/ eso yo no lo sé/ lo que sé bien es que se suicidará/ cuando se vea solo y traicionado». Es acaso evidente que algunos sermones no son de las últimas prédicas de Parra. Diversas instancias y épocas lo configuran: un tiempo pasado y un tiempo ahora. Un predicador que incorpora, a menudo en sus discursos, frases sentenciosas acuñadas por la tradición y la sabiduría vernacular -*vox populi, vox Dei*-, y además un lenguaje sabiamente coloquial al que Parra sabe bien darle su sello y su ley.

*Amigos míos son los soñadores
los idealistas
que entregaron su vida como El
en holocausto por un mundo mejor.*

Con el interrogante anti-lema «¿A quién no le gusta el poeta Nicanor Parra?», intelectuales y artistas chilenos rinden homenaje al antipoeta con ocasión de cumplir en 1984 sus setenta años de edad, en los más representativos centros culturales de Santiago. La crítica especiali-

*Discurso ceremonia entrega
Premio Juan Rulfo,
Guadalajara, México.*



zada lo destaca «como el autor que ha devuelto a la poesía una aparente claridad, una gracia espontánea, una luz natural, en contraste con el dramatismo de la poesía precedente». El mismo Parra se hace su homenaje llevando su nombre al título de uno de sus libros: *Hojas de Parra* (1985). El antipoeta revela en esta obra la situación in fraganti del hombre contemporáneo en su realidad humana, social, política, económica, religiosa, contingente, popular, ecológica, amorosa-desamorosa. «Un acto de presencia o solución de compromiso», dicen sus editores (Ediciones Ganymedes).

Las hojas o actos de Parra se multiplican de año en año. Esto se aprecia en la realización de sus trabajos prácticos u obras



públicas (poemas-objetos concebidos a lo largo de los últimos años, con la idea de "dar vida y energía, al golpe de un papirotazo, a los objetos desechables o aparentemente inertes, tomando como base la teoría de la relatividad de Einstein: $E = mc^2$ "). También con su participación en el único recital poético individual (Instituto Miguel León Prado, de Santiago) organizado dentro del programa de Chile-Crea, encuentro de artistas e intelectuales por la recuperación de la democracia chilena.

En los años vísperas de sus 80 de edad, un jurado internacional lo distingue, «por su poderosa reafirmación de la capacidad innovadora de la moderna poesía latinoamericana», con el Premio de

Literatura Latinoamericana y del Caribe «Juan Rulfo». El galardón, coordinado por la Universidad de Guadalajara y patrocinado por instituciones públicas y privadas de México, consideraba, además, que Nicanor Parra «incorpora al acervo tradicional de nuestra poesía una rica raigambre popular, caracterizada por su espíritu libertario, su sabio humor y dinámica atracción para las nuevas generaciones».

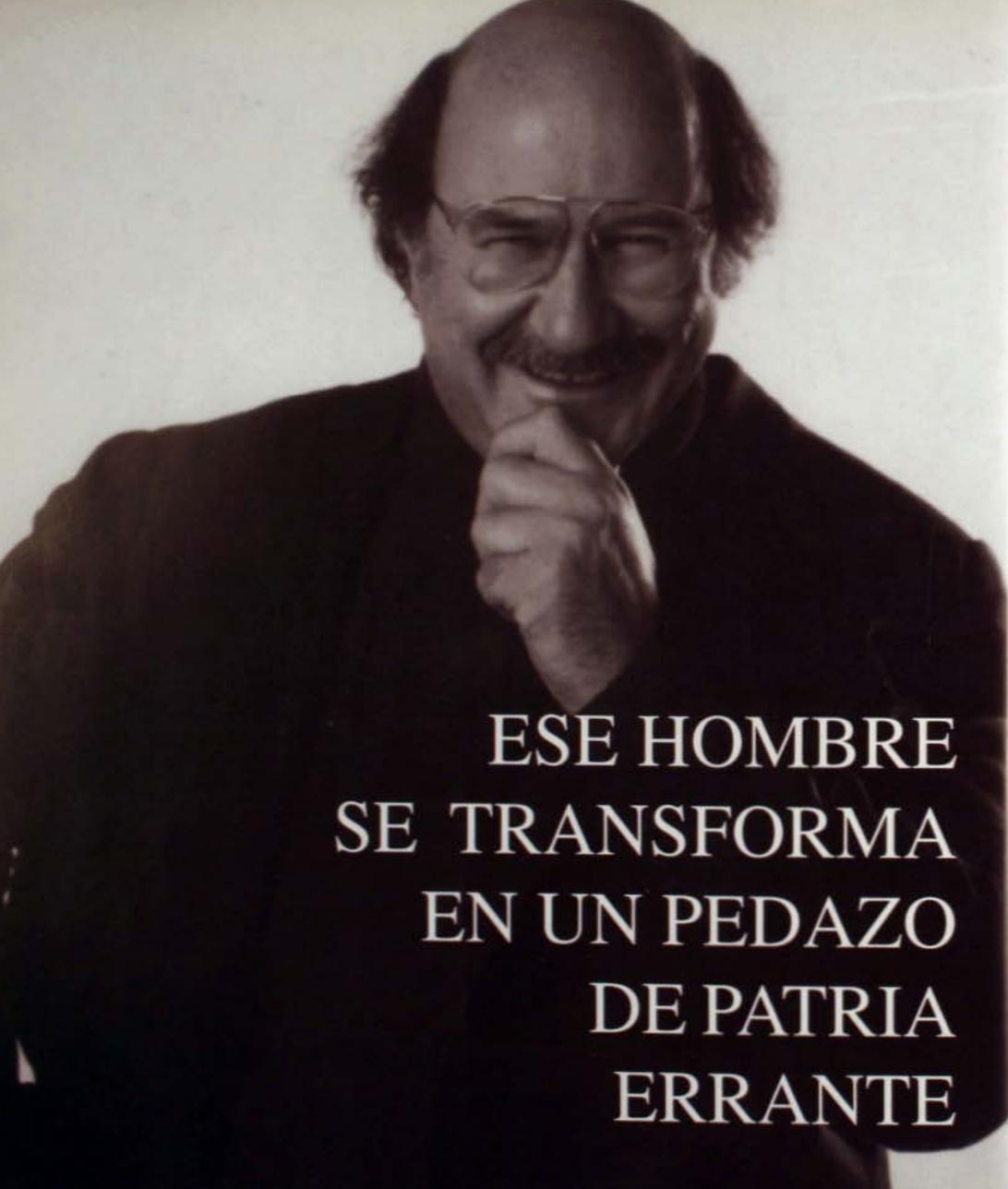
*Afonía total
huelo + a cipreses que a laureles*

responderá Nicanor Parra en su chileno-mapuche *Mai mai peñi*, o Discurso de Guadalajara, como lo llamó.

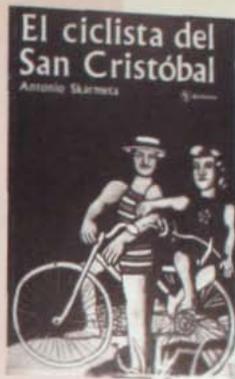




**DEL ENTUSIASMO
A LA
ARDIENTE
PACIENCIA**



ESE HOMBRE
SE TRANSFORMA
EN UN PEDAZO
DE PATRIA
ERRANTE



Antonio Skármeta, *El ciclista del San Cristóbal*, 1973, Editorial Quimantú.



Luis Domínguez, *Citroneta Blues*, 1971, Editorial Universitaria.

En los albores de los años 70 una nueva generación de escritores -los escritores de *El entusiasmo*, según un identificador título de cuentos de Antonio Skármeta- irrumpen en la narrativa del país. Los nuevos narradores comienzan a imponerle un ritmo nuevo al relato nacional, una revitalización en que el goce sensual de la experiencia, esa conciencia de estar inmerso en un mundo en proceso de cambios, buscaba expresarse en un lenguaje más desinhibido y libre. Frente al racionalismo cauto, mesurado, de la tradición anterior -dice Juan Armando Epple-, los nuevos escritores se lanzan impulsivamente a desdralizar las categorías que modelan lo establecido.

La exploración de un nuevo lenguaje estético, impulsivo, irreverente, deliberadamente desordenado, aparecía como un paso necesario, natural, «en correspondencia afectiva con esa exploración de las posibilidades de cambiar la realidad que se gestaba en la vida colectiva del país». No se trataba de una literatura idealista exigiendo, ingenuamente, «la imaginación al poder», sino que una praxis literaria que encontraba en los trabajos y los sueños de los habitantes de un país real el poder para imaginar.

Por estas aguas andan los cuentos y las novelas de Poli Délano (*Amaneció nublado, Cambalache, Vivario*); de Luis Domínguez (*Citroneta Blues*); de Cristián Huneeus (*La casa en Algarrobo*); de Jaime Hagel (*Cuentos bárbaros y delicados*); de Antonio Skármeta (*Desnudo en el tejado, El ciclista del San Cristóbal*). Este último afirmaba generacionalmente por entonces: «Somos los primeros en América Latina en enfrentarnos masivamente con la elocuencia de los medios de comunicación de masas. La industria acústica nos hace perceptible íntima y estruendosamente el universo del sonido, superando para siempre el chirrido y la monotonía de la aguja gardeliana. Los *high-fidelity*

y estéreos divulgan entusiastas no sólo el evangelio de la música rock -que hasta hoy es la cruz de ceniza en la frente de mi generación- sino se interesa por las posibilidades expresivas del folclore con la fantasía y propiedad con que un conjunto de jazz explora un tema tradicional».

«En el plano social y político -afirma Skármeta- la riqueza de acontecimientos era aún más interesante: la progresiva democratización de la educación generaliza la racionalidad entre los estudiantes, ac-



Poli Délano



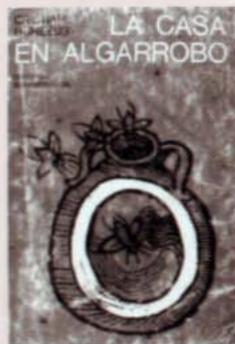
Cristián Huneeus



Carlos Olivárez



Vivario, 1971,
Editorial Arancibia Hermanos.



Casa en Algarrobo, 1968,
Editorial Sudamericana.

CARLOS OLIVÁREZ
CONCENTRACION
DE BICICLETAS



Concentración de bicicletas, 1971,
Editorial Universitaria.

ceden a ella más sectores de la pequeña burguesía y del proletariado. Es una excelente ocasión para la esperanza y la participación. Nuestra generación entró de lleno a participar en la vida social y en numerosos casos lo hizo en la forma más explícita de la militancia partidaria».

La nueva narrativa chilena, que fue durando notablemente en los últimos años, asumiendo la huella renovadora del *boom* latinoamericano e identificándose, a la vez, con la obra de los nuevos escritores de Argentina y México y Cuba, a partir de 1973 debe refrenar su ímpetu para enfrentarse a la tarea dura de rescatar y re-evaluar «los fundamentos naturales, sociales y culturales que sostenían la evolución histórica del país, esa humanidad súbitamente desarticulada».

También el escritor Carlos Olivárez (*Concentración de bicicletas*), en el prólogo de una singularísima antología (*Los veteranos del 70*), fija posiciones significativas en relación a estos procesos literarios chilenos de la época: «Teníamos algo de prisa por conocer al máximo de personas. Nuestra aventura pasaba por el tubo de rayos catódicos del televisor blanco y negro, el transistor, las fibras sintéticas y los retazos de la Alianza para el Progreso, las canciones embutidas en casetes, los rayados murales y las marchas al centro gritando por la Universidad. Esa catedral de la nueva religión cuyas Tablas de la Ley reclamaban por delante. Sobre todo del sacrosanto conocimiento enlatado. Había que saber si era verdad lo de Mac Luhan, lo de Miller, lo del Modern Jazz Quarter, lo de la Segunda Declaración, lo propio y lo ajeno del lenguaje que nos conectaba

al continente a través de la Maravillosamente Real Literatura Latinoamericana».

En oposición a la retorizada trascendencia de la escritura anterior, estos escritores buscan el gesto cotidiano, la recuperación del misterio, la alegría, la sensualidad. Les interesa establecer un encuentro con el lector desde el humor, de aventurarse juntos en la ironía y de romper mitos.

Sin embargo, toda esa alegría y todo ese romper mitos, se rompen real y bruscamente para toda una generación literaria en un septiembre de 1973. El mismo Olivárez tipifica con alegoría deportiva este drama: «Para nosotros los insufribles desenfadados, la década del sesenta había empezado a las tres de la tarde del 30 de mayo de 1962, cuando Honorino Landa, el centro delantero de la Selección movió la pelota en medio del Estadio Nacional dando inicio al Mundial de Fútbol; y terminó en alguna hora del atardecer del Once de Septiembre de 1973, cuando el primer prisionero político fue arrastrado a ese mismo estadio, ahora vigilado por cientos de soldados prunmuniados de armas automáticas y dedos ultrasensibles para disparar a cuanto se moviera sin sus órdenes».

A partir de aquel septiembre la mayoría de los intelectuales y artistas chilenos deben salir al exilio. Y aquellos otros que continuaron viviendo en Chile tuvieron que reformular su trabajo enfrentando las muchas restricciones del periodo. «La creación en el subterráneo», dijo alguien. Y el momento del exilio: «El destierro es una experiencia en que el hom-

LA CIUDAD



GONZALO MILLÁN

Gonzalo Millán, *La ciudad*, (1979), 2ª edición 1994, Editorial Cuarto Propio.



Hernán Valdés, *Tejas verdes*, (1974), 3ª edición 1996, Ediciones LOM - CESOC

bre establece su relación con el mundo enajenado de su ámbito natural. No digamos que vive sin sus raíces. Porque ésas las lleva dentro de sí hasta la muerte. Son su *jus sanguinis*. Pero por el momento se le priva del espacio exterior e interior de su tierra de origen. Ese hombre, entrañado de su país real, visceral e in-sustituible, se transforma, por conciencia e inconciencia, en un pedazo de patria errante» (Volodia Teitelboim).

Unos versos de Eduardo Carrasco, uno de los integrantes del conjunto Quilapayún, reflejan la situación de miles de chilenos diseminados por el mundo esperando el momento de dejar esas patrias errantes:

*Desde el 11 de septiembre
de 1975
estoy parado
en la esquina de Saint Michel
con Saint Germain
esperando que pase la Pila-Cementerio.*

Desde la novela-testimonial *Tejas verdes* (de Hernán Valdés) hasta el libro de poemas *La ciudad* (de Gonzalo Millán) la creatividad literaria se mantuvo viva aun en los años del destierro. El escritor Poli Délano cuenta su experiencia: «He seguido con afán las obras -novelas, cuentos, poesías- escritas en el exilio chileno. Casi todas estas obras, y probablemente otras que permanecen inéditas o que desconozco, miran hacia lo que fue el proceso de Chile, ya sea en su búsqueda de independizarse y crear una vida más digna, o en los diversos aspectos de la represión con que se ha querido poner un fin a ese intento. Tal vez este hecho, el volverse hacia Chile más que nunca en el exilio, sea en parte un rasgo provocado por la propia situación de entrañamiento, por la nostalgia, por la imposibilidad de volver.

«Sin embargo, me parece que es también una respuesta, una voluntad de explicarse las cosas que ocurrieron, de condenar al presente, de mantenerse cerca de la lejanía y, sobre todo, sobre todas las cosas, de no callar. De no callar en el destierro».

Radicado durante décadas en universidades norteamericanas, pero con permanen-



Gonzalo Millán



Volodia Teitelboin

tes viajes a Chile, sobre todo a partir de 1987 (año de la publicación de *Nos reconoce el tiempo y silba su tonada*), el escritor Fernando Alegría nunca ha dejado de estar realmente en su tierra natal: «No nací para vivir solo. La soledad me desespera. Me duele profundamente el exilio. En los últimos años se han estilizado mis pesadillas. Soy un avión sin techo, camino a tientas de un hotel a otro, no hay suelo en los corredores y, al salir, veo con asombro que se han llevado el santuario del cerro San Cristóbal. Un caballero ladra sin cesar».

Un lector crítico -el ensayista Juan Armando Epple- y un escritor -Fernando Alegría- con suficiente cancha y entusiasmo como para torcerles la puntería a las preguntas, se enfrentan el uno al otro en ese libro memorial, sin perdonarse nada, en un continuo interrogarse acerca de los vínculos y mediatizaciones que hay entre vida y literatura. Acaso vida más vida. Un entrar en medio siglo de realidades e historia literaria. El mismo Alegría hace suya una generación (la del 38), inserta en toda una realidad social y cultural del país.

-«Se escribe para descubrir el secreto de eso que nos emocionó y no entendimos -dice el autor de *Caballo de copas*-. Escribimos, entonces, emocionados, pero del todo conscientes. No llegamos a ninguna parte. Pero, ¿quién dijo que debíamos llegar a alguna parte? Nos bajamos del tren antes de tiempo. Es inevitable. Me gustaría saber el nombre de la estación en que me bajaré. Es lógico, pero no se puede. Quizá me bajen y yo no me dé cuenta».

En Chile, mientras tanto, una observante, lúcida y crítica mirada es la que realiza el



Dario Oses



Gonzalo Contreras



Carlos Cerda

DARIO OSES

Machos tristes



Machos tristes, 1992,
Editorial Planeta.

GONZALO CONTRERAS La ciudad anterior



La ciudad anterior, 1991,
Editorial Planeta.

CARLOS CERDA Morir en Berlín



Morir en Berlín, 1993,
Editorial Planeta.

escritor Jaime Hagel. Le importa entrar en las temáticas, tipificaciones y personajes que motivan a los narradores chilenos a través de obras antológicas como *Contando el cuento*, *Cuento aparte*, *En-cuento*, *Cuentos chilenos*: «Todo un carnaval de esperpentos desolados y frustrados, en un acontecer que se arrastra o se estanca en ascensores, subterráneos, celdas, cámaras de tortura, piezas de mala muerte, hoteles parejeros. O lugares por donde deambulan boxeadores de tercera, alcohólicos, dementes, derrotados, mujeres abandonadas, torturados, enfermos. El escritor se sumerge en los laberintos de la condición humana, en sus profundidades, en sus secretos. Quiéralo o no el autor, toda obra refleja el espíritu de la época en que fue escrita. El tiempo de la aventura coincide con el de la escritura, que a su vez, es el de la Dictadura. Es decir, al tiempo de la escritura de estos relatos se le podría llamar *la era del ogro*».

La antología *Contando el cuento* (1986) es bien representativa de toda una nueva generación (Antonio Ostornol, Ramón Díaz Eterovic, Diego Muñoz, Ana María del Río, entre varios otros) de lenguajes escriturales directos y punzantes, poéticos y alegóricos; de lo sobrenatural a lo kafkiano en una búsqueda de estilos di-



Alberto Fuguet



Mala onda, 1991,
Editorial Planeta.

versos en sus ironías y parábolas. Creadores surgidos entre la vigilancia y el miedo. «Somos hijos de este tiempo que nos ha tocado vivir», dicen. «Nuestra adolescencia terminó y continuó al mismo tiempo. Terminó cuando hubo que pensar en enfrentar aquello que nunca soñamos ver. Continuó porque los anhelos se petrificaron, comenzó como una era de invernación hasta el momento en que todo volviera a ser como antes. Las dos actitudes han coexistido en nosotros, no sabemos si para bien o para mal de la narrativa que hacemos, pero es un hecho que está ahí, impregnando nuestra literatura».

Una renovadora e interesante generación se destaca hacia el final de la década de los ochenta. Esta «generación posPinochet», llamada también, con malicia e ironía, «Baby-boom» por los publicistas, además de sus

oficiosos afanes de escritura, respaldos editoriales y promoción publicitaria, trabajaban un efectivo *marketing* personal y social, ya sea en los *Machos tristes* (Darío Oses), en la *Gente al acecho* (de Jaime Collyer), en *La ciudad anterior* (de Gonzalo Contreras) o en la *Mala onda* (de Alberto Fuguet).

Aunque escrita y publicada en Chile,

ADOLFO COUVE

LA LECCION
DE PINTURA

Adolfo Couve, *La lección de pintura*,
1979, Editorial Pomaire.

Morir en Berlín (de Carlos Cerda) es el reencuentro del escritor chileno retornado del exilio que narra con perspectiva y certeza ese dramático exilio. Y en el otro lado, hacia el interior del país, pero con referencias muy distantes y distintas, está *Oír su voz* (de Arturo Fontaine Talavera), radiografía novelada del Chile social-político-económico de estas dos últimas décadas.

La *Antología del cuento chileno* (1985), con selección, prólogo y notas de Enrique Lafourcade, constituye en sus tres voluminosos e ilustrados volúmenes una de las obras más representativas de estos años. Un contar realmente toda la trayectoria cuentística de la literatura del país. Desde Daniel Riquelme y Federico Gana, en los inicios del siglo veinte, a Darío Oses, Carlos Iturra o Manuel Peña Muñoz, en los más jóvenes autores. La misma nota prologal de Lafourcade es significativa y fija objetivamente posiciones: «La muestra que entregamos es vasta y

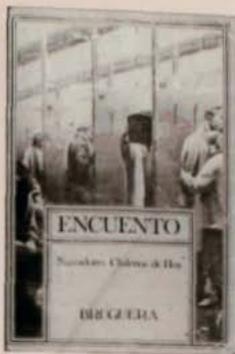
TRAPANANDA



Enrique Valdés, *Trapananda*,
1983, Editorial Nascimento.

rica, desde nuestros primero balbuceos como narradores hasta los más recientes. Para ordenarlos hemos elegido la presentación cronológica desestimando las agrupaciones generacionales por considerarlas brumosas en sus pretenciosos deslindes. Sólo a título meramente informativo abundamos en estas divisiones. El escritor hace un viaje (un vuelo) privado, de desesperaciones y éxtasis ocultos, ebrio a veces entre terrores y dichas, entre el sueño y la frustración. Su valor último en su tiempo, en la historia de la literatura y en su propia y viva Historia -la que, por cierto, no puede eludir- no estará en el haber pertenecido a tal o cual clase, a la generación perdida o a la encontrada, a la de las nubes o a la de las hojas, a los viejísimos o a los novísimos».

Por esos mismos años, Enrique Lafourcade publicaba *Nadie es la patria* (1981), verso borgeano «nadie es la patria, pero todos lo somos»- hecho prosa, crónica, testimonio de un tiempo cargado de batallas, espadas y éxodos.



Encuentro, narradores chilenos de hoy, 1984, Editorial Bruguera.

Adolfo Couve (*El picadero*, 1974; *El tren de cuerda*, 1976; *La lección de pintura*, 1979) aparece en la nueva narrativa chilena con un oficio personalísimo que, en el decir de Adriana Valdés, corre el riesgo de ir a parar a las notas marginales de cualquier historia literaria, «porque no cabe en tendencias ni movimientos». El gesto que hacen sus breves obras es más bien «el de la prescindencia un tanto desdenosa un poco al modo de los poetas malditos de comienzos de siglo». Algo semejante, aunque en otro contexto temático, ocurre con el novelista Enrique Valdés (*Ventana al sur*, 1975; *Trapananda*, 1984) que incorpora a nuestra literatura el vasto y legendario territorio de Aysén. Una literatura símbolo del hombre en medio de sus geografías, aventuras y naturalezas: «Todo se sumerge en la lejana transparencia del recuerdo. Y se desvanece».

Otros hitos de la época surgen bajo el alero de los Institutos Binacionales. Es el caso



Arturo Fontaine Talavera, Oír su voz, 1992, Editorial Planeta.

de «Encuentros», una iniciativa que reunió durante varios días a un público ávido, en torno a un escenario en el que los actores eran... los propios escritores leyendo sus cuentos en voz alta, y ante el silencio respetuoso de la multitud. Como quien escucha a Soda Stereo, o a Madonna, los asistentes escucharon alrededor de un centenar de cuentos, los que fueron publicados en un volumen editado por Bruguera.

Más allá o más acá de temáticas de la contingencia o de órbitas generacionales, el escritor chileno Juan Emar se instaló en gloria y majestad en el medio literario chileno con su obra *Umbral* (1977), dominando literariamente todo el periodo. Libro de fundamento mayor, no sólo de ese año publicante, sino de todos estos años. El relato, el fragmento de novela, el cuento, las anotaciones domésticas, las concepciones filosóficas y metafísicas, todo, intelectual y cotidianamente, tiene cabida en esta obra magna y clarividente. Juan Emar (Alvaro Yáñez Bianchi, 1893-1964) se incorporó



Juan Emar

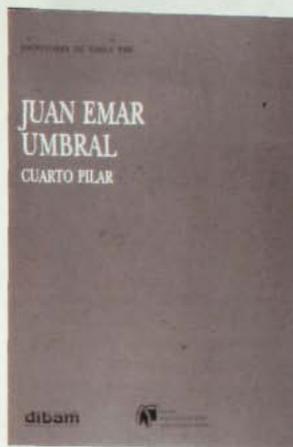


Umbral, 1977, Editorial Carlos Lohlé (Argentina)

posmórtem a la literatura latinoamericana con una obra que ha llegado a compararse con Kafka, Proust y otros clásicos europeos.

Acaso en ese *Umbral* puede encontrar su derrotero aquel joven y anónimo escritor que en noviembre de 1990 (Encuentro de Narradores en Valdivia, organizado por el Proyecto de Educación para la Democracia, PRED) planteaba sus orfandades: «Desde mi perspectiva creo que la narrativa actual está abocada a recuperar un pasado, a llevar a sus personajes por túneles, por pendientes, que conducen tanto al lector como a los personajes a esos túneles oscuros, sin salida. Es un residuo que este pasado ha dejado en el hoy, en la generación, por ejemplo, como la mía. Yo tenía trece años en el tiempo del golpe. Mi generación se quedó sin modelo, sin una identidad propia».

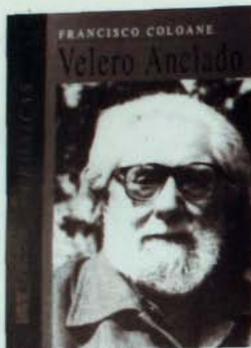
Bien puede, pues, llamarse a este tenso y



Umbral, edición completa en 5 volúmenes, DIBAM 1995-96.

terco periodo como de los *umbrales* a las *ardientes paciencias*. O si mejor se quiere: *Los rostros ardientes* (1981), la testimonial novela de Jorge Mario Méndez. Hermoso libro escrito con las armas de la pasión y de la inteligencia, y que -según Alfonso Calderón- «aspira a afirmar que el ser humano es un momento único en la historia y es preciso inmortalizarlo».

El mismo Alfonso Calderón no cesa en una infatigable tarea de investigación, recopilación y creación literaria. A sus libros poemáticos del periodo (*Isla de los Bienaventurados*, 1977; *Poemas para clavecín*, 1979; *Música de cámara*, 1981) deben agregarse sus relatos, «especie de memoria» y relaciones viajeras (*Una invisible comparsa; Miramundo*). A su vez, el escritor Guillermo Blanco (*Dulces chilenos*, 1977; *Camisa limpia*, 1992) desarrolla oficiosamente, y sin aspaviento alguno, su notable acti-



Francisco Coloane, *Velero anclado*, 1996, LOM ediciones.



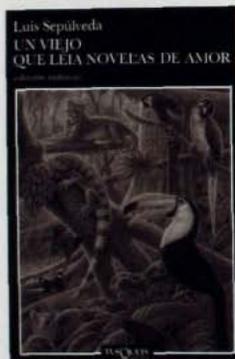
Luis Sepúlveda

vidad de narrador. También Luis Sánchez Latorre hace otro tanto con su memorable *Lejano oeste* (1988), fragmentados y reflexivos textos memoriales que mantienen la lucidez de *Filebo* (1965) y de *Adiós, Medusa* (1975).

Ni Francisco Coloane se duerme en los laureles. Su novela *Rastros de guanaco blanco* (1980) y su relato *Crónica de India* (1983) lo mantienen en plena creatividad y vigencia. Y con trascendencia internacional. El autor de los temas australes y



Francisco Coloane, *Rastros de guanaco blanco*, (1980), 3ª edición 1996, LOM ediciones.



El viejo que leía novelas de amor, (1989), 34ª edición, 1997, Tusquets Editores.

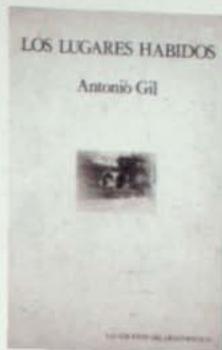
antárticos es traducido y publicado exitosamente en Francia. El escritor chileno Luis Sepúlveda es su artifice. Sepúlveda ni siquiera aparecía en el *Diccionario Bibliográfico «Juntémonos en Chile»* (Sociedad de Escritores, 1992); recopilación bien detallada de datos relativos a escritores «que por su trayectoria literaria se consideró imprescindible incluir». Sin embargo, por esa fecha, *Un viejo que leía novelas de amor* (1989) lograba un éxito rotundo de lectores y críticos en Francia y otros países europeos.



Antonio Ostorinol, *El obsesivo mundo de Benjamín*, 1982, Editorial Pomaire

Otro autor que desarrolla una vasta tarea creadora es Jaime Valdivieso que no se encasilla en un sólo género, sino que abre su escritura al relato (*País de la ausencia*), a la novela (*Las máscaras del ruiñeñor*), al ensayo (*Chile: un mito y su ruptura*) y hasta los cuentos breves, menos breves y brevisimos (*Centro de gravedad*, Editorial Atenas, Santiago, 1989).

El escritor José Miguel Varas, tan pronto regresa al país después de varios años de exilio, publica su novela *El correo de Bagdad*, 1994, reincorporándose editorialmente al medio nacional. Otros de nuestros narradores continúan año a año en sus fidelidades de vocación y escritura: Jaime Hagel (*Con la lengua afuera*, 1982; *A quemarropa*, 1990); José Luis Rosasco (*Hoy día es mañana*, 1980; *Dónde estás Constanza*, 1980; *Tiempo para crecer*, 1983); Fernando Jerez (*Así es la cosa*, 1975; *Un día con su excelencia*, 1988; *Temprano despunta el día*, 1993); Antonio Ostorinol (*El obsesivo mundo de Benjamín*, 1982; *Los*



Antonio Gil, *Los lugares habidos*, 1987, Ediciones del Ornitorninco.

años de la serpiente, 1991); Juan Mihovilovich (*El ventanal de la desolación*, 1989); Antonio Gil (*Cancha Rayada*, 1985); Ramiro Rivas (*Luciérnaga curiosa*, 1993); Reinaldo Eduardo Marchant (*El abuelo*, Premio Novela Andrés Bello 1989).

Dos de nuestros más destacados Premios Nacionales de Literatura fallecen en marzo de 1973: los escritores Manuel Rojas y Benjamín Subercaseaux. Hasta esa primera etapa del periodo aún se mantenían en sus activos procesos escriturales, enriqueciendo sus relevantes bibliografías. Rojas había publicado su notable novela *La oscura vida radiante* (1971) y Subercaseaux, *Manifiesto al mundo hippie* (1971) y su ensayo antropológico *Una nueva interpretación del hombre* (1972).

No son tiempos fáciles para el ciudadano chileno, ni menos para el escritor. Sin embargo, el indesmentible proceso creativo de nuestros poetas, narradores, ensayistas y estudiosos de la literatura nacional, enriquece bellamente la condición humana más allá de los males del periodo.





LITERATURA
DEL PREMIO
NACIONAL



*Eloy, 1960,
Editorial Seix Barral.*



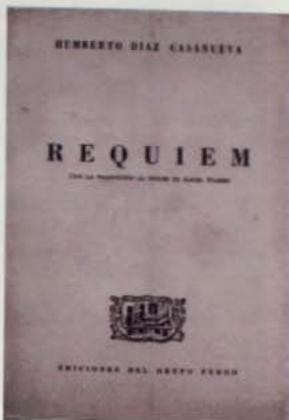
Carlos Droguetti, 1912-1996

Entre los años previos al llamado «pronunciamiento militar» y los años primeros de la recuperación de la Democracia (1970-1994) un número considerable (y notable en varios casos) de escritores chilenos fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura. El máximo galardón que el Estado de Chile otorga a sus escritores como reconocimiento a una trayectoria literaria y a una vida dedicada a la literatura.

Creado por Ley de la República en noviembre de 1942 (presidencia de Juan Antonio Ríos), el Premio que da «inmortalidad» a sus galardonados, ha sufrido las más diversas y sucesivas modificaciones reglamentarias, hasta el extremo que naciendo originalmente de los propios escritores (con voz y voto en los jurados), éstos han terminado siendo excluidos de tales deliberaciones. Esta no representatividad en el jurado y su otor-

gamiento, ahora bianual, es asunto de batalla permanente de la Sociedad de Escritores de Chile. Ya en mayo de 1938, Gabriela Mistral instaba a los escritores chilenos a crear un premio nacional que los dignificara.

«Como escritor, nunca fui partidario de crear un Premio Nacional de Literatura. Sospeché que podría provocar resquemores y enemistades o poner en ridículo a los escritores o a los jurados», dirá el novelista Manuel Rojas al recibir este Premio en 1957. «Por otra parte, no creo que el Estado debiera premiar al escritor. El escritor es, en potencia, un enemigo del Estado; debería serlo, por lo menos. Es un hombre independiente y libre y puede y debe en determinados momentos, por medio de sus libros, ser un acusador del Estado. Lo que el escritor chileno necesita son lectores, no pre-



Requiem, (1945), 3ª edición, 1958,
Ediciones Grupo Fuego.



Humberto Díaz-Casanueva, 1906-1992

mios. Un menor porcentaje de analfabetos y de semianalfabetos beneficiaría al escritor y al país de Chile mucho más que un premio. Y ésa es una labor del Estado. Pero, a pesar de no ser partidario de él, me lo han dado. Sigo, no obstante, pensando mal del premio».

Aun así, desde Carlos Droguett (en 1970) a Miguel Arteche (1996), el Premio Nacional de Literatura (con algunas singulares excepciones) ha dado merecimiento y relevancia a los escritores del país. «Creo que yo también estoy un tanto integrado, pero no aparezco en el *boom*, este *boom* que han inventado las editoriales, un *boom* más publicitario que artístico», señala el escritor Carlos Droguett cuando se le otorga el galardón en 1970. Y agrega: «Pienso, sin embargo, que tengo así más libertad para hacer como escritor lo que yo quiero hacer, es decir, poner la verdad, poner la

pasión, poner amor en lo que se escribe. Si algo no me interesa apasionadamente, soy nulo, no puedo escribir».

Con ese apasionamiento y oficio libertario -que quiere decir, también, cien gotas de sangre y doscientas de sudor-, Droguett escribirá sus dramáticas novelas: *Eloy* (1960), *Patás de perro* (1965), *Todas esas muertes* (1971). Novelística signada por la sangre y la violencia: «Para mí la literatura es un acto total que interesa al cuerpo y al espíritu del escritor, en términos teológicos, como un sacramento; en términos siquiátricos, como un suicidio. Yo soy un pasional, y mi pasión es la literatura, pasión de vida y no de muerte».

El otorgamiento del Premio Nacional 1971 sorprende al poeta Humberto Díaz-Casanueva en las Naciones Unidas (Nueva York). El Presidente Salvador



Edgardo Garrido Merino, 1888-1976



Sady Zañartu, 1893-1983

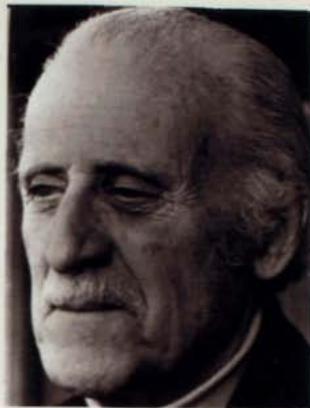
Allende lo había designado Embajador, representante de Chile en dicho organismo internacional. El poeta dona el monto del Premio al Comité de Navidad Nacional. Así se construyen dos plazas para juegos infantiles en los barrios de Santiago, frecuentados por el autor durante su infancia.

La filosófica y, a veces, dialéctica poesía de Díaz-Casanueva (*Vigilia por dentro*, 1931; *El blasfemo coronado*, 1940; *Réquiem*, 1945, *Los penitenciales*, 1960) oscila entre un desmantelamiento trágico, un impulso irresistible hacia la Nada y, al mismo tiempo, una creación constante del Ser. Hacia fines de 1983 el poeta regresa definitivamente a su país natal tras diez años de exilio neoyorquino: «Vengo como sobreviviente de una generación a un Chile que sobrevive. No vengo a disfrutar de un descanso sino a

contribuir, dentro de lo que me sea posible, a la restauración de una cultura que mereció el respeto y la alabanza de toda la América Latina».

Como un acto de justicia literaria, según la crítica de la época, significó premiar al novelista Edgardo Garrido Merino, en 1972. El venerable escritor tenía ya 82 años y era, según comentó de sí mismo, «un hombre muy joven pero con unas piernas muy viejas». Su obra más representativa -*El hombre en la montaña* (1933)- es una novela de pasiones, con seres que sufren y gozan los arrebatos de la vida, paisajes y un decidido amor por la naturaleza.

Posterior a 1972, el Premio Nacional de Literatura se otorgará cada dos años, «en forma indivisible, al escritor chileno cuya obra sea acreedora a esta distinción». En



Arturo Aldunate Phillips, 1902-1985



Rodolfo Oroz, 1895-1997

esta etapa corresponde iniciar la lista de galardonados (1974) al narrador Sady Zañartu. Se valora en su obra el perfil de la chilenidad y el sentido de rescate de los grandes valores olvidados de nuestro país. Elogiando su novela fundamental -*La sombra del corregidor* (1927)- un crítico santiaguino llegó a decir que «con cuatro o cinco novelas como la de Sady Zañartu podríamos estudiar muy bien la historia de Chile».

Los Premios 1976 al ingeniero y ensayista Arturo Aldunate Phillips (*Matemática y poesía*, 1940; *Los robots no tienen a Dios en el corazón*, 1963; *Chile mira hacia las estrellas*, 1975) y 1978 al filólogo y académico Rodolfo Oroz (*Los animales en la poesía de Gabriela Mistral*, *El uso metafórico de nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno*) provocaron revuelo nacional por

las inesperadas decisiones de los jurados y sus insólitos fallos. Razón tenía entonces el novelista Manuel Rojas cuando veinte años antes ponía en tela de juicio tales deliberaciones.

Tampoco se salvó mucho el ensayista, poeta y educador Roque Esteban Scarpa (1980). «Más merecía el Premio Nacional de Educación», comentó el crítico (y discípulo del galardonado) Ignacio Valente, en su columna mercurial. Sin embargo, su ensayo biográfico *Thomas Mann, una personalidad en una obra* (1961), sus volúmenes poéticos *No tengo tiempo* (1977) y sus estudios mistralianos *Una mujer nada de tonta* (1976), entre una cuarentena de obras, confirman a Scarpa como un escritor que nunca se ha hallado lejos de los diversos afanes que trae consigo la literatura.



Roque Esteban Scarpa, 1914-1995



Marcela Paz, 1902-1985

También la literatura infantil tuvo su reconocimiento al otorgársele el Premio Nacional (1982) a la escritora Marcela Paz (Ester Huneeus de Claro). La autora del ya clásico *Papelucho* recibía tales méritos «en atención a su dedicación especial al cultivo de la literatura, en especial a la narrativa infantil, y al hecho de haber creado un personaje literario de alcances nacionales y universales». La propia autora se sorprendió, diciendo que «ni siquiera tengo un trozo de queso para recibir a las visitas». Marcela Paz impuso en nuestro medio una literatura nada de pueril, recreando un mundo poblado de vivencias y realidades infantiles.

A nadie sorprendió que el poeta (y también novelista) Braulio Arenas fuera el distinguido en 1984. El mandragórico autor (*El mundo y su doble*, 1940; *Discurso del gran poder*, 1952; *En el mejor*

de los mundos, 1970; *Adiós a la familia*, 1966; *La casa fantasma*, 1962; y, en fin obras poemáticas y narrativas muchas) representa la literatura a cabalidad y él mismo una vida toda en su constante oficio. Su obra y su quehacer le dieron presencia permanente a la literatura chilena de estos tiempos.

El surrealista poeta chileno que fue Braulio Arenas no se atormentaba con sus conversiones efectivas a la realidad: «Por mucho que nos esforcemos en borrarla, la realidad siempre estará presente en toda obra creadora. Su sentido será latente o manifiesto, según el estilo del escritor. Y hasta cuando se quiera formular una frase aparentemente inverosímil, la realidad está agazapada en dicha frase: ¿Cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler? Respuesta: El rayo Láser lo aclarará».



Braulio Arenas, 1913-1988



Escritos mundanos, 1985,
Editorial La Noria.

En 1986, Enrique Campos Menéndez, cuentista (*Sólo el viento*, 1973), ensayista (*Presencia de Portales*, 1976) y novelista (*Los pioneros*, 1984), fue agraciado con el Premio Nacional de Literatura. La distinción le llegaba cuando ejercía sus funciones como Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos y, a su vez, asesor cultural del gobierno militar. Fidel Araneda Bravo, comentando una de las obras del autor magallánico señala que, «Campos Menéndez posee verdadera magia para contar las viejas leyendas e historias de la raza ona y describir las riquezas de la tierra patagónica con su variado paisaje».

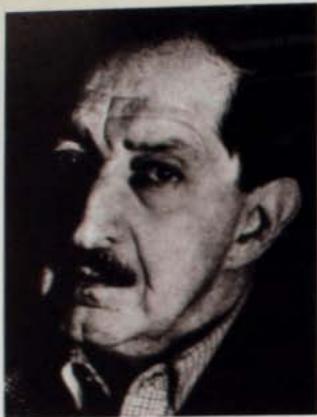
El lenguaje poético de Eduardo Anguita (*El poliedro y el mar*, 1962; *Venus en el pudridero*, 1967), dedicado toda su vida a trabajar más en soledad que en figuraciones públicas, adquiere toda su magnitud y

trascendencia al recibir, en 1988, el Premio Nacional de Literatura. Autor que ya tenía con su intensa obra un lugar de mérito en la poesía chilena de este siglo. El tema del amor es elevado a categoría mítica y de belleza erótica en muchos de sus versos, además de sentimiento terrenal y estremecedor: «Más fuerte el amor que los amantes,/ los actos, más que ellos mismos».

Su poesía entera tipifica una obra esencialmente lúcida, de una lucidez atemporal, onírica y meditativa. La recuperación de la palabra en su justo lugar vitalizante. El mismo Anguita lo expresa en estas frases: «La poesía de hoy es de conocimiento, ésa es su calidad específica. Nuestro *cerebralismo*, como lo llaman ciertos críticos a nuestra característica superior (como si se pudiera hacer poesía con los pies), es nuestra conquista en el arte y le da una calidad



Enrique Campos Menéndez, 1914



Eduardo Anguita, 1914-1992

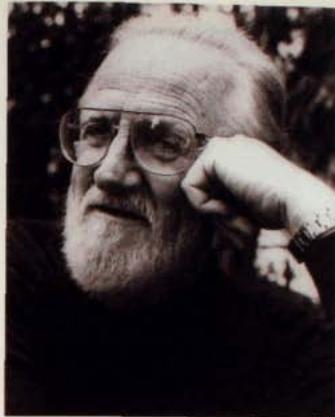
tanto más humana cuanto que la inteligencia comanda el ser, lo representa íntegramente, y lo estremece a menudo con su intensidad de largos fuegos».

PRESENCIA Y FIGURA DE JOSE DONOSO (1924-1996)

José Donoso abre un nuevo capítulo, no sólo en relación con el Premio Nacional (1990), sino también con su presencia y su figura en la literatura hispanoamericana de toda la segunda mitad del siglo veinte. Desde *Coronación*, aquella novela de 1956, hasta *El Jardín de al lado* (1982), el cada vez más ecuménico escritor chileno, ha dedicado una vida a su oficio de narrador. Esta toma de conciencia de escritor latinoamericano le vendrá desde muy joven cuando estudiaba en una universidad norteamericana: «Princeton deja en mí una

honda huella. Aprendo allí que la literatura no carece de encantos, y que su estudio puede ser un placer. Conozco algo de la mejor pintura mundial, que siempre me fascinó. Exploro los museos de Nueva York durante los fines de semana. Durante las vacaciones, viajo a pie por México; publico mis primeros cuentos. Y me doy cuenta de que, para bien o para mal, soy escritor».

Recuperada la democracia chilena, Donoso será el primer escritor en recibir el Premio Nacional de Literatura, reconocimiento que viene a «glorificar» la tan amplia trayectoria -el lugar sin límites- del fervoroso escritor. El universo narrativo donosiano se enmarca en temas y realidades de un Chile que va desde la década del cuarenta hasta los años actuales, amén de personajes únicos e inconfundibles, ambientes y lenguajes en sus costumbres sociales y relaciones de familia.



José Donoso, 1924-1996



Cuatro para Delfina, 1982,
Editorial Seix Barral, España.

El mismo Donoso, fijando posiciones en asuntos sociales y temáticos, afirma: «El escritor no tiene clase, sino que se la fabrica: su clase social -si es que interesan hoy esas cosas- es, inevitablemente, obra de su propia imaginación, otra obra de ficción. Es posible que yo haya inventado mi propia burguesía -que bien puede no tener nada que ver con una burguesía real- para poder ser su víctima y odiarla y admirarla y sacar de allí mis tensiones y mi fuerza».

A esta ficción-realidad corresponden sus novelas *Coronación* (1956), *Este domingo* (1966), *El lugar sin límites* (1966), *El obsceno pájaro de la noche* (1970), *Casa de campo* (1979), *El jardín de al lado* (1982).

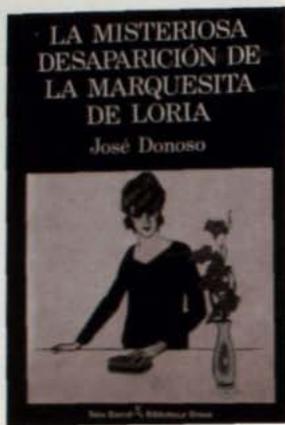
Y toda una narrativa que no ha dejado indiferente a nadie, aunque para el autor «nada me irrita tanto como los críticos que

reducen mis novelas a sus elementos sociales, esos que quieren que yo haya escrito el *canto del cisne* de las clases sociales chilenas». No sólo la problemática de un tema o de un lenguaje narrativo importa vivamente en estas obras, sino además lo ideológico como referencia a la vida-cuento de un autor, como un modo peculiar y determinado de entender y reaccionar frente a la realidad social. Así, por ejemplo, *El obsceno pájaro de la noche* se presenta como un cuestionamiento que penetra profundamente la realidad, como una apuesta al hombre en su lucha contra una sociedad enajenante.

Sin duda que la meritoria y valiosa narrativa donosiana ha sido fuente nutricia para aproximaciones críticas a los problemas teóricos, metodológicos e histórico-sociales que plantea el estudio de la literatura latinoamericana de estos tiempos. Todo



Coronación, (1956), 1ª edición 1968
Editorial Seix Barral, España.



La Marquesita de Loria, 1980,
Editorial Seix Barral, España.

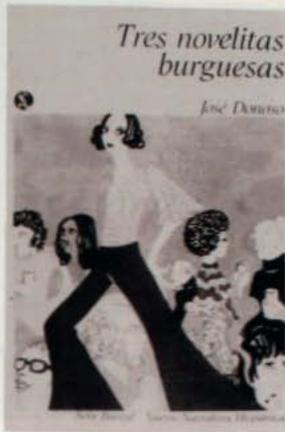
ello personificado en un escritor como Donoso que siendo chileno está, definitivamente, más allá de lo chileno: «No puedo seguir diciendo que toda mi experiencia está unida a Chile. No es verdad».

El mito, el juego y la imaginación -en relación con la obra de Donoso- tienen, en sus cuentos y novelas, sus relevantes significaciones. Y sus siempre dicotómicos y ambivalentes aspectos: la razón y la locura, el rostro y la máscara, la verdad y la mentira, el sueño y el despertar, lo estético y lo grotesco. Y, en fin, «la única belleza es lo monstruoso».

En octubre de 1994, un Coloquio Internacional de Escritores y Académicos en un ciclo multidisciplinario en honor a la figura y obra de José Donoso, fue organizado por el Departamento de Programas Culturales de la División de Cultura del

Ministerio de Educación y en colaboración con el Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Figuras relevantes de la literatura internacional (José Saramago, de Portugal; Fanny Rubio, de España; Philip Swanson, de Inglaterra; John Wideman, de Estados Unidos; Sergio Pitlor, de México), participaron, junto con estudiosos, críticos y escritores chilenos, en las conferencias, testimonios y mesas redondas en torno a la obra abierta del autor de *El obscuro pájaro de la noche*.

El escritor portugués José Saramago inauguró el importante coloquio con una conferencia humano-literaria de singularísima trascendencia: José Donoso y el inventario del mundo. «No revelaré aquí ninguna novedad diciendo que los libros de José Donoso son, en el ámbito de las



Tres novelitas burguesas, 1973,
Editorial Seix Barral, España.



Casa de Campo, 1978,
Editorial Seix Barral, España.

circunstancias objetivas y subjetivas de la historia social y política de Chile y de sus clases alta y media en los últimos cuarenta años, una mirada desde dentro. Por eso mismo son una mirada sin complacencia, impiadosa, la mirada de quien sabe, la mirada que en ningún momento se dejará distraer por las seducciones deliquescentes con que se acostumbran adornar todas las decadencias, siempre fácilmente romantizables. Aunque sea tan apasionadamente romántico el temperamento del escritor y quizá el del hombre. Creo que es exacto decir que en José Donoso coexisten, pero para nuestro gozo no pacíficamente, el realismo de una razón que se mueve rectamente en dirección a la fría objetividad y el romanticismo convulsivo de un sentimiento desesperado de la realidad. El resultado vino a ser la obra trascendente y vertiginosa a la que hoy rendimos homenaje».

Cerca de setenta invitados chilenos y extranjeros se reunieron, en octubre del 94, en torno al coloquio *Donoso, 70 años* y en ponencias e intervenciones acerca de la poderosa narrativa del autor nacional. Encuentro que significó, sobre todo, una intensa y extensa («el lugar sin límites») conversación en y desde la literatura. Después de dos décadas de ausencia -como señaló Luisa Ulibarri, organizadora de estas jornadas-, por primera vez en nuestro país se reeditaban aquellas grandes citas del *boom* latinoamericano de fines de los 60 y comienzos de los 70, cuando una visita de Julio Cortázar desató un temporal de literatura.

Presencias, testimonios y fundados decires enriquecieron los diálogos, mesas redondas e intervenciones de académicos y escritores. Incluso el mismo Donoso refutando a sus colegas: «Yo nunca me sentí par-



Donde van a morir los elefantes, 1995,
Editorial Alfaguara.



El mocho, 1997,
Editorial Alfaguara.

te de la generación del 50». O uno de sus tantos lectores: «*Casa de campo* es una gigantesca metáfora, un juego de ficción». Y uno de sus discípulos, salidos de los talleres donosianos, Marco Antonio de la Parra (autor de *El deseo de toda ciudadana*, *La secreta obscenidad de cada día*) no ocultó sus inclinaciones literariamente parricidas: «La primera vez que quise matar a José Donoso fue hace ya más de diez años, cuando me puse a escribir en serio y supe que jamás podría hacerlo como él».

Aunque se habló sin mito y sin gloria de *Coronación* una y otra vez, el escritor Donoso fue como nunca realmente el escritor Donoso. De ahí que tienen toda su validez y plenitud las palabras de una de las participantes en el coloquio *Donoso, 70 años*: «El encuentro internacional de escritores y académicos significó un sueño vertiginoso de experiencia donosiana.

De esas que la vida difícilmente otra vez nos podría regalar», señaló en sus palabras de despedida la organizadora y responsable de ese encuentro, Luisa Ulibarri. Donoso moriría dos años más tarde.

UN AIRE NUEVO

«Somos tantos y tantos los escritores que no creemos gran cosa en la literatura hasta que se nos hace poesía necesaria, conducta», dijo el poeta Gonzalo Rojas el día en que el Premio Nacional de Literatura (1992) distinguió su obra y su vida. Y con justificada razón. Desde sus primeros libros (*La miseria del hombre*, 1948; *Contra la muerte*, 1964) este autor marcó de inmediato un hito de trascendencia en el proceso poético chileno de este siglo. Puso en vigencia y proyección a un poeta que había adquirido un compromiso de vida y de conducta con el oficio intenso de la



Gonzalo Rojas, 1917



Del relámpago, 1981,
Fondo de Cultura Económico, México.

poesía: aire en su invención alucinadora y creadora, pero también en su realidad viva, en el instante terrible de cada cosa.

En la poesía de Gonzalo Rojas se define lo vivencial y lo abismante del hombre, en su quejumbre y en su desollamiento, pero, a su vez, lo lúcido de su escritura y su palabra. Estos versos u oxígeno total bien pueden ser su arte-vida: «Un aire, un aire,/ un aire,/ un aire nuevo:/ no para respirarlo/ sino para vivirlo». A *La miseria del hombre* y *Contra la muerte* deben agregarse, entre varios otros, *Oscuro* (1977), que revela uno de los destinos más luminosos e igualmente necesarios de la actual poesía hispanoamericana; *Transtierro* (1979) en el «comeré tierra de la Tierra estos años, cuánto de viento sucio»; *Del relámpago* (1981), «voy corriendo en el viento de mi niñez en ese Lebu tormentoso, y oigo, tan claro, la palabra

relámpago»; *El alumbrado* (1986); *Materia de testamento* (1988), «al exilio un par de zapatos sucios y un traje baleado».

Una permanente relación cíclica une la obra toda de Gonzalo Rojas, en un desarrollo continuo y en un trasvasijamiento de vasos comunicantes. Y en sus vertientes temáticas o visiones rescatadoras de lo numinoso y lo metafísico, del amor-eros y de lo fuertemente tanático, y todo en su plena y exacta hermosura del «qué se ama cuando se ama». También el resuelto tratamiento quevediano en el desenfado y el humor, o esa terca ironía, con una sátira y su farsa: «juguemos al gran juego de volar en esta silla».

Y no sólo el Premio Nacional para Gonzalo Rojas en 1992. Ese mismo año se le otorga un reconocimiento internacional: Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. El



Jorge Edwards, 1931



El peso de la noche, 1964,
Editorial Zig-Zag.

galardón, auspiciado por el Patrimonio Nacional de España y la Universidad de Salamanca, se otorgaba por primera vez. El fallo destacaba la importancia de la obra de Gonzalo Rojas en la vanguardia latinoamericana, su lenguaje personal y su imaginación llena de vitalidad, «pero con el contrapunto de la preocupación existencial; su amor y su enorme capacidad de transformación del lenguaje cotidiano en poesía».

EL PLACER DE ESCRIBIR

Un autor que por razones de familia, como él mismo confiesa, estaba destinado a cualquier cosa menos a la literatura, termina recibiendo el Premio Nacional en 1994: Jorge Edwards. El más novel de la llamada generación del cincuenta, que ya a los veinte años publicaba su libro primero (*El patio*), unos relatos o cuentos que definen una escritura, un lenguaje y una dignidad

de la palabra. Desde entonces su vocación definitiva ha sido la literatura con una obra novelística de prestigio en el continente.

A sus novelas *El peso de la noche* (1964), *Los convidados de piedra* (1978), *Museo de cera* (1981), *El anfitrión* (1987), entre otras, debe agregarse su notable libro testimonial y memorial (ensayo o real novela, si se quiere) *Persona non grata* (1973): un clásico mayor de la literatura latinoamericana en que memoria, experiencia y testimonio, «bajo la nítida lente de aumento de una escritura vigilante, convierten en arte la restitución de lo vivido». En este caso, la azarosa singladura del autor como representante diplomático del Chile de Allende en la Cuba de Castro.

Hablando de su experiencia personal y de su creación literaria, Edwards revela estas interesantes confesiones: «Yo nací en San-



Miguel Arteché, 1926



Destierros y tinieblas, 1963,
Editorial Zig-Zag.

tiago y he vivido toda mi vida en Santiago. Conozco poco el campo. No tenía, por tanto, la menor posibilidad de seguir la corriente del costumbrismo local. Me sentía ajeno, también, a los madragoristas, creacionistas y vanguardistas de toda clase y era incapaz de seguirlos en sus malabarismos imaginativos y verbales. Un día se me ocurrió narrar escenas que viví o que pude haber vivido, escenas menudas, pero que para mí tenían un significado y un dramatismo peculiares. En ese instante, sentí por primera vez el placer de escribir y vi que el trabajo literario puede ser tan fácil y natural como la respiración. Esto significa un encuentro con mi realidad, es decir con la realidad, siempre subjetiva».

Miguel Arteché, el más actualísimo Premio Nacional de Literatura 1996, recibe el galardón en reconocimiento a una muy vasta e intensa creación poética. Su rigurosa y,

a la vez, luminosa poesía rescata lo más clásico del idioma y lo más vivencial y dramático de la existencia humana. Poesía religiosa y ritual, pero también cotidiana y apocalíptica en su expresión de belleza y realidades contemporáneas. En dos palabras: deslumbramiento y revelación.

De la muy numerosa obra poética de Miguel Arteché debe citarse: *La invitación al olvido* (1947), *Solitario mira hacia la ausencia* (1953), *Otro continente* (1957), *Destierros y tinieblas* (1963), *Noches* (1976), *Fénix de madrugada* (1994). Estas frases-versos manifiestan bien los deberes y sentires del poeta: «Cristo no murió rodeado de sus discípulos (salvo uno), que no movieron un dedo por Él, sino de mujeres que no lo abandonaron, y lo acompañaron en su agonía, y lo vieron por primera vez en su Resurrección, cosa que los hombres solemos olvidar».





Talleres Literarios

UNA BUSQUEDA
DE EXPRESION

A black and white photograph of the entrance to the National Library of Mexico. The entrance is framed by two large, fluted columns. Above the doorway is a pediment containing the text "BIBLIOTECA NACIONAL". The doorway itself is dark, suggesting an interior space. In the foreground, there is a black metal fence with decorative finials. The overall scene is well-lit, with shadows cast on the columns.

BIBLIOTECA NACIONAL

Somos polvo
desde el corazón
de la poesía

Más de 245 postulaciones acogieron la convocatoria al Primer Taller de Poesía que la Fundación Pablo Neruda, en 1988, abría en el país. Circunstancia que viene a dar testimonio de los tantos ánimos poéticos y de las tantas necesidades orientadoras de los nuevos autores. Desde la ciudad de La Serena, por el norte geográfico del país (la tierra elquina de nuestra Mistral), hasta Temuco, por el sur (la Araucanía de nuestro Neruda), los poetas de Chile, jóvenes apasionados y fervorosos, hacían llegar sus proyectos de obras y sus muestras de textos: jóvenes profesionales, estudiantes universitarios, poetas en camino de perfección, jóvenes sin otro oficio que el oficio amado de escribir solamente poesía, desvelados del todo, en «el hoy sé saludar a la belleza» del iluminado Rimbaud. ¡Para formar diez, quince talleres! Chile, no cabe duda, y su siempre fervorosa poesía.

No era frecuente en nuestro medio, en décadas tan vigiladas, que la literatura, mejor dicho, la creación literaria, recibiera estímulos y motivara a tantos, cuando el estímulo significaba aquí amar, respetar, abrir posibilidades creadoras. Y, sobre todo, cuando estas posibilidades están orientadas a los más jóvenes de nuestros jóvenes poetas. La Fundación Neruda daba así vida a un Taller y canalizaba los afanes vocacionales de jóvenes escritores.

Se estaba en presencia de un hecho cultural literariamente nuevo en el maltra-

tado Chile: becar a diez jóvenes poetas para que, durante el trabajo permanente de nueve meses, pudieran concluir una obra poemática: la faena de sus textos en el hacer y rehacer sin prejuicio alguno en el trabajo común, además del diálogo (que tanto se echó de menos en ese tiempo), la crítica y la autocrítica, en el rigor y en el oficio de la palabra. Esa palabra que, según Gabriela Mistral, quema el pasto vivo, sangra al cordero, hace caer al pájaro: «Tengo que desprenderla de mi lengua».

Algo semejante ocurrió en la década de los años setenta, cuando la Pontificia Universidad Católica de Chile creó sus Talleres de Escritores, marcando un hito en la vida literaria chilena. Y, mucho antes, en la década del 50-60, otra universidad -la Universidad de Concepción-, era la primera en convocar a sus memorables Talleres de Escritores: el Taller de los Diez. Y todo, en el desarrollo libre del espíritu.

De esa tradición, acaso ignorada por las generaciones de hoy, siempre tan abierta y libérrima y dialogante, nació el Primer Taller de Poesía de la Fundación Pablo Neruda. De alguna bella y memorable manera, ocupaba ese espacio que la universidad chilena tuvo en otros tiempos vitalizadores. Porque un taller de poesía no es un pequeño claustro donde se juega al adjetivo o al adverbio y al cepillo formalista, sino un lugar que permita a un grupo de poetas, jóvenes creadores, reunirse semanalmente en una suerte de



Junto a Floridor Pérez y Jaime Quezada aparecen Bárbara Délano, Andrés Morales, Favio Salas, Sergio Madrid, Sergio Parra y Carlos Decap

ejercicio implacable con la realidad más ardiente y dolorosa -como enseñó Gonzalo Rojas-, cada cual exigiéndose un trabajo más constructivo.

Escribió un día Neruda: «Hermano, ésta es mi casa, entra en el mundo». Ese entrar en el mundo, es decir, en el Taller, fue para Andrés Morales (*Por insulas extrañas*), Bárbara Délano (*El rumor de la niebla*), Carlos Decap (*Asunto de ojos*),

Sergio Parra (*La manoseada*), Sergio Gómez (*Adiós, Carlos Marx nos vemos en el cielo*) entre otros jovencísimos autores, larvariamente empecinados en entrar a esa casa. Así, en la locura íntima del oficio y la disciplina, bien y maravillosamente se cumplía con aquella advocativa estrofa testamentaria del mismo Neruda: «Dejo mis viejos libros/ a los nuevos poetas de América, a los que un día/ hilarán en el tronco telar ininterrumpido/ las significaciones de mañana».

Diez años antes, por 1978, Enrique Lafourcade lograba aunar voluntades escriturales (Braulio Arenas, Martín Cerda, Miguel Arteche) para crear y dar proyección a un taller literario en la Biblioteca Nacional.

Sin limitaciones de géneros literarios (narrativa, ensayo, poesía) ni de generación participante, el Taller funcionó con respaldo y apoyo oficial del régimen. Semana a semana sesionó durante un año y culminó con una peregrinación al valle de Elqui, encabezada por el Director de la Biblioteca Nacional, escritor Enrique Campos Menéndez. Más que poetas (con excepción del malogrado Armando Rubio, que oró en Montegrande con un «perdóname, Gabriela»), el Taller dejó su semillero de talentos y promisorios narradores: Gonzalo Contreras (*La danza ejecutada*), Carlos Iturra (*Cuentos*), Carlos Franz (*Santiago cero*).

Vale la pena reproducir aquí, y a manera de cabal testimonio de una época, la mirada de una realidad literaria del chileno Juan Villegas-Morales (Universidad de California, Irvine). Dice el ensayista: «una de las consecuencias del pronun-

ciamiento militar del 73 fue el desplazamiento de los grupos de poder culturalmente hegemónicos durante 1970-73, el cual conllevó un desplazamiento de los códigos culturales y estéticos dominantes. Este desplazamiento del poder político y el establecimiento de la censura, dio origen a la intensificación de un sistema de tradición marginal en la poesía chilena: la creación e intensa actividad de los *talleres literarios*. Este fue un fenómeno clave en la activación de la literatura chilena.

«Los talleres literarios se transformaron en los núcleos culturales de los sectores marginados, núcleos en los cuales se conservaban o transmitían los códigos poéticos de la marginalidad y la protesta, o simplemente de los 'altos valores poéticos' de occidente en los momentos en que la prensa hablaba del *apagón cultural*. La existencia de los talleres, sin embargo, tuvo muchos matices. Hubo, por ejemplo, talleres 'oficiales', o, por lo menos, financiados por instituciones oficiales, y en el cual participaban escritores de oposición.

«Las dificultades para publicar y la protesta subterránea en los primeros años dieron origen a recitales públicos, especialmente entre 1978 y 1983, algunos de los cuales pasaron a ser verdaderas concentraciones de oposición. Estos recitales estaban muchas veces asociados con el *lanzamiento* público de libros. En el año 81, por ejemplo, en los meses de julio y agosto se llevaron a cabo varios homenajes a poetas que, de alguna manera, representaban la oposición. En estos recitales en la Sociedad de Escritores hubo homenajes -entre otros- a Gonzalo Rojas (que llegaba al país tras

varios años de exilio con *L*) y a Miguel Arteche, asociado con la Vicaría de la Solidaridad y representativo de la oposición al gobierno militar del momento. La poesía apocalíptica de Arteche, por ejemplo, escrita muchos años antes, en el contexto chileno de 1980 adquirió connotaciones conmovedoras.

«Otro recital en esta misma dirección fue el de la llamada *Generación Diezmada* formada por varios poetas del exilio interior (Floridor Pérez, Jaime Quezada, Enrique Valdés, Manuel Silva) y del exilio exterior (Omar Lara, Waldo Rojas, Hernán Miranda, Gonzalo Millán, Hernán Lavín Cerda). Desde el punto de vista de los textos en sí, varios nuevos poetas llegaron a ser conocidos antes de publicar libros. En algunos, se dio una tendencia a la poesía oral, en la que los efectos auditivos adquirieron predominio por sobre los visuales.

«Los maestros de los Talleres impusieron a la vez ciertas líneas de códigos poéticos. Es posible advertir la presencia del director en una serie de escritores. Tal es el caso del Taller Nueve, dirigido por Miguel Arteche, o los poetas jóvenes que se reunían en la Sociedad de Escritores bajo la dirección de Jaime Quezada. Varios poetas, debido a las condiciones económicas en que se encontraban, crearon sus propios talleres, en los cuales había que pagar para participar. Entre las poetas, en los últimos años, los talleres de Alejandra Basualto y Teresa Calderón han sido muy exitosos.

«La política económica del gobierno originó consecuencias importantes para la

creación de productos culturales. Tendieron a desaparecer las subvenciones estatales, y con ellas disminuyeron o desaparecieron las ediciones de las universidades u otras instituciones fundadas económicamente en el poder político. De este modo, un buen grupo de poetas se encontró en una doble marginalidad: política y económica. Marginalidad que condujo a una intensificación de los gestos de atención -los lanzamientos, por ejemplo-, y fomentó las autoediciones y las publicaciones de bajo costo. Se habló entonces de la *generación mimeógrafo* por el número de libros de poemas en hojas sueltas o corcheteadas. Esta edición tuvo su origen en los factores políticos mencionados, en la censura, y también en factores económicos».

También, y en un contexto de reconstruir la memoria -memoria viva, más viva que nunca- en relación con los Talleres Literarios, importa transcribir el válido y nostálgico texto del escritor Hernán Lavín Cerda: «A comienzos de 1970, la Universidad Católica de Chile abrió la convocatoria para optar, como becario, al *Taller de Escritores* dirigido por Enrique Lihn, y con la asesoría de Alfonso Calderón. Entonces me presenté con una copia de mis trabajos literarios y tuve la suerte de ser uno de los elegidos para trabajar durante el año en aquel Taller que, al evocarlo, provoca en mí una nostalgia de juventud.

«Vuelve la expectación, el desasosiego y la alegría, como cuando entrábamos a las sesiones de trabajo, una vez por semana, en aquella Casa Central de la



Floridor Pérez



Alfonso Calderón

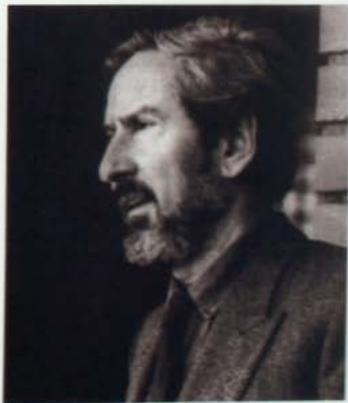
Católica. En octubre de 1991, luego de veinte años de ausencia, volví a ese lugar y pude ver que algo estaba vivo, aunque otros lo vivían por mí. No pude, sin embargo, tocar el hombro de la sombra fantasmal de Enrique Lihn, a pesar de que su soplo todavía existe.

«Quise subir al altillo, junto al patio central, con la intención de oír nuevamente las voces de otros fantasmas, pero aquel altillo no es más que una nube de polvo. Hay algo de humildad en el corazón de esta nube silenciosa, me dije, y casi de inmediato recordé aquella línea del poeta Eliseo Diego, el maestro inolvidable: 'No está nunca de más un poco de humildad'. Me pareció distinguir, entre la penumbra, el perfil de algunas sombras: Jaime Quezada, Waldo Rojas, Hernán Miranda, Manuel Silva, Gonzalo Millán, Hernán Lavín Cerda. ¿Qué sucede? Ellos parecen estar bien, me digo, pero tengo la impresión de que si me acerco y los abrazo, también se convertirán en la nube de polvo.

«Somos polvo desde el corazón de la poesía, digo pensando en Lihn y en todos, y a la velocidad del suspiro, de la respiración o del relámpago, habremos de volver con humildad, algún día, de noche o de día, al polvo de origen. Estuve a punto de derramar una lágrima, esa mañana de octubre de 1991, pero me contuve y, tal vez, por un exceso de pudor, convertí aquella lágrima en una sonrisa infantil, di la media vuelta, observé la nube de polvo por última vez, y abandoné aquel lugar, paso a paso, con lentitud, abandonándome a mí mismo».



Hernán Miranda



Manuel Silva





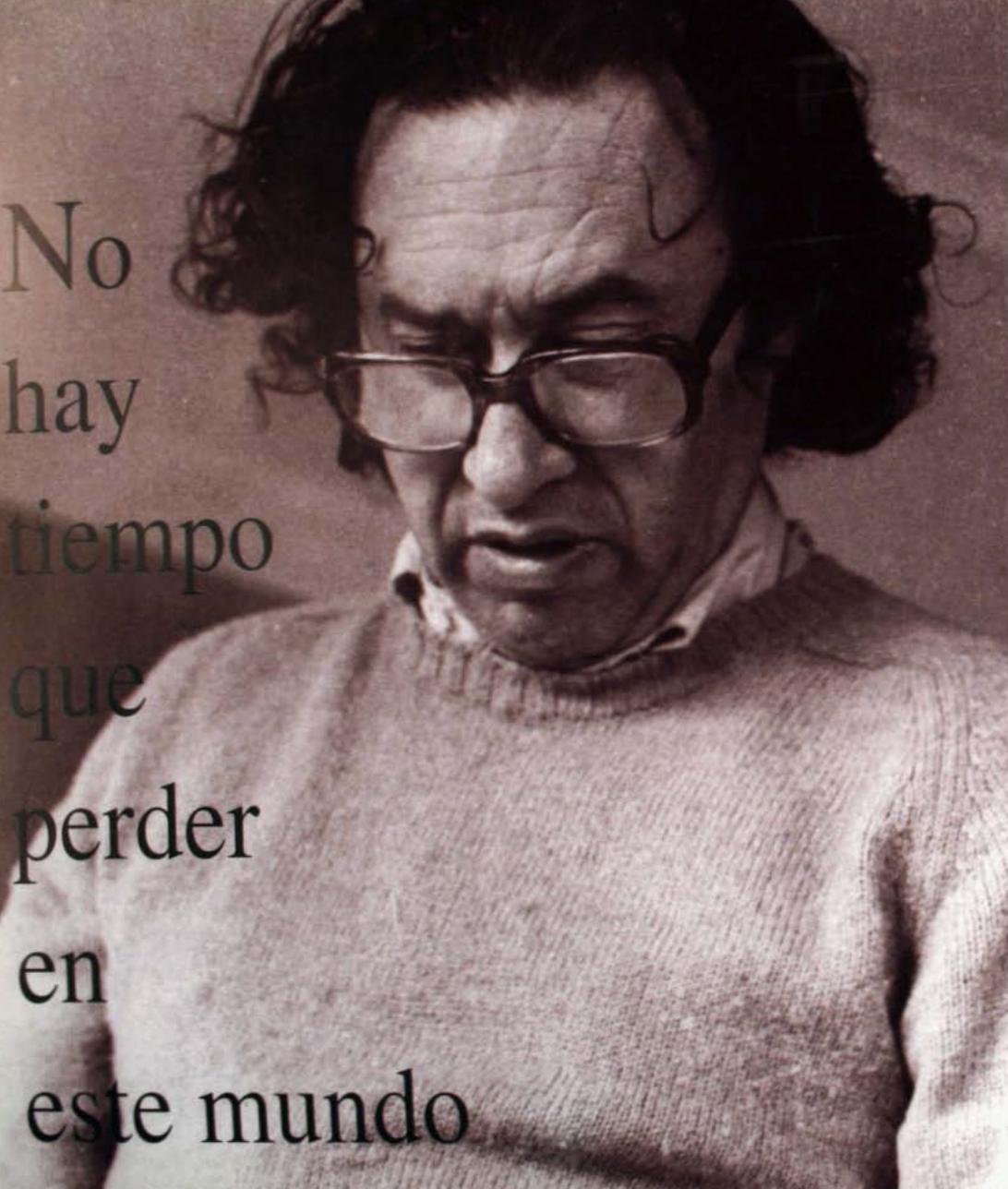
ENRIQUE LIHN

Entre el

Paseo Ahumada

y el

Chile irregular



No
hay
tiempo
que
perder
en
este mundo

El año de la mutualidad del yo fue el santo y seña con que Enrique Lihn (1929), poeta, narrador, ensayista, crítico y profesor de Literatura, convocó, proclamó y celebró la fecha del cincuentenario de su nacimiento, y también los treinta años cabales de su primera obra impresa (*Nada se escurre*, 1949). El lema onomástico trascendió los niveles netamente poéticos para transformarse en una serie de actos públicos y sucesivos homenajes (o autohomenajes) en torno a la obra de un escritor que, la más de las veces, prefiere «lo distante y equívoco de lo obvio y fácil».

La fecha: diciembre de 1979. El escenario para tales festejos (Instituto Goethe) bien pronto fue un cenáculo, un oratorio, una mezquita, un salón azul, una casa de remate, un patio de casa de Conchalí, una sala de conferencias, todo para una ceremonia, acontecimiento, *happening* o espectáculo. *Show* y su rito para homenajear a un Enrique Lihn que hace de *El arte de la palabra* una novela, y de un desdoblamiento de nombre, un personaje llamado Pompier. Saludos de viva voz y testimonios orales, presentes

y ausentes. «Nuestros mejores amigos desmultiplicados» hicieron llegar sus emotivos y nostálgicos, serios y hasta cuestionadores mensajes en video casetes, diapositivas, grabaciones y material filmico.

Años atrás -*La musiquilla de las pobres esferas*, 1969- Lihn se lamentaba en unas frases: «Jamás una comunicación, nunca un saludo de cumpleaños, ni la menor señal de vida en común, ni un escupitajo en mi escudilla». Ahora desde improvisados saludos, pero saludos, escritos a doble hoja de libreta de apuntes (Cristián Huneus) a teóricas, penetrantes y lúcidas referencias ensayísticas (Jorge Guzmán, Roberto Hozven), pasando por el vivo, no eufemístico y necesario diálogo generacional (Nicanor Parra: «mi pequeño homenaje al cincuentenario de Lihn»). Relevantes fueron los mensajes recibidos de otras latitudes: Waldo Rojas (París), Pedro Lastra (Long Island), Jaime Giordano (Nueva York).

Hernán Castellano saca aplausos con su cuestionador y crítico saludo desde una aldea italiana, y Federico Schopf (U. de



La musiquilla de las pobres esferas, 1969, Editorial Universitaria.



A partir de Manhattan, 1979, Ediciones Ganymedes.



Diario de muerte, 1989, Editorial Universitaria.







Paseo Ahumada

Frankfurt) se atreve a sugerirle al poeta: 1) no convertirse en el poeta oficial ni del oficialismo ni de la disidencia. 2) no publicar nada nuevo que no sea superior a la obra anterior.

Los saludos resultaron así un acercamiento en tareas y oficios comunes: poetas chilenos de Chile y poetas de Chile en el mundo. Y no sólo parabienes bastaron a Lihn-Pompier. También condecoraciones, títulos y emblemas (a la que tan aficionados son tantos mortales). A los reconocimientos literarios se agregan la farsa y la parodia, todo tan ajeno al rigor de análisis de un Cedomil Goic (U. de Michigan) en la pantalla de la televisión a color.

Y el mismo Lihn se homenajeó también con la publicación de su noveno libro de poemas: *A partir de Manhattan*, poesía instantánea, si se quiere, como una imagen fotográfica que queda en la retina o que ha estado mucho antes en el recuerdo y la memoria. Lihn, diestro en atribuciones, citas y coartadas, rinde tributo a un Eliot o a un Edgar Allan Poe

y se identifica con cinco siglos de pintura en museos neoyorquinos o europeos. Así se esté también al borde de la sordidez e irreverencia en medio de un paisaje-ambiente poblado de vómitos y detritus.

Enrique Lihn no es, sin embargo, el poeta viajero fulminado por la nostalgia o por la vocacional errancia («Mis viajes que no son imaginarios, tardíos sí, momentos de un momento, no me desarraigaron del eriazó»). Más bien racional en una escritura poética que tiene el alcance de un discurso lírico, dialéctico y, a veces, teorizante. Lenguaje generalmente sobreexcitado o hiperlenguaje. *A partir de Manhattan* es, por sobre todo, un punto de partida, en una época de tantos barbarismos rabiosos, para valorar y revalorar la obra de un poeta que no en vano celebra sus cincuenta años en una mutual, al fin de cuentas, no del yo, sino del todos: un hito en la poesía chilena de este medio siglo.

Enrique Lihn ha conseguido, durante el interminable día de hoy, saltarse el apa-

gón y escribir para sí mismo, para los y sobre los demás, sin enredarse en las miserias del periodo. El escritor siempre polémico, admirado y respetado, también, por su intransigencia en la defensa de la libertad: la suya, la del escritor, la del intelectual. Desde los años 70, con su propuesta de cultura en la vía chilena al socialismo («sugerencias acerca de la política cultural, que un grupo, ahora desmembrado, de escritores, quiso hacer llegar a los oídos del nuevo gobierno»), a los años muchos de un «imperativo censorio», Lihn ha estado siempre más allá o más acá del arte de la palabra. La ensayista Soledad Bianchi revela (enero de 1988) este retrato cultural del poeta: «Su mordacidad, sus opiniones punzantes, sus comentarios sarcásticos, su escepticismo, la constante relativización de sus juicios que no significa vacilación, muestran tanto la seguridad del conocedor de un medio donde él es importante figura, como una modestia, no siempre fácil de encontrar».

Con motivo de la presentación de *El diario brujo* (libro de Sergio Marras),



Comics inconcluso
Roma, La Loba, 1991,
Pablo Brodsky editor.

en julio de 1981, Enríque Lihn señaló: «El llamado Pronunciamiento Militar en Chile se expresa, en el plano de las comunicaciones, como la censura más rígida que se haya manifestado por tanto tiempo en Chile: restricción de los códigos y subcódigos de la comunicación; hegemonía de una ideología «monolítica» (los mismos términos se empleaban en Cuba), ante la cual los mensajes deben uniformar su sentido y restringir sus desplazamientos. De esta represión comunicativa provienen las infracciones a la Palabra Establecida, los síntomas o el reverso de los signos, que dan cuenta de una neurosis colectiva.

«Independientemente de lo que hay de fatal en esta circunstancia, ella incide sobre el empobrecimiento general de las comunicaciones. Los agentes dominadores y dominados de la censura son seres lingüísticos apocópticos. Propician e instauran la escritura de la docilidad, una poesía espuria, dedicada a hacer labores de punto con los inofensivos valores eternos del espíritu: *desinteresadas* efusiones sentimentales que flotan a favor de la corriente, con su baba».

El paseo Ahumada: la ya

tradicional arteria capitalina, cada vez más alborotada de público y ambulatorios comerciantes, motiva ahora poéticamente a Enrique Lihn a dejar testimonio también del paseo peatonal: «Se trataba de cultivar un oasis en medio de una ciudad tan próspera como vigilada. La vigilancia es lo único que recuerda el proyecto, se la mantiene con armas y perros policiales. En todo lo demás ocurrió lo que tenía que ocurrir. *El Paseo Ahumada*, de 1983,

con la lucidez, el cuestionamiento y la ironía que definen singularmente su poesía.

El mismo -«habitué desde el día de su fundación»- leyó su poemario a viva voz un mediodía de diciembre, arriba de un banco de madera del paseo, vendiendo su imagen y semejanza como otros tantos glorificadores de Jehová. Lectura oral que forma parte de la idiosincrasia en el

Primer movimiento

El Diariobrujo

LOS DADOS SE TIRAN DIARIAMENTE, PERO SOLO UNA VEZ CHOCAN CON LA EUFORIA:
CUANDO SE CONCILIA LA CABEZA PROPIA CON LAS ETERNAS VIBRACIONES DE LA PAZ

Denuncia en retén de Aconcagua:

**INDIVIDUO NO IDENTIFICADO ASEGURA
HABER VISTO MUJER ILUMINADA DE COSTADO**

El Diariobrujo, 1981, Ediciones del Ornitorrinco.

tiene una treintena de textos que con fotografías y dibujos se publican en un cuadernillo a manera de una revista o periódico: apto para el lector peripatético que entra o sale de las tiendas, de los cafés, los restaurantes o las estaciones del Metro. Para Lihn, todos somos sus coautores, sus actores y sus espectadores de un paseo que da origen a estos poemas escritos con smog pero, además,

contenido y sentido de la obra. La reacción de la autoridad no se hizo esperar y el poeta terminaría la tarde en un cuarto policial.

Enrique Lihn, que por esa última década había publicado otros libros con títulos cosmopolitas (*Pais, situación irregular*, 1977; *A partir de Manhattan*, 1979), se reencontraba ahora no sólo con la reali-

EL PASEO AHUMADA

POEMA DE ENRIQUE LIHN

EDICIONES MINGA

1983

dad actual y urbana de un Santiago, sino con un Chile todo sin mito en su realidad. Textos críticos e irreverentes que van del verso a la prosa en un continuo trasvasijamiento, y en la siempre personal escritura de casi humor negro de su autor. Entre la vida y el paro cardíaco, entre la letra y el borrón, entre el hambre y el plato de tallarines, Lihn se pasea por este paseo Ahumada como en los momentos mejores de la poesía chilena.

-Dime Pingüino

*aun si el Más y el Menos se igualaran
y tu limosna fuera mi sueldo ¿no serías tú como mucho?
De bufón de los mendicantes te tildo a ti que igualas
el Menos y el Más*

*Dime si éste es un reino y por dónde se va a él
y quién estaría detrás de ti, porque tú eres su reverso
A los pies de quién -a clase de pies- conduce el Paseo
Ahumada esta carretera real
menesterosamente parecida al Gran Teatro del Mundo.*

«Dicho lo cual el autor de estas páginas escritas con smog, agradece al Decenio la oportunidad que le ha dado de escribir con las manos amarradas; proeza que quiere agregar a las que realizan, día a día, los subempleados y mendigos del Paseo, sus semejantes, sus hermanos».

Enrique Lihn, un individuo pletórico que se instaló en el uso de la palabra y dejó pasmados a sus oyentes, que dio plenitud libertaria a su vocación de poeta, hasta que un día -julio de 1988- ya no puedes luchar a muerte con la muerte y te entregas a ella, a un sueño sin salida, más blanco cada vez, sonriendo, sollozando como un niño. Enrique Lihn, que no se lavó ni se ensució las manos, dejó una obra y una vida donde las palabras restituyeron el poder a los hechos: «No hay tiempo que perder en este mundo/ embellecido por su fin tan próximo./ Eres el último de tu generación en apagar el sol/ y convertirte en polvo».





IX

GENERO FEMENINO

O

PALABRA DE MUJER



Se
nos da
gloria
sin
dignidad

El pasado y el presente de la mujer, revalorando su participación en la sociedad y procurando establecer una base cultural-política-ideológica que promueva la verdadera igualdad en todos los ámbitos, constituyeron objetivos fundamentales en variadas manifestaciones literarias realizadas por la mujer chilena durante el período. Recitales, diálogos y encuentros proclamaron que «sólo de la labor actual depende el futuro de la mujer latinoamericana, cuando no olvidada, marginada».

Un papel relevante en estas materias le correspondió a La Casa de la Mujer *La Morada*, una organización no gubernamental creada por feministas para desarrollar programas de acción y formación con personas de sectores medios y populares. Se inició en 1983, y entre sus propósitos fundamentales estaba el de «constituirse en un espacio abierto a las mujeres, donde poder reflexionar, debatir y analizar la situación de opresión y explotación de la mujer».

Desde esa fecha ha implementado espacios de reflexión en torno a las producciones culturales de las mujeres desde una perspectiva feminista. En este espacio se gestó el taller de crítica literaria *Lectura para mujeres*, que en 1988 llamó a releer la obra de Gabriela Mistral en sus aspectos más censurados por la crítica hegemónica. *Una palabra cómplice* se llamó ese valorable y activísimo encuentro con ponencias audaces, modernas y desmitificaciones: Soledad Fariña, Raquel Olea, Elvira Hernández, Soledad Bianchi, Adriana Valdés, Cecilia Vicuña, y otras autoras, colaboraron, con sus

transgresores discursos y reflexivos temas sobre la palabra y escritos de las mujeres.

En agosto del año anterior -1987-, se había celebrado en Santiago el Congreso de Literatura Femenina Latinoamericana, que reunió escritoras chilenas y del continente en jornadas que plantearon interrogantes en torno a la escritura de mujeres y su particularidad en Latinoamérica. Soledad Fariña se preguntaba entonces «¿Existía un espacio crítico renovador que pudiera hacerse cargo de nuevas propuestas? ¿Conocíamos realmente a nuestras predecesoras? ¿Cómo habían sido leídos sus textos? ¿Qué relación tenían nuestras obras con las suyas? Pronto nos dimos cuenta que la crítica había echado un vuelo sobre el trabajo literario de las mujeres, quedando en la memoria sólo algunos nombres».

Para la chilena Lucía Guerra (novelista y estudiosa de la obra de María Luisa Bombal), preocupada de la mujer contemporánea en sus roles y arquetipos sociales, económicos, sexuales y culturales, afirma en su libro *Mujer y sociedad en América Latina* (Editorial del Pacífico, Santiago, 1980) que «el sector femenino latinoamericano se encuentra aún en los comienzos de un lento proceso, fenómeno que se hace evidente en las revistas para mujeres que todavía se limitan a presentar modas, recetas y melodramas». Considera, además, que la mujer, por su condición de tal, siempre ha estado muy marginada, «sin que la crítica en el terreno literario (crítica que corresponde a una tradición dominada por valores masculinos), por ejemplo, la tome en cuenta.



Congreso de Literatura Femenina, 1987

Por eso a mí me interesa la llamada teoría crítica de la creación femenina».

LA NOVELISTA INIGUALABLE

Semejante a los personajes femeninos de sus propias novelas y relatos, María Luisa Bombal (1910-1980) parecía estar siempre más cerca de la leyenda y del mito que de realidades inmediatas y ciertas. Traducida a varios idiomas y prestigiada en el extranjero, muere en una sala de hospital a los setenta años. «Se nos da gloria sin dignidad», decía. Dos breves obras: *La última niebla* (1935) y *La amortajada* (1938) bastaron para destacarla entre lo mejor de la narrativa chilena del siglo XX.

La obra de María Luisa Bombal no tiene antecedentes en la literatura nacional, literatura tan apegada al naturalismo y al criollismo en aquellos años de su escritura novelística. Esa escritura que tiene dimensiones contemporáneas con un eterno femenino intuitivo, poético y reivindicador. Y siempre en un ambiente de sueños y realidades en medio de una naturaleza miste-

riosa y evocadora. La muerte, el misterio, las sombras, las cosas irreales, la bruma, la noche, constituyen los materiales que dan contenido a sus obras. Novelas incluso rituales por ese íntimo pensamiento de la mujer protagonista, sedienta de amor: «Mi único anhelo es estar sola para poder soñar, soñar a mis anchas».

Sus novelas, perfectas por su estilo y su arte de narrar, llegaron a decir a Hernán Díaz Arrieta -Alone-, el crítico de los críticos chilenos: «¿Dónde aprendió esta joven de sociedad, en qué escuela, con cuál maestro su arte inmemorial y leve, esa lengua que lo dice todo y no se siente, qué ver, oír, saber de una manera como milagrosa, entre angélica y diabólica?»

Con la muerte de María Luisa Bombal, en el otoño chileno de 1980, se cierra un caso único e inigualable en la novelística chilena de este tiempo. Y aunque ella reconocía que «en nuestros países el escribir se convierte en heroísmo, en una santidad sin altares», sus obras están destinadas, sin duda, a la sobrevivencia y la perdurabili-



Agata Gligo

dad: «Todavía me emociono cuando alguien me cuenta que leyó mis libros y que le gustaron». Acaso esa emoción es, por ahora y por siempre, su santidad y su heroísmo.

El espíritu y la obra de María Luisa será revisitado en estas décadas por la escritora Agata Gligo, quien, en la excelente biografía novelada «María Luisa», deja quizá el mejor testimonio del encuentro de dos palabras de mujer.

Dicha vivencial obra (Editorial Andrés Bello, 1984) permite seguir las distintas fases de la vida de la gran novelista chilena, desde su infancia en Viña del Mar, pasando por sus largos años de residencia en Francia, Argentina y Estados Unidos, hasta su definitivo retorno a Chile y su muerte. Agata Gligo, para llegar a escribir su notable biografía (que bien puede leerse buenamente como una novela) investigó y se documentó en todas las fuentes posibles a su alcance: libros, publicaciones, entrevistas, correspondencia, hasta ver en los sueños mismos de la *amortajada* y más allá

de la *última niebla*. Agata Gligo, como lo señala el ensayista Martín Cerda, más que pretender explicar una biografía, narra una vida dentro de la vida misma de la Bombal.

Por los años que muere María Luisa Bombal, y por ese inefable trasvasijamiento de las literaturas, aparece Diamela Eltit (1948), una de las escritoras más notables surgidas en la década de los ochenta. Una obra *-Lumpérica-* y un sello editorial son reveladores en 1983: «Con la publicación de esta novela las Ediciones del Ornitorrinco comienza su colección Nueva Narrativa y cumple, a nuestro juicio brillantemente, con su premisa de dar a conocer los jóvenes valores de nuestra literatura que se han desarrollado dentro de los diez últimos años».

Usando múltiples recursos lingüísticos y narrativos, Diamela Eltit da cuenta de un mundo obturado, marginal y brillante, en cuya trama se juega la sobrevivencia de una conciencia lúcida y trágica hasta el fin. Intensamente ruptural con respecto a la narrativa tradicional, el hecho que haya sido escrita por una mujer implica, de una u otra forma, la irrupción de un nuevo sujeto, de una mirada tan única como representativa y en la cual el cliché de «lo femenino» se desplaza abruptamente hacia las zonas más clausuradas, inquietantes y reveladoras de la condición humana.

Como saña el lumperío se manifiesta. No hay simplezas en las que pueda guarecerse. Ya se ha agarrotado de tanto manoseo su labio gime & retorcido acopla. Vaciada entera reconviene de tanta sordidez que de la piel plugiente emana/ se hurga y llega pero, sin embargo, las luces fueron de una fragilidad sospechosa.

TODOS DE LA MISMA TRIBU

Isabel Allende salió un día de Chile (1973), como periodista, y en menos de una década daba un golpe a la cátedra como la escritora del mayor éxito literario-editorial en el continente. Su novela *La casa de los espíritus* (1982) se tradució a una veintena de lenguas y encabezaba la lista de los *best-sellers* en varios países de América y de Europa: en su libro cuenta la tragedia de un torturado continente y la esperanza de hombres y mujeres que luchan por un mundo mejor.

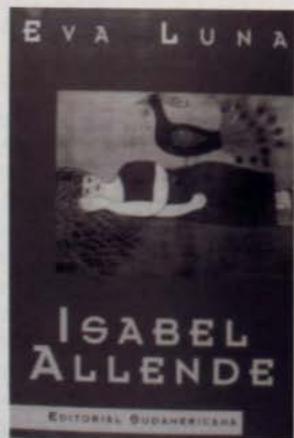
De sus esporádicas visitas literarias al país natal, la escritora ha dicho: «Cada vez que vuelvo a Chile siento una mezcla de alegría y ansiedad, como si fuera a reunirme con un amante secreto. La primera vez, en 1988, la emoción fue tan

grande que me enfermé. Salí después del golpe militar, en invierno, sola y con mucha tristeza. Regresé en un radiante día de verano, acompañada de mi adorable marido gringo, y encontré una multitud dándome una calurosa bienvenida en el aeropuerto. Fue como una irónica metáfora de mi vida. Ando por las calles chilenas con la sensación de que por fin estoy en mi casa, saludo a los paseantes a diestra y siniestra, porque somos todos de la misma tribu».

Isabel Allende tuvo su reencuentro con los chilenos en una de las jornadas de la Feria Internacional del Libro, en noviembre de 1991, en la Estación Mapocho. Años antes, en pleno agosto de 1983, el escritor Antonio Montero le escribía una carta abierta en las páginas de la revista *Análisis*: «Todo lo que nosotros, los narradores criollos, hubiésemos querido



Casa de los espíritus, (1987),
31ª edición, 1997, Editorial Sudamericana



Eva Luna, (1985), 46a edición, 1997,
Editorial Sudamericana.

alguna vez llegar a concebir y desarrollar, lo has logrado tú, Isabel Allende, con *La casa de los espíritus*. ¿Qué dirán de ti los críticos de Santiago, qué es Chile? ¿Se atreverán, entenderán el mensaje redentor? Tu libro detenido con seguridad en las fronteras será su salvación».

Una de las escritoras más representativas de la generación del 50, Mercedes Valdivieso, reaparece en las letras chilenas con una novela también de mujeres (*Maldita yo entre las mujeres*, 1991), esta vez «estigmatizadas por la maldición de su indomable índole», en el decir de sus editores (Planeta). Desde *La brecha* (1961), tres décadas habían dado a esta autora una merecida notoriedad en la literatura chilena y que se mantiene en las páginas novelísticas de su libro último. *La Maldita yo entre las mujeres* es nada menos que Doña Catalina de los Ríos y

Lisperguer en todo su mito e historia de épocas y siglos de Quintralas.

Nosotras que nos queremos tanto, la primera novela de Marcela Serrano, dio nombre a una escritora que irrumpe en la literatura desde y en la mujer misma: «Mientras estoy corrigiendo, pasado ya el periodo de crear, siento que me invade determinada obsesión. Y esa obsesión se encarna finalmente en mujeres. Mujeres que me habitan, literalmente». Frases que encarnan las fidelidades temáticas y protagonísticas en *Para que no me olvides* y *Antigua vida mía*, las novelas más recientes de esta autora.

La mujer escritora en la literatura chilena asume roles protagónicos y de admirativa vanguardia en sus lenguajes y temas. Autoras como Marta Blanco (*Todo es mentira*, 1974; *Para la mano izquierda*, 1995);



Isabel Allende



Marcela Serrano

Pía Barros (*El tono menor del deseo*, 1991); Ana María del Río (de sus cuentos *Entreparéntesis*, 1985, a sus novelas *Oxido de Carmen*, 1986; *Tiempo que ladra*, 1991); Sonia González (*Matar al marido es la consigna*, 1995); Carolina Rivas (*Para amarte mejor*, 1990); Andrea Maturana (*Des-Encuentros Des-Esperados*), logran una reconocida presencia en la literatura más actual en el país.

Marta Blanco, Ana María del Río y Pía Barros configuran una prosa sólida -en la mejor tradición de la narrativa chilena-, y en la que género y escritura dan cuenta, con intimismo, de ciertos acontecimientos y periodos decisivos de nuestra realidad. Además, los talleres literarios de Pía Barros se constituyen en un vital aporte a la narrativa.



Diamela Eltit

DISCURSO POETICO FEMENINO

Mención aparte merece el trabajo poético de la mujer dentro del periodo. Las mujeres que han escrito y escriben poesía en Chile se han encontrado con un mundo cerrado, desde lo ideológico a lo literario. Según el ensayista Juan Villegas-Morales (*El discurso lírico de la mujer en Chile: 1975-1990*) la mayor parte del discurso poético femenino surgido después del 80 tiende a ser subversivo, por ser la emergencia uno de los aspectos más evidentes de una lectura general de esta poesía, y la configuración de la conciencia del que-hacer poético de la mujer, como participante activa de la historia.

Así, el surgimiento de una poesía escrita por mujeres -no la llamemos femenina ni



Verónica Zondek

feminista- enriquece, sin disimulo alguno, poderosamente esta década. Voces originales, provocativas y sin retórica alguna que marcan hitos referenciales en la vida familiar, cultural y nacional de lo chileno. En este *mujerío* (palabra tan certera y tan reivindicadoramente acuñada por Gabriela Mistral) destaca el trabajo de una obra seria, de validez poética, renovadora y llamativa.

Las melancólicas y sentimentales musas de otro tiempo, han quedado relegadas a un pasado florispondioso o de poesía rosa (excepciones notables de una Delia Domínguez, de una Stella Díaz Varín, de una Eliana Navarro, de una Rosa Cruchaga, de una Cecilia Casanova). Se da paso ahora a un tratamiento poético vitalizador, incisivo, malicioso incluso, directo y desenfadado en el decir («Cuídate de mí, maldito, porque te amo»).



Soledad Fariña

El texto poético como experiencia de vida y como experiencia de lenguaje. Así en obras como *Causas perdidas*, *Género femenino* (de Teresa Calderón), *Palabra de mujer* (Heddy Navarro), *La noche valleja* (de Paz Molina), *Albricia* (de Soledad Fariña), *La bandera de Chile* (de Elvira Hernández), *El hueso de la memoria* (de Verónica Zondek) *Las malamadas* (de Alejandra Basualto), *La mujer deshabitada* (de Carmen Gloria Berrios) recogen en su escritura, y en ellas las voces de otras muchas, lo bellamente erótico, lo dolorosamente social, lo dramáticamente realista, en fin, lo familiar, lo doméstico, lo sexual, lo cotidiano, la patria desmitificada y la vida sencilla y diaria en su trascendencia y su exigencia.

La poesía chilena de estos últimos años



Carmen Berenger



Eugenia Brito, *Vía pública*, 1984,
Editorial Universitaria.



Elvira Hernández, *Arre Halley Arre*, 1986,
Editorial Ergo Sum

abre nuevas proyecciones y crea esperanzadas expectativas. Poesía impulsada por una intensa necesidad de plasmar su propia identidad, de fundar sus propios modelos de escritura.

Dice Teresa Calderón en su texto *Las poetas de post-golpe*: «Las mujeres ya habían adquirido una función relevante en el contexto social y político anterior a los años 70. Ellas entendieron que ya había llegado la hora y, como en una carrera de posta, tomaron la banderilla y salieron corriendo. Era necesario allanarles el camino a las hijas que tendrían que venir más adelante. Y se pusieron a trabajar en esta tarea con toda la fuerza y la intensidad del género, y actuaron con la sincronía del equipo durante años su ingreso a la cancha de la primera división.

«Entonces, dispuestas a cobrar cuentas atrasadas, pusieron pliegos de peticiones sobre la mesa y le dieron curso a todas esas aspiraciones de igualdad, de hecho y de derecho acumuladas por décadas; exigieron el respeto a la diferencia y proclamaron la necesidad de compartir los espacios de participación. Las madres y las abuelas, desde sus casas o desde sus tumbas, aplaudieron a estas hijas bravas que habían entendido, por fin, el mensaje medio camuflado que les habían inscrito a fuego en los genes para que una generación o la otra lo descifrarán».

*Arriba mujeres del mundo
arriba todas las que tengan
vela en este entierro
la que pasa lista
y la que se pasa de lista
la aparecida y la desaparecida.*

A otros nombres importantes de mujeres que asumen un rol literario creativo y crítico corresponden Carmen Berenguer (*A media asta*, 1987) y Eugenia Brito (*Vía pública*, 1984). Esta última ha dado también al ensayo un interesante libro (*Campos minados*, 1990) sobre la literatura post-golpe en Chile y que viene a completar el valioso y documentado trabajo ensayístico de Soledad Bianchi en relación con la poesía chilena en sus más diversos temas, libros y autores (*La memoria: modelo para armar*, 1990, o grupos literarios de la década del sesenta en Chile).

Una de las voces más auténticas y renovadoras de la cultura chilena ha sido, sin duda, Violeta Parra (1917-1967), que entra de lleno en nuestra literatura con

sus *Cantos folklóricos* (Editorial Nascimento, Santiago, 1979). Versos a lo humano y a lo divino que enriquecen testimonialmente el patrimonio literario-musical-folclórico del país.

En sus *Décimas* (1970), autobiografía en versos chilenos, y en *21 son los dolores* (Aconcagua, 1976), su antología de canciones y poemas amorosos, la autora dejaba todo un sorprendente oficio de recopiladora, investigadora y creadora de lo auténtico y lo nacional: cuartetas, décimas, *cogollos*, parabienes, versos por engaño o padecimiento, tonadas y villancicos. Toda una oralidad y sabiduría de un pueblo, en su autenticidad y relación humana de significaciones socio-históricas más allá de sus valorizaciones folclóricas.



Violeta Parra, *Décimas*, (1970), 1ª edición 1988, Editorial Sudamericana.



Violeta Parra, *Volver a los 17*, 1996, Editorial Los Andes.





Jorge Teillier

HABITANTE

DE LA

MEMORIA

Estamos con Pablo Miranda en
San Pascual 413, Las Condes.

La jeta "Percha" lo quiere a él
más que a mí y se ovilla en sus
rodillas.

Todos son abustriados ¿no es cierto?"

Yo me he abustriado de mirarme en los
espejos, de hacer tantas cosas.

Les recomiendo leer a "Oblonov" de

6 o 7 charcos, un texto del siglo

pasado. Oblonov publicó el día en la

caja y de la caja pasó a un

diablo. Si, estar abustriado es un

objeto de lujo. Yo mismo me abustro

escribiendo estas líneas. Pero soy

folle con mis sueños, mis amigos, los

libros de Historia Asiática.

Jorge Teitelbo

El niño que hay en mí

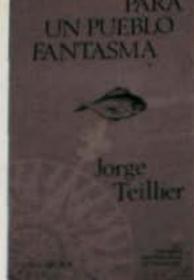


renace en mi sueño

Autor de una continua y siempre reveladora obra poética, Jorge Teillier (1935) representa, sin duda, un hito personalísimo y trascendente en el valioso espacio de la poesía chilena del siglo veinte y, de manera muy particular, en dos décadas últimas de este tiempo: desde *Muertes y maravillas* (1971) a *El molino y la higuera* (1993), pasando por su mítico *Para un pueblo fantasma* (1978). Incorpora, además, a este desarrollo y proceso inalterable de nuestra poesía, en sus variadas tendencias y corrientes, la temática definitivamente acuñada como *lárica*.

Larismo que tuvo en este autor a su propio protagonista en el dar materia y fundamento vocacional, estético y poético a tan rilkeana vertiente en la poesía del país. Esto es, un habitar míticamente los lugares natales, una vuelta a la tierra como nutrimento de lo creado, un recuperar el paraíso perdido en la infancia, un ir hacia los antepasados en una siempre cíclica necesidad de tiempo y de nostalgia. Y, en fin, una poesía que se afirma en un mundo del orden inmemorial de la casa y la aldea y los secretos dominios de los sueños y los recuerdos.

La emotiva, nostálgica y evocadora poesía de Jorge Teillier (que no quiere aquí decir para nada neorromántica), revela, a través de todos y cada uno de sus libros (*Para ángeles y gorriones*, 1956; *El cielo cae con las hojas*, 1958; *El árbol de la memoria*, 1961) algunas singularidades que caracterizan claramente su escritura, y una marcada búsqueda de recuperación durante el periodo.

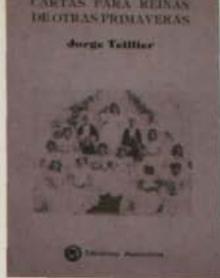


Para un pueblo fantasma, 1978,
Ediciones Universitarias de Valparaíso.

1) Presencia de un paisaje geográfico, físico y humano de una región del territorio chileno llamado la Frontera o la Araucanía. Indómito lugar de intensos boscajes y soberbios ríos. No será, sin embargo, la vastedad de este paisaje -«era el amado orden del sur con su cotidiano rito de viento y de madera»- lo que tipifica la poesía de Teillier, sino sólo como marco de referencia y atmósferas de un territorio y de un paisaje focalizado a una casa natal, a un patio de grosellas y glicinas, a una aldea con su estación de trenes, su calle y su taberna.

2) La aldea como centro mítico y recreador de una realidad vivida. De ella nacen y a ella vuelven todos los sueños del poeta siempre metidos en la memoria y en el tiempo: «Lo que importa no es la casa de todos los días, sino aquella oculta en un recodo de los sueños».

3) La infancia, edad de oro, paraíso perdido, como el arca definitiva de todos los recuerdos, y un anhelo de recreación de los sentidos para recibir limpiamente la admiración ante las maravillas del mundo. El País de Nunca Jamás, lo llama el mismo Teillier: «El niño que hay en mí renace en mi sueño».



Cartas para reinas de otras primaveras,
1985, Ediciones Manieristas.



Para ángeles y gorriones, 1956,
Ediciones Puelche

4) La nostalgia y el desamparo. La intensidad de la primera -sal y agua de esta poesía- invade iluminadoramente cada poema de Teillier hasta hacerse huella, cosmos, realidad secreta y emocional. Nostalgia que puede tomar la forma de un vaho de fantasmas y fuerza melancólica del recuerdo. De una poesía de la nostalgia a una poesía del desamparo (el desamparo de toda una época de bandos y exilios, sin duda). Sobreviviente de una perdida edad, el poeta está aquí siempre en una lucha contra el universo que se deshace: «Cuando todos se vayan a otros planetas/ yo quedaré en la ciudad abandonada/ bebiendo un último vaso de cerveza». Pero no sólo lo pretérito y lo pasado en un recuperar nostalgias eternas, sino también una vislumbraación y recuerdo del futuro.

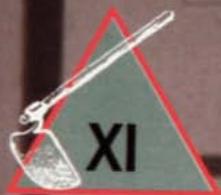
5) Una poesía conjetural y recreadora de mitos. La oralidad de tradiciones y legendarias historias recobran poéticamente su trascendencia en esta poesía. Desde un puñado de sal lanzado al fuego una noche de invierno a buscadores de entierros que sólo «en sueños hallan monedas de oro». Presagios en frases conjurales que el poeta, portador y depositario del mito, hace perdurable para la lengua escrita.

6) Tiempo e historia. La poesía de Jorge Teillier, a pesar de sus sencilleces y evocaciones del paraíso perdido, tiene valedera, mágica y maravillosamente un trasfondo de realidad con la historia de aquellos míticos y legendarios lugares. Lugar de pueblos que se fundan, se incendian y se vuelven a fundar. Lugar de pioneros, colonos, caudillos, contrabandistas y, en definitiva, lugar maravilloso de Far West sin prejuicios. Toda una infrahistoria anda resueltamente por este tiempo-nostalgia-aldea-paisaje de la obra de Teillier.

El mérito de esta lárca poesía, que le dio a su autor permanencia y vigencia en la literatura chilena e iberoamericana, está precisamente en mantenerse siempre igual y la misma. Un mundo, a pesar de salvos y derrumbes, inalterable. Mundo poético «que tal vez un día deba destruir para que se conserve».

Con sus diez y tantos libros y a sus sesenta años, Jorge Teillier (que se nos muere un abril reciente de 1996) se mantuvo fiel a su propia poesía y a su mismo y personal modo de vida. Un transformador de la poesía en experiencia y existencia creadora y vital. El poeta de este mundo en su mundo.





**POESIA:
UNA ESCRITURA
EN MOVIMIENTO**

A black and white portrait of a man with dark hair, wearing a dark suit jacket, a white collared shirt, and a dark striped tie. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is dark and out of focus.

Entonces
un amor
poblándose
en las
alturas

Chile es la patria de nuestro Pablo Neruda, de nuestra Gabriela Mistral, de nuestro Pablo de Rokha, de nuestro Vicente Huidobro. Neruda escribió su *Canto general* (1950), su libro más ferviente y más vasto, su altura poética que mide el destino y el porvenir de un continente, de una América insurrecta. La Mistral dirá siempre su palabra ardiendo más allá de su aparente desolada poesía, palabra de mujer en su tiempo, como rodado de piedra de cordillera. Huidobro, además de antipoeta y mago y pequeño Dios, poseedor de la llaveverso que abriría mil puertas en la poesía del continente con sus vanguardias, altazores y temblores de cielo: «No cantéis a la rosa, ¡oh poetas! hacerla florecer en el poema». Y de Rokha, en sus fatalidades, gemidos y decires: «Soy como el fracaso total del mundo, ¡oh pueblos!»

Hacia el término de la década de los ochenta Pehuén Editores publica *El amigo de piedra*, un libro autobiográfico de Pablo de Rokha (1894-1968), uno de los poetas más chilenos y legendarios de la literatura nacional. Su prologoista, Nain Nómez, señala que «esta autobiografía es también un libro de poesía, una obra política, un ensayo, una diatriba contra sus enemigos y una defensa de sus amigos, un cuadro de costumbres y una crítica

demoledora de una época que fue implacable con su poesía y su intento de vivir con el acelerador a fondo».

El mismo Nain Nómez, poeta y profesor de Literatura, había publicado en 1988 un extenso ensayo-estudio sobre Pablo de Rokha (*Una escritura en movimiento*, Documentas, Santiago), complementando lo memorial y lo analítico acerca de la intensidad vital de la obra rokhiana. Y, sobre todo, un motivar al lector chileno de estos tiempos: «Entrego toda mi obra al juicio del pueblo de Chile, mi pueblo; a la pujanza de sus héroes y sus líderes, flor de oro del roto, y a la conciencia popular del Continente».

Ninguno de estos padres tutelares son hoy figura alegórica, ni una figura aureolada de gloria. ¿Qué gloria? A través de ellos la poesía chilena se mantiene en su bien prolongada línea generacional *pasando y pasando* (en el título de un poemario de Vicente Huidobro), de una a otra, en una permanente comunicación y trasvasijamiento. Después vendrán notablemente los que vendrán: Humberto Díaz-Casanueva, Eduardo Anguita, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Miguel Arteché, Enrique Lihn, Jorge Teillier, y



Revista *El organillo*, número 4, 1986.

sólo para citar los cabeza de serie en estos comunicantes vasos, no sagrados, aunque sagrados. Es decir, cada uno lo suyo, enriqueciendo un campo poético como pocos en la América del Sur.

Los nuevos, y los no tanto, buscan en estas raíces su nutrimento poético, su modo de vida. Una bebedura en la copa tan plural de la poesía chilena de este siglo veinte. La huella nerudiana, tan visible, y muchas veces fatalmente visible, en generaciones pasadas, da paso a relecturas valorativas y críticas, aunque visible en estas últimas décadas en el compromiso y la acción presente en los numerosos poemas dedicados a su memoria. Por alguna razón, razones poéticas naturalmente, cada 23 de septiembre (fecha recordatoria de la muerte del poeta) no había paz en su nichotumba en el Cementerio de Santiago de Chile. El, que amó el amor y la paz por sobre todo. Y la presencia militar armada hasta los dientes como en campo de batalla. Y, claro, temían que despertara



Revista *Pájaro de cuentas*, número 5, 1988

el leñador y dijera lo que siempre dijo en su certero verso: «Es dura la verdad como un arado. Pero mi palabra está viva, y mi libre corazón acusa».

Y Gabriela Mistral, malamente leída o leída siempre a medias, ¿qué pasa con ella? Sinceramente una isla en la poesía chilena, una rara avis, con su estilo que fue ella misma y con una obra no conocida todavía del todo (sobre todo en los mismos años setenta), pero cargada de intensidad y sentido humano. Cantera abierta a los hallazgos y asombros de una poesía fermental. La raíz mistraliana pareciera ser una de las más sólidas, que se busca y rebusca en los nuevos estudios y miradas redescubridoras.

Por su parte, en una época de *vientos contrarios*, la poesía de Vicente Huidobro incorpora vientos renovadores. A cien años de su nacimiento (1993), los trenes, los aeroplanos, los hilos telefónicos, los paracaídas, los planetas, los aerolitos, todos los juegos y fuegos de una moder-



Revista *El Espíritu del Valle*, número 1, 1985

nidad pasan por su poesía: «Los verdaderos poemas son incendios. La poesía se propaga por todas partes, iluminando sus consumaciones con estremecimiento de placer o de agonía».

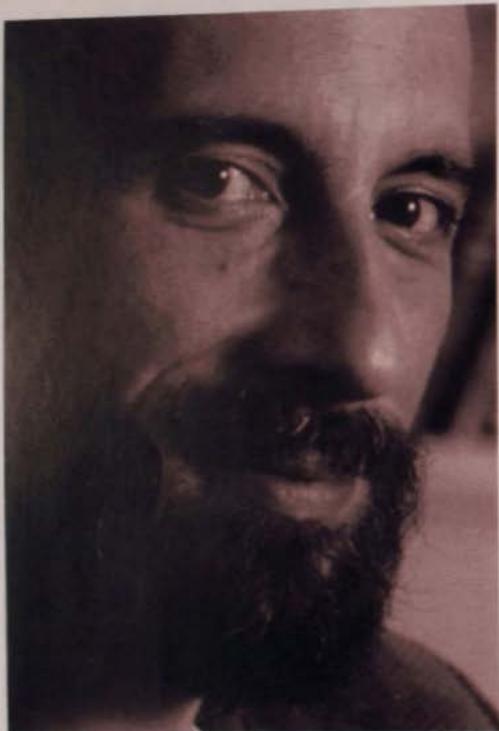
Como chileno -y escribo desde mi generación, generación llamada de los Setenta o «Diezmada»- vivimos, hasta ayer no más, tiempos difíciles y dramáticos, que no escapan al proceso y a la proyección de la poesía chilena. Circunstancia que habrá que entender en este siempre encadenamiento necesario y creativo de los poetas chilenos de este y otro tiempo. No en vano, veinte años de una «noche oscura» impusieron su ley y su costumbre. Dificultades que decían relación no sólo con la precaria condición de ser escritor, de ser poeta en una tierra rebarbarizada, sino que iban desde las más íntimas y emotivas a las situaciones más inmediatas y realistas. Como asimismo a la problemática dolorosa de una tarea intelectual acosada por todos lados: ausencia casi total de diálogo y comunicación, censura



Número *quebrado*, número 1, 1988.

y autocensura como norma institucionalizada, deterioro editorial al punto de la quiebra, y en la quiebra también el hábito sistemático de lectura. En fin, aislamiento frontal con los demás países de América Latina y del mundo. Isleños en una tierra-isla de Chile. Había que estar con la conciencia viva y el coraje alerta. Coraje para que éstas y otras dificultades no hicieran mella en el oficio y la conciencia de hombres escritores nacidos libres.

Durante ese largo periodo de dos décadas de régimen militar y autoritario, no fue fácil lograr espacios para el desarrollo literario y cultural del país. Olvidémosnos de la Universidad que fue siempre, desde su fundación, el alma mater que irradiaba hacia el interior mismo de la vida universitaria. Y estimulaba, abría canales de creación y actividad artística, proyectándose hacia la comunidad también, contactándose con el medio humano y social: «Es preciso que el arte sea la regla de la imaginación y



Raúl Zurita

la transforme en poesía», decía el venezolano-chileno Andrés Bello en su discurso inaugural de la rectora Universidad de Chile, allá por 1843. Y, desde entonces, fue esa regla cumplida al pie de la letra. Y con sentido de creación.

Pero todo se interrumpe desde 1973. O queda bajo sospecha o vigilado o puesto en tela de juicio. Y lo peor -en el proceso poético del país-, hay una distancia de relación e intercambio entre el hombre uni-

versitario y el hombre poeta o escritor. El no diálogo, o el diálogo que se hizo monólogo. Las nuevas generaciones surgían así huérfanas de lo más fermental que fue siempre la vida universitaria en Chile: crear una conciencia creadora, crítica, razonadora e ilustrada. Y todavía más: hubo siempre una permanente relación entre el estudioso universitario y el poeta, entre el crítico creadoramente orientador y el autor de una obra. Una generación de ensayistas (Jaime Concha, Jaime Giordano, Marcelo Coddou, Nelson Osorio, Luis Bocaz) iba valorando con inteligencia y proyección el texto nuevo del poeta, en un hacer literatura en unos y otros. Crearon conciencia renovadora, lúcida y visionaria.

Sin embargo, y contra viento y marea, la poesía chilena sobrevivió. Y estuvo viva, como antes y como hoy: haciéndose y rehaciéndose y escribiéndose. Surgen los talleres de poesía, las lecturas y los recitales, las revistas (*Pájaro de cuentas*, *La gota pura*, *Aumen*, *Espíritu del valle*) en sus marginalidades y subterráneos decires. En todos, sin excepción, el personaje central, el sujeto protagonista fue, en un tiempo y momento dado, naturalmente Chile. Un Chile que es y el que utópicamente será: «Entonces un amor poblándose en las alturas», según un resplandeciente verso de Raúl Zurita, uno de los poetas del periodo.

Hasta la década del 73 -el año totalizador de la discordia- quienes acostumbraban a dividir las cosas, veían en la poesía chilena de ese tiempo dos directrices, dos líneas generacionales distintas: una, cuya temática se proyectaba hacia una realidad inmediata, urbanizada, de sencillez gramatical, pero de complejidad en el tema

y otra, hacia una nostalgia elevada a una categoría mítica. Los poetas Enrique Lihn y Jorge Teillier vendrían a ser, respectivamente, sus representantes más definitorios. Situaciones y circunstancias literarias que marcaron a una buena parte de la poesía chilena. Agréguese a ello el carácter siempre grupal, gregario y social-humano de unos con otros, sin distingos ni limitaciones entre los poetas del país (Grupo *Arúspice*, Grupo *Trilce*, Grupo *Tebaida*).

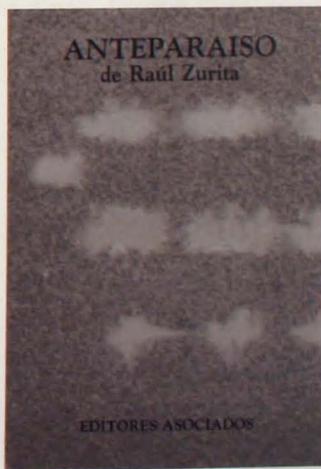
La década de estos años ochenta-noventa viene, sin duda, a reordenar la poesía chilena en medio de un crítico y fragmentado periodo de la vida nacional. La literatura misma, no ajena a estas circunstancias, pareció condenada a una interrupción sin remedio en su proceso creativo y a una

diversidad y heterogeneidad propias de una vida de intra-muros. Coinciden autores y grupos de distintas edades, tendencias, formaciones y motivaciones de escritura. Los medios de comunicación de estos poetas con sus destinatarios han sido heterogéneos, dependiendo de las posibilidades editoriales (siempre escasas), la censura y autocensura que afectó largo tiempo, y la acogida de sus textos.

Junto a los convencionales libros individuales, grupales y antológicos editados en imprenta, han circulado muchos poemas en revistas de pequeño tiraje, en volúmenes mimeografiados, fotocopiados e, incluso, mecanografiados o manuscritos. «Los poetas no hacíamos señales de humo con revistas», dice Jorge Montealegre, uno de los integrantes de la llamada «Genera-



Juan Luis Martínez, *La Nueva Novela*, (1977),
2ª edición, Ediciones Archivo.



Raúl Zurita, *Anteparaíso*, 1982,
Editores Asociados.

ción N. N.» Y relata que «del Barco de Papel pasé, junto a otros amigos, a La Castaña. Pedimos permiso, no lo dieron. La sacamos igual desde 1981 hasta 1989».

El espacio de la poesía chilena de nuestro tiempo es pluralista, toda vez que las tendencias aparecen en interacción y no subordinadas a un solo proyecto o figura, y algunos poetas participan de más de un modo de escritura o grupo. Obras y más obras importarán en su totalidad para dar origen a una poesía, por ejemplo, de tendencia neovanguardista, a una poesía religiosa y de apocalipsis, a una poesía testimonial o de la contingencia, a una poesía etnocultural que emerge desde lo geográfico y lo autóctono, y a una poesía ideológico-feminista innovadora de la mujer de nuestro tiempo.

En un momento dado la poesía neovanguardista vino a ocupar un espacio de

amplio registro de escritura: desde el texto experimental a la vanguardia más atrevida, pasando por elementos o soportes de la gráfica o el libro objeto (*La nueva novela*, 1977, de Juan Luis Martínez). Anticonvencional y aparentemente rupturista. Expresión también colectiva de la situación histórica del país y reveladora de una actitud y conducta de vida y de arte (*Purgatorio*, 1979 y *Anteparaíso*, 1982, de Raúl Zurita). Importa un espacio físico y una visión totalizadora de los temas que tratan (*La tirana*, 1983, de Diego Maquieira; *Cancha rayada*, 1985, de Antonio Gil). Importan todas las manifestaciones artísticas, los objetos y los símbolos: desde hojas médicas de encefalogramas a papel secante como soportes de esta escritura. Papel secante, tal vez, para secar las tantas lágrimas del periodo. Una manera de burlar censuras y de no autocensurarse, utilizando otros símiles y otros lenguajes.



Juan Luis Martínez



Diego Maquieira

-«¿Cómo se representa usted la falta de pescado?», se pregunta Juan Luis Martínez. Y se responde: «Dibújelo».

Claudio Bertoni, un escritor y artista impenitente que opta por la precariedad en su obra plástica, publica una poesía incesante, heredero de Kerouac, Ginsberg, Thomas y los Beatles. Sus obras, a menudo autoediciones, justifican con creces el irónico título de su antología *El cansador intrabajable* (o el trabajador incansable).

Y Zurita en uno de sus cantos. «Todo Chile se iba borrando en este océano de lágrimas hasta quedar/ apenas un jirón doloroso bañado por la costa verde empapado/ como si una maldición lo volara sacándose el aura de los ojos».

A la luz de los textos de Zurita, lo mesiánico, lo doloroso, lo que llega hasta la angustia, está ahí enriquecido por t odas



Oscar Hahn

las fuentes poéticas y vivenciales. El hombre en lo más íntimo de su ser, y lo geográfico de un territorio también en su alegoría de pastales o de llanuras quemadas. El autor impone una línea poética, que por su estructura y su forma, pone en juego otros mecanismos de la escritura, más cercana al canto, al himno, a la letanía, pero en relación, a su vez, con una escritura más cercana a la lógica, al silogismo, a la razón pura (o impura). Escritura nada de habitual que tiene el mérito de acoger los múltiples recursos del lenguaje.

Aunque el tema de lo religioso ha estado muy presente en la poesía chilena, un nuevo elemento -el apocalíptico- viene a otorgarle un lenguaje muy singular y dramático. Poesía fundada en una intensa preocupación por el ser del hombre, su sufrimiento en el espacio presente y las amenazas que trae el futuro para la humanidad. Visión de futuro o profética



Jorge Montealegre



Elicura Chihuailaf



Clemente Riedemann

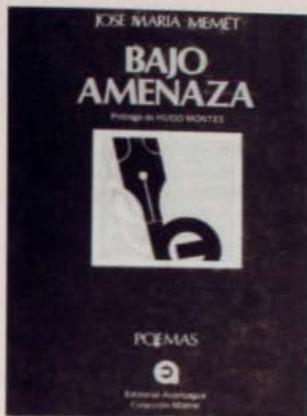
con referentes bíblicos o historicistas que no ocultan la modernidad de los vicios del mundo. Miguel Arteche (*Noches*, 1976), José Miguel Ibáñez Langlois (*Futurologías*, 1980), Manuel Silva Acevedo (*Terrores diarios*, 1982), Oscar Hahn (*Arte de morir*, 1977; *Imágenes nucleares*, 1981), Jaime Quezada (*Huerfanías*, 1985) representan, de algún modo, esta forma contemporánea de religiosidad y de revelación. «Y un hombre cayendo de una torre en llamas/ es mi último recuerdo».

Uno de los tópicos más amplios en el quehacer poético chileno de estas décadas lo constituye la poesía testimonial, llamada también de la contingencia. La realidad cotidiana y ciudadana del país en sus rasgos denunciadores de lo político, lo social, lo contingente. Poesía, además, de los exilios, los abandonos, las soledades, los sufrimientos y los retornos. De *Cartas de prisionero* (1985), de Floridor Pérez, a *Isla Dawson* (1989), de Aristóteles Es-

paña, se expresan todos los lenguajes de una época muy determinada en la obra creadora de éstos y otros varios autores.

Dice el poeta Floridor Pérez: «Me pusieron contra la pared, manos arriba./ Me registraron meticulosamente./ Sólo hallaron retratos con tus ojos/ y una antología con mis versos./ Noches sobre la piedra./ Día tras la alambrada./ No saben -nos decían- qué les espera./ Pero yo lo sabía./ Tras piedra meses muro/ tú me esperabas a la puerta del cuartel/ ¡y ésa fue mi victoria!»

Hacia los finales de la década del ochenta una interesante tendencia empieza a valorarse con mayor amplitud: la poesía etnocultural, con una fuerte raigambre en algunos espacios geográficos del territorio. Incorpora, por un lado, la escritura del «mapudungún» (*En el país de la memoria*, 1988, de Elicura Chihuailaf) y, por otro, una revaloración de mitos y hechos epopéyicos de nuestras culturas primeras



José María Memet, *Bajo amenaza*, 1979,
Editorial Aconcagua.

(*Karra Maw'n*, 1984, de Clemente Riedemann). El habitante de Chile inmerso en su hábitat y su cultura en su entorno físico-geográfico. «Por aquí entró en América el perseguido, uno que no fue rico ni famoso, sino bello. Porque bello es todo cuanto sigue siendo, a pesar de la muerte, el deterioro y el olvido» (Riedemann).

A la poética y recreadora obra de estos autores, con sus geográficos, étnicos, lingüísticos, experimentales, testimoniales y contingentes elementos o materiales de escritura, deben mencionarse obras como *Bajo amenaza* (de José María Memet), *Título de dominio* (de Jorge Montealegre y toda una generación N. N. de dispersión y rescate), *Los territorios* (de Carlos Trujillo, poeta de uno de los grupos literarios más activos y desafiantes del periodo: *Aumen*, de Chiloé). Y toda una conciencia de un tiempo que no pasa en vano desemboca en *Efectos personales y dominios públicos* (1980), de José Ángel



José Ángel Cuevas, *Efectos personales y dominios públicos*, 1980, autoedición.

Cuevas. Testimonio poético de la década de los años sesenta y que evoca a una generación entre perdida y quemada por la guitarra eléctrica y la motoneta, el mundial de fútbol del 62 y los discos de Elvis Presley, escuchados en un *wurlitzer* de fuente de soda. Nostalgia enriquecida por lo urbano y lo cotidiano, entre un pasado y un porvenir y su esperanza. Algo semejante ocurre con *Recurso de amparo*, un original e irreverente libro poemático del valdiviano Jorge Torres y con *La manzana de oro* (1993), de Esteban Navarro.

En medio de los avatares que afectaron a Chile (con toda una Generación del Setenta literalmente diezmada), se estimulan los fervores de una poesía chilena que recupera sus espacios y une *El puente oculto* (Waldo Rojas) en un retomar presencia en este tiempo-ahora.





**TRANSTIERRA:
LITERATURA
Y EXILIO**



Sabemos
que
tierra
yo,
que somos
extraños



En una época -llamémosla *dorada*- el tema del desarraigo fue asunto vivencial e ilustrado en la literatura chilena, con un afán de personal y voluntaria búsqueda de viajes, visiones y ámbitos geográficos, todo lo cual llenó buenas páginas literarias. Recuérdese, y a manera de ejemplo, *Chilenos en París* (1928), crónica-ensayo de Alberto Rojas Jiménez; *Criollos en París* (1933), la novela de Joaquín Edwards Bello; *Pasé por México un día* (1954), las crónicas de viaje de Manuel Rojas. Sin embargo, no será ya lo mismo a partir de septiembre de 1973 con un tema del desarraigo forzoso para tantos y muchos escritores chilenos, abandonando la patria natal por otras patrias adoptivas del mundo. Palabras como *exilio* o *diáspora*, tan poco conocidas en el decir cotidiano del chileno, pasarían a ser términos lamentablemente usuales y dolorosos. Este poemita del poeta Mauricio Redolés y fechado en Londres, septiembre de 1976, testimonia una realidad:

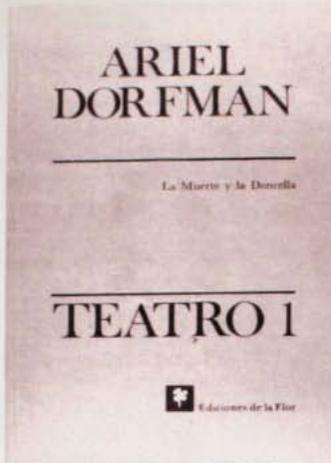
*Dejé el país a las cuatro de la tarde
en avión y con sol
todo estaba normal hasta lágrimas
y nieve en la cordillera
latigazos de sombra
se cernían sobre mis cabezas.
Dejé el país a las cuatro de la tarde
solo
(pero iba con todos)*

Parte de la literatura chilena se echó a andar, así, en la extranjería, en un periodo muy era-ira de nuestra historia ciudadana, cuando el país de muchos chilenos -entre ellos escritores, artistas, intelectuales- fueron otros países y otras geografías en ese desarraigo involuntario de la tierra natal. Pero en esas patrias dispersas los escritores chilenos desarrollaron en un afán de rescatar nuestra literatura y darle trascendencia a los ojos del mundo, una permanente actividad creadora y motivadora. Esta se reflejó no sólo en sus propias obras poemáticas o novelísticas (editadas en lenguas también distintas), sino en la presencia del encuentro, el simposio del diálogo y la ponencia, la antología como muestra de un no dormirse en los exilios, la revista, tabla salvadora de una literatura chilena, en un afán de afanes de mantener la supervivencia de la cultura del país.

El disgregado quehacer literario chileno, en la amplia dispersión geográfica de sus autores, encuentra, después de todo, sus cauces en esas obras propias (*Crónicas del Reyno de Chile*, Bucarest, 1976, de Omar Lara; *La ciudad*, Québec, 1979, de Gonzalo Millán; *Cria ojos*, México, 1979, de Ariel Dorfman: «no sólo hay que criticar la cultura de masas dominante; también es imprescindible reemplazarla por una cultura nuestra, la cultura de la liberación») en revistas, antologías y



Ariel Dorfman

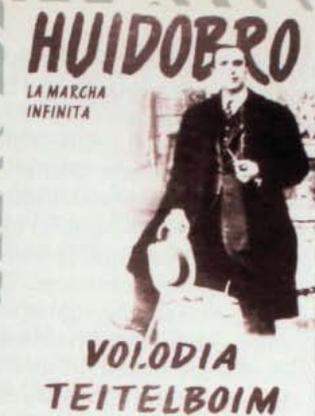


La muerte y la doncella, (1992),
2ª edición 1997, Ediciones de la Flor, Argentina

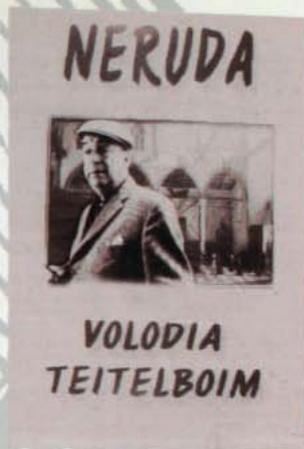
seminarios. De estas revistas destacan, sin duda, *Araucaria de Chile*, dirigida por el escritor Volodia Teitelboim y editada con regularidad trimestral en Madrid, España. Y *Literatura Chilena, creación y crítica*, dirigida desde California, Estados Unidos, por el poeta y editor David Valjalo. Rebanadas preciosas de pan, estas revistas son un apetito insaciable de decir sin censuras ni autocensuras el poema, el cuento, el ensayo, el testimonio, el capítulo de novela, todo un oficio creador y crítico en los resueltos decires de nuestros escritores. Un vincularse con el Chile de adentro y el Chile de afuera en los mismos exilios culturales. Páginas memorables de estas publicaciones, cada una en sus vinculaciones de temas, hombres y obras creadoras, dando espíritu y luz en momentos de *destierros y tinieblas*, para remarcar el certero título de una obra de Miguel Arteche.

El mismo novelista Volodia Teitelboim acumulará sus años de exilio para investigar, ordenar y escribir su voluminoso libro *Neruda*, otorgando a la biografía toda su plenitud de género literario. Publicada por Ediciones Michay (nombre mapuche de un arbusto espinudo chileno) en 1984, *Neruda* es una de las más completas, bien escritas, documentada, profunda, amena, anecdótica, reveladora y vivencial de las biografías del Premio Nobel de Literatura 1971.

Varias antologías de poesía chilena aparecen durante los años del exilio, incorporando a autores de diversas generaciones. La mayoría, en el decir de Soledad Bianchi, se hace eco y reproduce, además, poemas de escritores que no podían dar a conocer sus nombres porque generalmente testimoniaban situaciones de violencia desde la prisión de



Volodia Teitelboim, *Huidobro*, (1993),
2ª edición 1997, Editorial Sudamericana.



Volodia Teitelboim, *Neruda*, (1984),
2ª edición 1996, Editorial Sudamericana.

la cárcel o desde la prisión de la ciudad que vivía la máxima censura. Así surgen *Chile: poesía de la resistencia y del exilio* (Selección de Omar Lara y Juan Armando Epple, Barcelona, 1978); *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo* (Prólogo y selección de Sergio Macías, Berlín RDA, 1977); *Chile: poesías de las cárceles y del destierro*, Madrid, 1978); *La libertad no es un sueño: del exilio, las cárceles y los campos de concentración* (Raúl Silva-Cáceres y Edgardo Mardones, editores. Prólogo de Julio Cortázar. Estocolmo, 1980), etcétera, etcétera.

Una de las más completas e importantes obras antológicas de esta época, corresponde a la preparada por la ensayista chilena Soledad Bianchi: *Entre la lluvia y el arcoiris*, antología de jóvenes poetas chilenos (Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, Rotterdam, Holanda, 1983).

La presentación o prólogo de esta obra constituye un verdadero y documentado estudio-ensayo acerca del desarrollo poético chileno más joven. Hacia las páginas finales de su estudio, fechado en París, marzo de 1980, la antologadora escribe: «En esta poesía aparecen los problemas actuales que hoy viven los chilenos: la cesantía, abierta o disfrazada; la pobreza, la represión, el fomento de la sociedad de consumo, el cambio en el aspecto de los barrios, la añoranza por el país ausente o diferente. Es probable que las condiciones vigentes en Chile hayan hecho que los escritores que comienzan se hayan sentido, a veces, más tentados a la denuncia que a interesarse en la forma que la expresan, pero estas preocupaciones no son excluyentes, sino que se complementan. Al llamado de atención de Enrique Lihn, 'los nuevos escritores



Soledad Bianchi, *Viajes de ida y vuelta*,
1992, Ediciones Documenta.

-que en sus palabras- se comprometían con la realidad pero no con la poesía' deberán responder superando la vieja disputa sobre la primacía de la forma o del contenido y, sin lugar a dudas, llegarán a integrar armónicamente lo que dicen y cómo lo dicen». En esta antología aparecen autores como Eduardo Parra (1943), Juan Armando Epple (1946), Gonzalo Millán (1947), Javier Campos (1947), Miguel Vicuña (1948), Gustavo Mujica (1948), Raúl Zurita (1950), Carlos Alberto Trujillo (1950), Gregory Cohen (1953), Roberto Bolaño (1953), Mauricio Redolés (1953), Erick Pohlhammer (1954), Jorge Montealegre (1954), José María Memet (1957), Bruno Montané (1957), Bárbara Délano (1961-1996).

A propósito de una antología chilena - *Poets of Chile. A Bilingual Anthology* 1965-1985. Greensboro, Unicorn Press, 1986-, preparada por el traductor norteamericano

Steven F. White, con presentación del chileno Juan Armando Epple, y «que tiene la gran ventaja de estar hecha afuera, por alguien que conoce bien el tema», no dejan de llamar a interés las referencias del ensayista Grinor Rojo en su libro *Crítica del exilio* (Pehuén, Santiago, 1989): «Pienso que la antología de Steven White pone en nuestras manos un material de una falsa apreciación que se ha ido convirtiendo en una suerte de tópico de la crítica actual sobre la literatura chilena. Me refiero a la tesis de que el golpe de Estado fue un *guillotino* que rebanó nuestra historia en dos. Para atrás, esos críticos nos pintan el paisaje rosa de la democracia, el civismo y las buenas maneras, y para adelante, el olivo (o el verde olivo más bien) de la dictadura, la opresión y la brutalidad por la libertad. Puesto ello en el territorio que aquí nos interesa desmalezar, hacia atrás se encontraría el mundo de los poetas que se inician en los años sesenta, criados en la leche de una sociedad justa y tolerante, lo que se *refleja* en su peculiar continuismo, y hacia adelante, el de los que empiezan a publicar después del golpe y cuya diferencia específica, y la explicación de su *ornato difficilis* (o de su *esquizofrénica verba*, según afirma Waldo Rojas), consiste en que ellos son el producto del disimulo y las asfixias impuestos en el corazón de esta práctica por el orden autoritario».

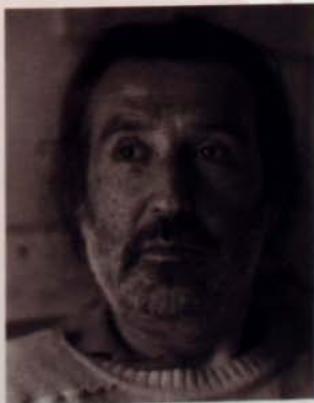
Aun así, un simposio titulado *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile* fue organizado por el Latin American Studies Center de la University of Maryland, en diciembre de 1991, cuando en Chile se iniciaba una etapa de transi-

ción a la democracia. Uno de los expositores invitados, Ramón Díaz Eterovic, habló a nombre de los escritores de Chile: «La historia más reciente, su horror e injusticia todavía impregnan gran parte de los contenidos temáticos y lo hará hasta el momento en que en Chile se borren definitivamente las huellas de la dictadura. Los escritores seguirán siendo los testigos ineludibles de su tiempo, y más allá de los exitismos momentáneos, la literatura que prevalecerá será aquella que refleje la realidad que nos rodea y compromete. Escribir y vivir en Chile fue y será un desafío de imaginación y trabajo. Un desafío que los escritores acogieron con responsabilidad en el pasado más reciente, y que hoy asumen como protagonistas de un tiempo que revaloriza el valor de la vida y la palabra».

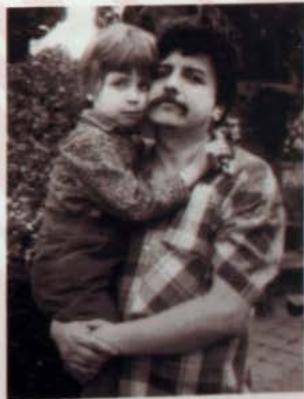
Otros varios encuentros y seminarios se organizaron en universidades, centros

culturales y organismos internacionales para mirar y remirar la literatura en sus marginalidades y destierros. De ahí entonces el simposio *Tradición y marginalidad en La literatura chilena del siglo XX*, auspiciado y organizado por Spanish and Portuguese Department University of California, Irvine, Estados Unidos, durante octubre de 1982. Conferencias, mesas redondas y talleres en torno a los asuntos literarios chilenos. Juan Villegas habla sobre la *Censura y procedimiento poético en la poesía chilena actual*; Jaime Concha, sobre *Sufrimiento e historia*; Fernando Alegria, *La nueva crítica literaria chilena*; Jaime Quezada y su *Testimonio de un poeta en Chile*; Hernán Vidal, sobre *Teatro chileno 1973-1980*, entre otros varios participantes.

Poli Délano (que estaba pronto a publicar su novela *El verano del murciélago* y



Claudio Bertoni



Mauricio Redolés

su libro de cuentos *Como si no muriera nadie*) habla sobre *Las letras y el exilio*: «Algunos hemos publicado, en español y otros idiomas; algunos han publicado sólo en otros idiomas y no en español; y muchos no han encontrado siquiera los medios para publicar, en idioma alguno. Los que estamos fuera sabemos más sobre los que están adentro y publican. Ellos saben menos de nosotros. Hay zonas de vacío donde falta la comunicación (no la incomunicación); la falta de comunicación, ha ganado la mano, a pesar de los esfuerzos de dentro y de fuera por conocerse más hondamente».

Y Juan Armando Epple, cerrando su intervención acerca de la narrativa chilena -*Historia y reformulación estética*, señala esta experiencia colectiva de un país: «El destierro forzado de estos años convierte el viaje en destino transitorio y problemático, que atrae



Omar Lara

sobre el personaje las notas discordantes de la nostalgia, el absurdo, la protesta, la ironía, junto a la convicción de ser una parte precaria, pero viva de una humanidad en proceso de reconquistarse, cuyo centro geográfico es un país que se lleva ahora en la memoria, orientando y estimulando los pasos aparentemente azarosos. Esta condición desmedrada, sin embargo, se convierte en un factor positivo cuando los autores, buscando explicar las nuevas circunstancias y búsquedas de sus personajes, comienzan a revisar los parámetros con que se construía imaginativamente el territorio nacional, examinando sus realidades y sus mitos, revalorando su peculiar historia y buscando rehacer su identidad en ese espacio *sui generis* que es la obra».

También en abril de 1983, otro encuentro reúne a los poetas chilenos en Rotterdam. Acuden poetas residentes en



Federico Schopf

muy diversos países: Canadá, Inglaterra, Suecia, España, Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos, Holanda y se recibieron valiosas colaboraciones desde Chile.

Una cuarentena de autores estuvo presente en el Primer Encuentro de Poesía Chilena en Rotterdam: Mauricio Electorat, Antonio Arévalo, Gustavo Mujica, Omar Lara, Cecilia Vicuña, Waldo Rojas, Federico Schopf (*Escenas de Peep-Show*), Radomiro Spotorno, Soledad Bianchi, Antonio Skármeta, Antonio Avaria, Sergio Muñoz, Fernando Quilodrán, Gonzalo Millán, Sergio Badilla, Walter Hoefler, Miguel Vicuña, Cristóbal Santa Cruz... Y desde Chile enviaron cartas, ponencias y poemas Enrique Lihn, Jaime Quezada, Heddy Navarro, Eduardo Llanos, Antonio Gil, Leonora Vicuña, Guillermo Bown. El evento se inauguró en la Fundación para el Arte en Rotterdam, y dio origen a una publicación especial de la revista



Cecilia Vicuña

de literatura LAR (Madrid, abril de 1983. Director: Omar Lara).

Mientras tanto, Gonzalo Rojas escribía en su *Transtierro*: «Miro el aire el aire, pasarán/ estos años cuántos de viento sucio/ debajo del párpado cuántos/ del exilio».

De esos «cuántos en el exilio» están Pedro de la Barra, que muere en 1977 en Caracas; Guillermo Atías que fallece en París (1979); Guillermo Araya, muere en Amsterdam (1983); Armando Cassigoli, en México (1988); Mahfud Massis muere en Caracas (1990) y Carlos Santander, en San José, Costa Rica (1992).

El novelista Fernando Alegria -había vuelto, pero no había vuelto- escribe realidades y alucinaciones: «Aquí en Palo Alto (California), donde vivo mi exilio, tengo plantas y árboles chilenos, oigo



Eduardo Llanos

ladrar los perros y escucho bocinas lejanas de autos y pito de trenes, observo a ciertos pájaros que conozco y me conocen, el aire por la noche es, a veces, cordillerano. Sin embargo, sabemos la tierra y yo que somos extraños. Nos saludamos, pero desde mundos apartes».

Un 28 de diciembre de 1985, día de los Santos Inocentes, Antonio Skármeta escribe su mistraliano recado al público chileno sobre su nerudiana obra: «El Neruda de *Ardiente Paciencia* es un Neruda posible en el mundo de la literatura. Su figura, vista a través de los ojos deslumbrados, curiosos y quizás impertinentes de un cartero de provincia, no quiere imponerse ni competir con los otros nerudas que con toda justicia los espectadores aportan. Sólo pide, junto al Neruda de cada uno de ustedes, un democrático lugar para compartir con ellos el breve momento que dura esta ficción en el escenario. Y si alguno de ustedes lo encuentra querible, pues entonces llévenlo y manténgalo junto a su Neruda hasta que mañana amanezca».

Ardiente Paciencia, que venía de un éxito editorial en el exilio, se publicaba por primera vez en Chile por Pehuén Editores, Santiago, 1985. Y se estrenaba como obra de teatro por El Nuevo Grupo, el 21 de mayo de 1986, en el Teatro «El Galpón de Los Leones», en Santiago, con el siguiente reparto:

PERSONAJES

Pablo Neruda:

Mario Jiménez:

Rosa vda. de González :

Beatriz:

Policía 1:

Policía 2:

Dirección:

Escenografía:

Música:

Iluminación:

Producción:

Producción General:

INTERPRETES

Julio Jung

Claudio Arredondo

María Elena Duvauchelle

Amparo Noguera

Pablo Jerez

Guillermo Serrano

Héctor Noguera

José Balmes

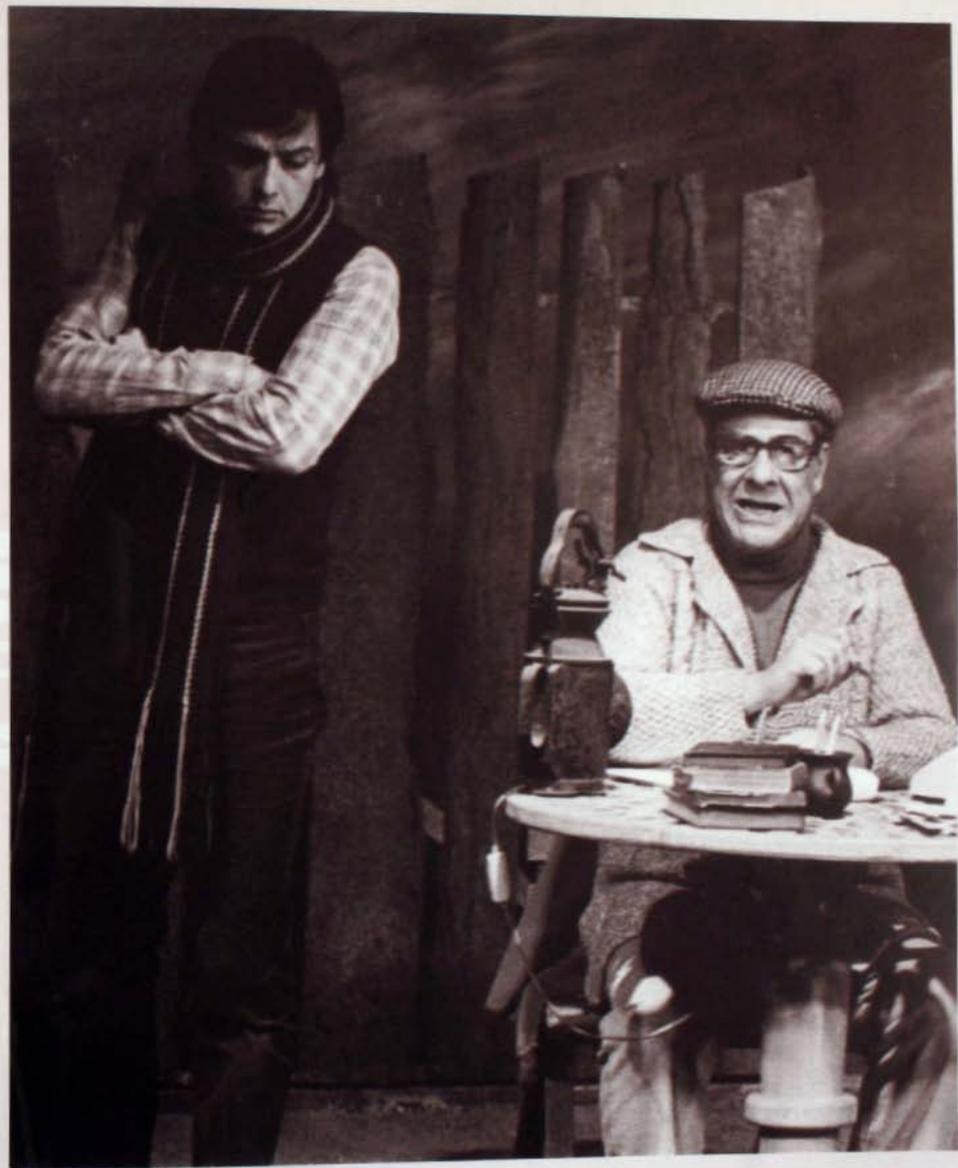
Charo Cofré - Hugo Arévalo

Juan Carlos Castillo

Cecilia Allendes

Neda Rivas

El estreno mundial de *Ardiente Paciencia*, en su versión de teatro, fue en febrero de 1984, en la sala El Ateneo de Caracas, Venezuela.



Presentación de Ardiente paciencia llevada al teatro.





**LA LITERATURA
INFANTIL:
Y LOS NIÑOS
TAMBIEN**

Creen que
uno no
tiene nada
en la
cabeza....



Durante esta última década la literatura infantil ha tenido una creciente valoración tanto por escritores del género, como por editores y expositores. Así, por ejemplo, la Feria del Libro Infantil (organizada en Santiago por la Cámara Chilena del Libro en colaboración con algunos municipios) es un acontecimiento público cada vez más participativo. Y la anual convocatoria, al concurso de obras para niños, del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, viene a motivar y estimular esta significativa área de nuestra literatura.

A los cuentos clásicos europeos -Charles Perrault, los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen- se han incorporado nuevas temáticas y se ha hecho evidente la necesidad de comprensión entre los niños a través de los cuentos y la poesía. Para el estudioso e investigador Manuel Peña Muñoz (autor de la bien documentada obra *Había una vez en América*, Editorial Dolmen, Santiago, 1997), la literatura infantil ha cobrado en Chile un extraordinario repunte en los últimos quince años. «Las editoriales se han esmerado en publicar buenas ediciones con autores de calidad. Puede decirse que estamos viviendo un verdadero auge de la literatura infantil. Entre 1990 y 1995



Alicia Morel



Jacqueline Balcells



Ana María Güiraldes

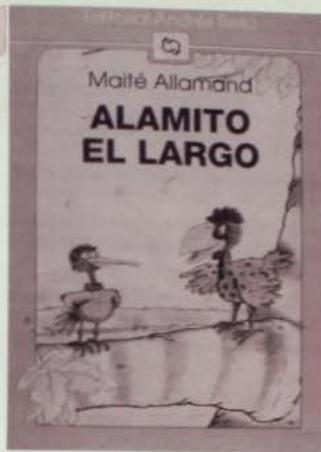


Saúl Schkolnik

se publicaron más de 50 títulos nuevos de autores chilenos. Esto es extraordinario, porque hace veinte años existía la idea de que los libros para niños no vendían. Hoy esta opinión se ha revertido, ya que en 1995 y en 1996 la Feria del Libro de la Estación Mapocho, de Santiago, constató en su balance general que los libros más vendidos fueron los infantiles.

A los ya clásicos autores de obras para niños -Hernán del Solar, Maité Allamand, Marcela Paz y sus *Papeluchos*, Amalia Rendic-, hay que agregar a numerosos otros escritores que han venido paciente y entusiastamente escribiendo sus cuentos, sus relatos y sus poemas. Citemos a Alicia Morel: *El increíble mundo de Llanca* (1977), *Perico trepa por Chile* (1978), *Cuentos araucanos. La gente*

de la tierra (1983); a la periodista y escritora Lucía Gevert y sus leyendas *El mundo de Amado* (1991) y sus cuentos de carácter científico *Aventuras del Profesor Zavedruz* (1983); los cuentos de María Silva Ossa: *Las calzas del brujo* (1993); la malograda María de la Luz Uribe y su libro *Cuentecillos con mote*, que recibió póstumamente el Premio de Literatura Infantil 1995 del Consejo Nacional del Libro y la Lectura; Víctor Carvajal y sus obras *Sakanusoyin* (1990) y *Como un salto de campana* (1992); Cecilia Beuchat y sus *Cuentos con algo de mermelada* (1987) y *Cuentos con olor a fruta* (1989); Saúl Schkolnik y sus relatos *El cazador de cuentos* (1979), *El ratón forzado y el resorte* (1991), *Cuentos ecológicos* (1993); Jacqueline Balcells y su representativo libro *El niño que se*



Maité Allamand, *Alamito el largo*, (1985),
3ª edición 1996, Editorial Andrés Bello



María de la Luz Uribe, *Cuentecillos con mote*,
(1990), 5ª edición 1996, Editorial Universitaria.

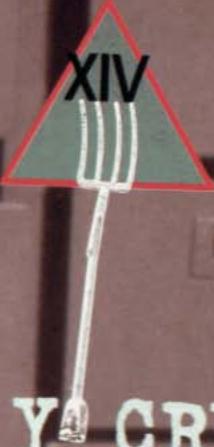
fue en un árbol (1986), *La hacedora de claros y otros cuentos* (1988).

También Ana María Güiraldes y sus alegres relatos *Animales, animalitos y animalotes* (1987), *La pata, patana y otros cuentos* (1900); Héctor Hidalgo, uno de los más recientes escritores de cuentos para niños: *Los gatos de Venecia* (1994), *Cuentos mágicos del sur del mundo* (1994), *El piano de Neruda y otros cuentos* (1995); Felipe Allende y *Mi amigo, el Negro* (1986), novela breve y atractiva por su lenguaje y aventuras.

Las más variadas temáticas caracterizan las obras de estos autores, en una diversificación de estilos y tendencias. A los relatos tradicionales de hadas y duendes que se escribían antes, siguiendo los patrones

européos, se han agregado corrientes que valorizan más lo propio -afirma el escritor Manuel Peña Muñoz- ya sea recuperando los mitos o enfatizando la vida de los niños chilenos de la actualidad, «lo cual es una excelente señal que indica un generalizado interés por recuperar nuestra identidad». El experto afirma también que: «La literatura ecológica o de apreciación de la naturaleza, el teatro moderno en la escuela, la literatura realista o social, la lírica infantil, son algunas de las corrientes que predominan en un panorama general de la literatura para niños en Chile».





XIV

CREACION Y CREADORES:
DEL FONDART AL
FONDO DEL LIBRO



Una
sociedad
puede
dejar
huellas
duraderas

En los inicios de la última década del siglo XX el país ha sido participe no sólo de renovadores y esperanzados cambios políticos, económicos y sociales -y todo en recuperador proceso democrático-, sino también en lo hondamente cultural y artístico. La paradigmática frase mistraliana: «Lo que el alma hace por el cuerpo es lo que el artista hace por su pueblo» adquiere toda su vigencia y se hace cartabón de vida espiritual y creativa.

Dos organismos estatales, por primera vez en la historia ciudadana de Chile, vienen a hacer realidad las aspiraciones y los sueños de los artistas e intelectuales del país: el Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (Fondart) y el Fondo Nacional de Fomento del libro y la Lectura, ambos nacidos bajo la tutela y el impulso del ex Ministro de Educación, Ricardo Lagos. Las dos entidades crean fondos concursables frente a los cuales son los creadores y trabajadores de la cultura quienes hacen sus propuestas. El Estado asume así su rol de ser la fuente nutricia de recursos para abrir espacios y posibilidades creadoras, consciente, a su vez, que en dichas propuestas e iniciativas no debe determinar el contenido de la creación y producción artística. La libertad de creación como norma básica y fundamental siempre.

El Fondart, ha dicho el Ministro de Educación, José Pablo Arellano, «es el primer instrumento estatal de financiamiento cultural vinculado al fomento del arte del gobierno democrático. Se instaura

con tal carácter el año 1992, y en sus cinco años de aplicación ha financiado, mediante concurso público de carácter nacional, 1.936 proyectos por un monto global superior a los 5.800 millones de pesos». Buena parte de estos proyectos han correspondido al área de Literatura, cuando las motivaciones a los creadores literarios estaban en el desamparo total: «Escribir en Chile constituía un salto al vacío, un suicidio calculado que sólo podía revertir una editorial interesada, vale decir ¡un milagro! Así ha transcurrido la historia de nuestra literatura hasta que el Fondart proveyó a los talentosos de sus correspondientes paracaídas».

Los numerosos y valederos proyectos en el campo de la literatura han permitido el activo y vivo desarrollo de nuestra poesía y narrativa incluyendo una pluralidad de voces escriturales y generaciones diversas. Obras como *Nadie sabe más que los muertos* (de Ramón Díaz Eterovic); *Cien pájaros volando* (de Jaime Collyer); *(Des) Encuentros (Des) Esperados* (De Andrea Maturana); *Cantos de ciega* (de Paz Molina); *Más allá de los aromos* (de Inés Moreno); *Por favor, rebobinar* (de Alberto Fuguet); *Utopías y antiutopías latinoamericanas* (de José Angel Cuevas); *Signos bajo la piel* (de Pia Barros); *Memorias de un condenado a amarte* (de Floridor Pérez); *Visión del oráculo* (de Andrés Morales); *Sueños de luna azul* (de Elicura Chihuailaf); *Bien común* (de Jorge Montealegre), son algunas de las tantas publicaciones que vienen enriqueciendo la literatura chilena actual.

Estas y otras propuestas son realidades de belleza cierta de que «el alma de nuestro país, sigue viva; y no sólo eso sino que, a pesar de todo, sigue ensanchándose y dando nuevos frutos», según Claudio di Girolamo, Jefe de la División de Cultura del Ministerio de Educación. «Fondart es una iniciativa del más profundo sentido cultural, y encarna en su esencia y estructura las responsabilidades que el Estado tiene frente a la comunidad nacional, en la tarea que le compete en el apoyo de las expresiones artísticas y la promoción de la más amplia libertad de creación en ese campo, sin tener que regirse por las leyes del mercado. Ningún país puede desentenderse de la responsabilidad de aportar al acervo cultural de la humanidad su 'cuota' de belleza a través de las realizaciones de sus artistas. Es también la mejor forma en que una determinada época del desarrollo de una sociedad puede dejar huellas duraderas de su existencia en el tiempo».

EL LIBRO Y LA LECTURA

En junio de 1993 y con la firma del Presidente de la República, Patricio Aylwin, y el Ministro de Educación, Jorge Arrate, se promulgó la Ley N° 19.227 que creó el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura. Este cuerpo legal, largamente debatido y esperado por escritores y editores, establece categóricamente que «El Estado de Chile reconoce en el libro y en la creación literaria instrumentos eficaces e indispensables para el incremento y la transmisión de la cultura, el desarrollo de la identidad nacional y la formación de la juventud». La normativa reconoció también



Hernán Rivera

el aporte de los escritores chilenos y señala mecanismos para promover la participación de todos los agentes culturales y de los medios de comunicación social.

A través de esta Ley se crea el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, que goza de plena autonomía y capacidad de decisión. Dicho Consejo está integrado en la actualidad por Hugo Montes Brunet (quien lo presidió hasta fines de 1997) en representación del Ministro de Educación; Jaime Quezada Ruiz, representante del Presidente de la República; Clara Budnik Sinay, representante de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; Jorge Pinto Rodríguez y Jesús González López, en representación del Consejo de Rectores; Fernando Jerez Jerez y Poli Délano Falcon, en representación de la Sociedad de Escritores de Chile; Pedro Calandra Bustos, en representación del Colegio de Bibliotecarios A.G.; Luis Celis Muñoz, en representación del Colegio de Profesores A.G.; Eduardo Castillo García y Carlos Ossa Budge, en representación de la Cámara Chilena del Libro.



*La reina Isabel cantaba rancheras, 1995,
Editorial Planeta.*



*Himno del ángel parado en una pata, 1996,
Editorial Planeta.*

CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA: EVALUACION DE UNA GESTION DE CUATRO AÑOS Y SU IMPACTO EN EL COMPORTAMIENTO LECTOR DE LOS CHILENOS (1993-1996)

El Consejo Nacional del Libro y la Lectura -organismo público que de acuerdo a la Ley le corresponde administrar y asignar los recursos del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura y asesorar al Ministro de Educación en cuanto a políticas de fomento de la lectura- desde el año 1993 a la fecha ha desarrollado diversos proyectos. Entre ellos, programas de estímulo y reconocimiento a la creación literaria, mejoramiento de infraestructura bibliotecaria y habilitación de bibliotecas públicas -en especial aquellas que dependen de municipios e instituciones comunitarias-, dotación bibliográfica de obras de autores chilenos a las bibliotecas públicas, estímulo al mercado editorial, capacitación y formación de profesionales y monitores vinculados al libro y la lectura.

En estos cuatro años, se han destinado más de tres mil millones de pesos (\$ 3.078.661.006) al financiamiento de estos programas que han beneficiado al conjunto del país.

Como parte de la política de fomento a la actividad creadora en el campo de la literatura, el Consejo creó el *Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura*, que se ha constituido en el más importante galardón literario de carácter anual del país. Este premio se otorga mediante concurso público, con la participación de jurados integrados por destacados escritores, a obras inéditas y editadas en los géneros de novela, cuento, poesía, teatro y ensayo. Cuarenta y nueve obras de autores nacionales han recibido el reconocimiento en

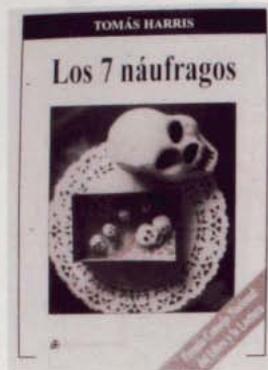
estos años, para lo cual han sido destinados 213 millones 900 mil pesos.

Este galardón no sólo constituye un reconocimiento a nuestros escritores, también ha contribuido a la difusión nacional e internacional de las obras premiadas. Un ejemplo notable de ello es lo ocurrido con las dos obras del escritor Hernán Rivera Letelier: *La Reina Isabel cantaba rancheras* e *Himno de un ángel parado en una pata*, ambas galardonadas en el género de novela en categoría inédita. Estas novelas no sólo fueron editadas de inmediato en nuestro país, con gran interés del público, sino también serán publicadas próximamente en Italia, Francia y Alemania.

Obras destacadas como *Cuestión de Astronomía*, de Luis López-Aliaga; *De sueños azules y contrasueños*, de Elicura Chihuailaf; *Los pasos del andarín*, de Rafael Barahona; *Los 7 naufragos* de Tomás Harris, fueron premiadas por el Consejo en categoría inédita. Obras publicadas relevantes como *El molino y la higuera*, de Jorge Teillier; *Ay mamá Inés*, de Jorge Guzmán; *Fénix de madrugada*, de Miguel Arteche; *La gallina castellana*, de Delia Domínguez, han recibido también este galardón.

Unido a ello, el Consejo ha otorgado becas a escritores para contribuir a su actividad y vincularles a acciones de fomento de la lectura.

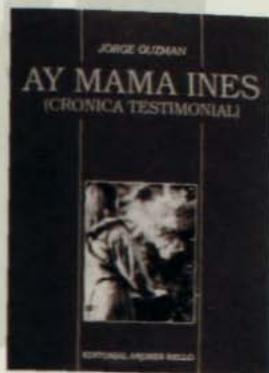
En el campo del fomento de la lectura y del libro, se han entregado sobre mil



Tomás Harris, *Los 7 naufragos*, 1995, Red Internacional del Libro.

millones de pesos para financiar iniciativas a lo largo del país destinadas a crear, mejorar y habilitar bibliotecas públicas - especialmente aquellas dependientes de municipios y de organizaciones comunitarias-, en muchas de ellas contemplando espacios adecuados para niños y adultos mayores. Han surgido y se han financiado asimismo, propuestas bibliotecarias no tradicionales, que dan cuenta creativamente de las complejidades geográficas de nuestro territorio y de la necesidad de generar actos que promuevan la lectura: cajas viajeras de libros, bibliobuses, préstamo de libros en buses interprovinciales, El Loco Triciclo de la Lectura en la comuna de Paredones, etcétera.

Junto a ello, se ha contribuido con cerca de 600 millones a la realización de programas de estímulo a la lectura, en las cuales han participado como monitores escritores, bibliotecarios, profesores y en donde la literatura se



Jorge Guzmán, *Ay Mama Inés*, 1993,
Editorial Andrés Bello.

ha vinculado con otras disciplinas artísticas y con la tradición literaria oral. Igualmente, se han multiplicado, con el apoyo del Consejo, las ferias del libro en las regiones del país: en Iquique, Calama, Ovalle, Coquimbo, Chillán, Coyhaique, Valdivia, Concepción, Talca, Viña del Mar, Temuco, etcétera. Eventos relevantes para el quehacer literario como El Arcoiris de Poesía de Puerto Montt, el Encuentro de Escritores en Chaitén, el Encuentro de Escritores de Lenguas Indígenas realizado el año 1995 en Temuco, también han recibido un impulso del Consejo.

Significativo, asimismo, ha sido el aporte del Consejo a la difusión de obras relevantes de nuestra literatura. En efecto, se han aportado recursos para la publicación de la *Colección Premios Nacionales de Literatura*, la cual ya cuenta con obras destacadas de los diez primeros escritores galardonados y



Elicura Chihuailaf, *De Sueños Azules y Contrasueños*,
1995, Editorial Universitaria.

próximamente saldrá la segunda parte de dicha colección. Cuatrocientos ejemplares de cada uno de estos libros han sido distribuidos a las bibliotecas públicas. En esta misma perspectiva de aporte al rescate y difusión del patrimonio literario, financian la publicación de obras que son parte de la denominada *Novela Social*.

Por otra parte, se han comprado 102.429 ejemplares de libros que corresponden a 1.697 títulos de obras de autores chilenos, por un monto total de \$ 249 millones de pesos. Estos libros se encuentran en las bibliotecas públicas del país, y sin duda no sólo han constituido un incentivo a la publicación de nuevas obras, sino también, están ayudando a hacer posible el acceso de la población a los libros.

La labor del Consejo, caracterizada por su acuciosidad, calificación y transparencia

en la asignación de recursos, está contribuyendo al desarrollo en este campo específico de la cultura. Aun cuando no tenemos una medición actual del comportamiento lector en nuestro país -la encuesta nacional realizada el año 93 indicó que sólo un 53% de la población lee y que un 52% de los hogares chilenos no tienen libros o tienen menos de 20 libros- algunos datos son indicadores del progresivo mejoramiento que estamos experimentando.

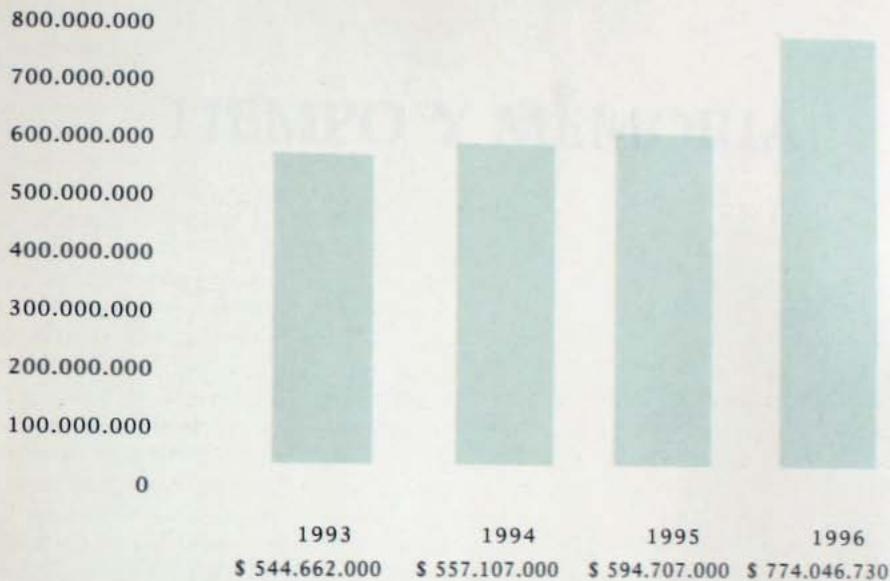
En efecto, el número de usuarios de bibliotecas a lo largo del país se ha incrementado. Sólo entre 1995 y 1996, se produjo un aumento de un 160% en los préstamos de libros en bibliotecas públicas (en el 95 el préstamo de libros fue de 3.708.182 y el año 96 fue de 7.419.327), esto evidencia un significativo y creciente interés de la población por los libros. La producción chilena de libros se ha incrementado de manera sostenida, y un porcentaje mayoritario corresponde a primera edición. La mayor parte de los títulos publicados son obras de literatura infantil, juvenil y de adulto.

Por otra parte, se ha hecho común que obras de autores nacionales se ubiquen en los primeros lugares de preferencia del público.

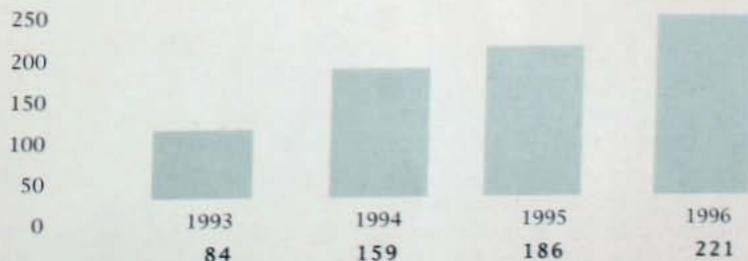
«A pesar de los esfuerzos realizados, sin duda, el comportamiento lector de las chilenas y chilenos y el acceso real de la

inmensa mayoría de la población chilena al libro sigue siendo deficitaria», señala el presidente del Consejo hasta fines de 1997, escritor Hugo Montes Brunet (Premio Nacional de Educación 1995). Y afirma luego: «Ello no sólo es producto de políticas aplicadas durante el gobierno militar y de la competencia de medios audiovisuales, sino que también obedece a un fenómeno más complejo de la sociedad chilena. Sin pretender profundizar en los efectos culturales del modelo socioeconómico aplicado en nuestro país, resulta evidente que el crecimiento económico no ha ido aparejado de un desarrollo cultural. Por una parte, los desiguales niveles de ingreso impiden a un porcentaje importante de la población el acceso a bienes culturales y, por la otra, se han verificado profundos cambios valóricos producto del modelo de mercado, acentuándose una lógica consumista. En nuestro país, la valoración social del desarrollo intelectual, la creatividad y la imaginación, está muy menguada. El rol jugado por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, sin duda, ha contribuido notablemente, con la justeza y pluralidad de sus decisiones, a revertir, en buena parte, esta situación».

RECURSOS ASIGNADOS POR AÑO - CONCURSO DE PROYECTOS CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA



CANTIDAD DE PROYECTOS SELECCIONADOS POR AÑO CONCURSO DE PROYECTOS CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA



TIEMPO Y MEMORIA

No será esta la última página que cierra el presente volumen de recuento y registro, sino más bien la que abre un espacio hacia el tiempo y la memoria, en dos décadas y media de literatura chilena. Literatura en su discurso del hacer y del desvivir como historia de país. Una voluntad de ser en medio de las marginalidades y fragmentaciones de un periodo que no estuvo exento de afectaciones y que tan directamente marcaron el ritmo vital de un pueblo en sus procesos culturales. Destierros y tinieblas, sin duda. Exilios en el Chile de adentro y en el Chile de afuera. Sin embargo, la literatura chilena se mantuvo siempre viva y creadora, aun en los bordes mismos del desamparo y el desafío.

De esta manera, el aparentemente interrumpido proceso literario-cultural chileno, que proyectaba un espacio de significación en los años primeros de la década del setenta, que se ralea de la noche a la mañana de un guillotinado de autoritarismo y barbarie ("Está bien que quemem nuestros libros / Si nuestros libros no arden / Cómo de las tinieblas haremos claridad") y que retoma su propio y real territorio en los inicios de los noventa, viene a dar testimonio -en sus obras, autores y encuentros- de toda una motivadora visión literaria del Chile del siglo veinte.

Chile recuperaba un espacio literario que se mantuvo latente y creador en los momentos más cercenadores del periodo. Hace exactamente dos décadas, en sep-

tiembre de 1977, unas jornadas llamadas del Libro y la Cultura, realizadas en Santiago, dejaban en evidencia un equívoco "apagón cultural". Un agudo periodista (Orlando Cabrera Leyva) derribaba mitos en un diario santiaguino: "¿En qué consiste el apagón? Los escritores continúan escribiendo. Los pintores siguen pintando. El teatro está vivo y presente. La Agrupación de Amigos del Libro trabaja intensamente. ¿No será que a nuestra cultura le está haciendo falta la excención de trabas que, en muchos casos, son verdaderos obstáculos insalvables? ¿No se precisará de estímulos que la impulsen?"

Tendría que pasar casi una década y media para que estas interrogantes tuvieran respuestas concretas, valederas y significativamente estimulantes. Aunque la traba del IVA a los libros todavía se mantiene, otras instancias, novedosas e inéditas en el país surgen a partir de los años noventa: la creación del Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (FONDART) y el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura vienen a revelar los efectivos espacios que se abren en beneficio de la cultura de Chile, de sus artistas y creadores. Uno y otro organismo convoca a acciones, programas y proyectos, y señalan mecanismos para promover la participación de todos los agentes culturales y sociales del país.

Así, de una historia de intramuros que caracterizó tan prolongadamente el periodo, se pasó a una literatura que emergió

en una pluralidad de temas, tendencias y vivenciales lenguajes. De un estilo escritural fragmentado o escrito por el envés del verso del poema o de la frase del relato, llegamos a la imaginación creadora modelada por la televisión y el espacio publicitario y ciudadano: “el referente histórico y de crisis empasta y modifica todas las coordenadas de la vida cotidiana” (Rodrigo Cánovas). De la valedera *honda* que Editora Nacional Quimantú se propuso proyectar en los inicios de los 70, a la “mala onda” de la llamada generación de los huérfanos. Marginalidades y trasgresiones en el ámbito de los lenguajes narrativos, poéticos, ensayísticos y testimoniales que con tanto auge surgen en estos veinticinco años.

También las revistas o publicaciones diversas (la mayoría marcada por el signo de la precariedad) desafiaron la censura y la vigilancia de turno. “Estas revistas, muchas editadas con más entusiasmo que recursos, se constituyeron en una red de luciérnagas que iluminaron la labor poética y narrativa de la época” (Horacio Eloy).

En esta relación de instancias literarias chilenas (y también en sus retornos y desexilios, según Cristián Vila), y a través de cada uno de los capítulos aquí expuestos surge, sin duda, un “modelo para armar”, esta memoria y este tiempo. No tanto ya en un proceso cronológico y convencional, sino en sus hitos fundamentales y en un continuo trasvasijamiento de ires y

venires en esto de hacer y vivir en la literatura. La frase vitalizadora del “libre crezca fecundo”, que un Lastarria acuñó en un siglo pasado (en su célebre generación literaria del 42) para un siglo por venir, puede ser -debe ser- libertariamente un mensaje y un paradigma.

Habrà que repetir, y a manera de no olvidar, sino de enmarcar tiempo y memoria que pasa veloz por las tantas páginas de nuestra literatura, aquella donosiana referencia epigráfica que abre este volumen: “Todo hombre que ha alcanzado incluso su apogeo intelectual, comienza a sospechar que la vida no es una farsa; que no es siquiera una gentil comedia; que florece y fructifica por el contrario fuera de los más profundos abismos trágicos de la esencial falta (hambre) en que sus raíces subjetivas están hundidas. La herencia natural de todo aquel que es capaz de vida espiritual es una inconquistada selva donde el lobo aulla y el obsceno pájaro de la noche parlotea”.

Santiago, noviembre de 1997

Jaime Quezada





*Y por favor destruye este papel
la poesía te sigue los pasos
a mí también
a todos nosotros.*

Nicanor Parra





ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- 1.- Soledad Bianchi: *Un mapa por completar: la joven poesía chilena*. CENECA, Santiago-Chile, agosto, 1983.
- 2.- Soledad Bianchi: *La memoria: modelo para armar*. Grupos Literarios en la década del sesenta en Chile. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago, 1995.
- 3.- Carlos Cociña: *Tendencias literarias emergentes*. CENECA, Santiago, Chile, febrero, 1983.
- 4.- Soledad Fariña y otras: *Una palabra cómplice*. Encuentro con Gabriela Mistral. ISIS Internacional. Casa de La Mujer La Morada. Santiago, 1990.
- 5.- Lucía Guerra-Cunningham: *Mujer y sociedad en América Latina*. Universidad de California, Irvine. Editorial Del Pacífico, Santiago, 1980.
- 6.- Jorge Narváez: *El testimonio: 1972-1982*. (Transformaciones en el sistema literario). CENECA. Santiago-Chile, marzo, 1983.
- 7.- Jaime Quezada: *Testimonio de un poeta en Chile*. (Tradicción y marginalidad en la Literatura Chilena del siglo XX). Anexos de *Literatura Chilena*. Ediciones De la Frontera, Los Angeles, California, 1984.
- 8.- Bernardo Subercaseaux: *Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982*. CENECA. Santiago-Chile, 1982.
- 9.- Bernardo Subercaseaux: *La industria editorial y el libro en Chile: 1930-1984*. (Ensayo de interpretación de una crisis). CENECA, Santiago-Chile, octubre, 1984.
- 10.- Ignacio Valente: *Veinticinco años de crítica*. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1990.
- 11.- Juan Villegas Morales: *El discurso lírico de la mujer en Chile: 1975-1990*. Mosquito Editores, Santiago, 1993.
- 12.- Raúl Zurita: *Literatura, lenguaje y sociedad (1973-1983)*. CENECA, Santiago-Chile, julio, 1983.



FOTOGRAFÍAS

Portada: Carlos Bravo - Patricia Novoa
Portadillas: Jacobo Borizon
Alvaro Hoppe: 142b
Diario Austral de Temuco: 134
Diario El Mercurio: pp 41b, 55, 68, 74, 75, 76, 77,78,79, 80,
87, 108, 130, 132, 134, 140, 145a, 151, 152
División de Cultura - Ministerio de Educación: pp 26, 30, 81
Editorial Alfaguara: pp 65, 113b
Editorial Sudamericana: pp 64, 114a, 158
Editorial Tusquets: pp 70
Fondo de Cultura Económica: pp 85
Fundación Pablo Neruda: pp 92
Fundación Vicente Huidobro: pp 126
Inés Paulino: pp 50, 98, 100, 101, 102, 147
Jaco Borizon: pp 34, 90
Julia Toro: pp 121
Luis Poirot: pp 22
Paula Leal: pp 133
Presidencia de la República: pp 113a
Revista Caras: pp 113a
Revista Paula: 143a, 130

Revista Demasiado Aburridos:
Manuscrito Jorge Teillier

José Balmes:
Material Chile Crea

Jorge Montealegre:
Revistas Alternativas

Producción Literaria:
Carlos Montes de Oca

Nuestros especiales agradecimientos
al Centro de Documentación del
diario El Mercurio

